



La cruz de Cristo

J. C. RYLE

Blog [Soldado de Jesucristo](#)

[https://www.facebook.com/soldadojesucristo2/?refid=52&
tn =C%20](https://www.facebook.com/soldadojesucristo2/?refid=52&tn=C%20)

Capítulo 1

LA CRUZ DE CRISTO

GALATAS 6:14

"Pero jamás acontezca que yo me glorié, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo."

LECTOR:

¿Que crees y sientes respecto a la Cruz de Cristo? Tu vives en un país cristiano. Probablemente asistes a los cultos de una iglesia cristiana. Quizás hayas sido bautizado en el nombre de Cristo. Profesas ser y te llamas un cristiano. Todo esto esta muy bien. Es mis de lo que se puede decir de muchos millones en el mundo. Pero todo esto no contesta mi pregunta: ¿Qué crees y sientes respecto a la Cruz de Cristo?

Quiero decirte lo que pensaba de la Cruz de Cristo el mayor de los cristianos que ha vivido nunca. Nos ha dejado su opinión. Nos ha dejado su juicio escrito, que no puede ser malentendido. El hombre a que me refiero es el apóstol Pablo. El lugar en que hallarás su opinión es la carta que el Espíritu Santo le inspiró para que escribiera a los Gálatas. Y las palabras en las cuales expresó su opinión son éstas: "Jamás acontezca que yo me glorié, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo."

Ahora bien, ¿qué quería decir Pablo al escribir estas palabras? Quiere hacer una declaración enfática e inequívoca de que no confía en nada más sino en Jesucristo crucificado para el perdón de sus pecados y alma. Que los otros busquen su salvación en otros puntos si quieren: que los otros, si están así dispuestos, confíen en otras cosas para su perdón y paz. Por su parte, el apóstol decidió descansar y fundar su esperanza en nada y gloriarse en nada que no fuera la «Cruz de Jesucristo».

Lector, déjame hablarte de este tema. Créeme que es de la mayor importancia. No se trata de una mera cuestión de controversia. No es uno de aquellos puntos en que los hombres pueden ponerse de acuerdo o diferir, y pensar que las diferencias no van a cerrarles la entrada en el cielo. Una persona no puede equivocarse en este punto, o está perdido para siempre. El cielo o el infierno, la felicidad o la desgracia, la vida o la muerte, la bendición o la maldición en el último día, todo depende de la respuesta a esta pregunta: «¿Qué crees respecto a la Cruz de Cristo?»

I. Déjame que te muestre en que no se gloriaba el apóstol Pablo.

II. Déjame explicarte en qué se gloriaba.

III. Déjame que te muestre por qué todos los cristianos deberían creer y sentir respecto a la cruz lo mismo que Pablo.

I. *¿En qué no se gloriaba el apóstol Pablo?*

Hay muchas cosas en que Pablo podía haberse gloriado, si hubiera pensado como muchos piensan hoy. Si hubo alguna vez alguno que pudiera jactarse de sí mismo este hombre era el gran apóstol de los gentiles. Así pues, si él no se gloriaba en sí, ¿quién puede?

Nunca se gloriaba en sus privilegios nacionales. Era judío de nacimiento y, como él nos dice: «Hebreo de hebreos.» Podía haber dicho, como muchos de sus hermanos: «A Abraham tengo por padre. No soy un pagano, sino del pueblo favorecido por Dios. He sido admitido en el pacto con Dios por la circuncisión; soy mejor que los ignorantes gentiles.» Pero no lo dijo nunca. No se glorió en nada semejante.

Nunca se gloriaba en sus propias obras. Nadie ha trabajado tanto para Dios como él. Su obra fue más abundante que la de cualquier otro de los apóstoles. Nadie predicó, viajó o sufrió nunca tantas penalidades por la causa de Cristo. Nadie ha convertido a más almas, hizo tanto bien en el mundo y fue tan útil a la humanidad. No hay ningún padre de la Iglesia primitiva, ni reformador, ni puritano, ni misionero, ni ministro, ni lego, nadie ha hecho una obra mejor que la del apóstol Pablo. Pero, ¿se glorió nunca en ella, como si tuviera algún mérito, o pudiera salvar su alma? ¡Nunca, ni un momento!

Nunca se glorió en sus conocimientos. Era un hombre de grandes dotes naturales, y después de haberse convertido, el Espíritu Santo le dio aún mayores dones. Era un gran predicador, orador y escritor. Era grande en su pluma y en su lengua. Podía razonar igualmente bien con judíos y gentiles. Podía discutir con los infieles en Corinto, o con los fariseos en Jerusalén o la gente pagada de sí misma en Galacia. Conocía muchas cosas profundas. Había estado en el tercer cielo, y oído palabras inefables. Había recibido el espíritu de profecía y podía predecir cosas futuras. Pero ¿se glorió nunca en su conocimiento, como si pudiera justificarle delante de Dios? ¡Nunca, nunca, ni un momento!

Nunca se glorió en sus gracias. Si alguien abundó en gracias en sus muchas formas, este hombre era Pablo. Estaba lleno de amor. Con qué ternura y afecto escribía. Sus sentimientos para las almas eran como los de una madre hacia su hijo. Era un hombre osado. No le importaba a quién se oponía cuando había que defender la verdad. No le importaban los riesgos en que incurría cuando había que salvar almas. Era un hombre abnegado que padeció hambre y sed con frecuencia, frío y desnudez, vigiliadas y ayunos. Era un hombre humilde. Pensaba de sí mismo que era el menor de todos los santos y el mayor de los pecadores. Era un hombre

de oración. Ve cómo empieza sus epístolas. Era un hombre agradecido. Sus acciones de gracias y sus oraciones iban bien compaginadas. Pero nunca se glorió en nada de esto, ni puso en ello sus esperanzas. ¡Oh, no! ¡Ni un momento!

Nunca se glorió en su devoción a la Iglesia. Si hubo alguna vez algún hombre de Iglesia, era Pablo. Era un apóstol escogido. Un fundador de iglesias y un ordenador de ministros del Evangelio. Timoteo y Tito, y muchos ancianos, recibieron su primera comisión de sus manos. Empezó los servicios y sacramentos en muchos lugares. Bautizó a muchos. Muchos fueron recibidos por él a la mesa del Señor. Empezó muchas reuniones de oración, alabanza, y predicó muchas veces. Imponía disciplina en muchas iglesias. Las ordenanzas, reglas y ceremonias que se observaban en ellas fueron primero recomendadas por él. Pero, se glorió en sus cargos y posición en la Iglesia? ¿Habló de su devoción como si pudiera justificarle, eliminar sus pecados y hacerle aceptable delante de Dios? ¡Oh, no, esto nunca!

Y ahora, lector, fíjate en esto. Si el apóstol Pablo nunca se glorió en estas cosas, quién hay en el mundo, de un extremo al otro, que tenga derecho a gloriarse en ellas hoy? Si Pablo dijo: «No permita Dios que me gloríe en nada, excepto la cruz», ¿quién se atreverá a decir: «Tengo algo de que gloriarme. Soy mejor que Pablo»?

Cuál de los lectores de este libro confía en alguna bondad suya propia? ¿Quién hay que confíe en lo que puede hacer por sí mismo, su moralidad, sus buenas obras? ¿Quién hay que apoye el peso de su alma en algo suyo propio en el menor grado? Si es así, eres muy distinto del apóstol Pablo. Fíjate bien que tu religión no es la religión apostólica.

¿Quién hay entre los lectores de este libro que confíe en su afiliación a una iglesia para su salvación? ¿Quién que dé valor a su bautismo, a su presencia en la mesa del Señor, en su asistencia a los cultos los domingos y otros servicios durante la semana, y se diga: «¿Qué me falta?» Mira, si es así, eres muy distinto de Pablo. Tu cristianismo no es el cristianismo del Nuevo Testamento. Pablo sólo se gloriaba en la cruz. Y tú deberías hacer lo mismo.

¡Oh, lector, vigila, no confíes en tu propia justicia! El pecado patente mata a millares de almas. El confiar en la propia justicia mata a decenas de millares. Ve y aprende humildad con el gran apóstol de los gentiles. Ve y siéntate con Pablo al pie de la cruz. Renuncia a tu orgullo secreto. Echa tus vanas ideas respecto a tu bondad. Se agradecido si tienes alguna gracia, pero nunca te gloríes en ella ni un momento. Trabaja para Dios y Cristo de todo tu corazón, alma y mente, y fuerza, pero no sueñes ni un momento en poner tu confianza en ninguna obra tuya propia.

Piensa, tú que te confortas con ideas encumbradas respecto a tu propia bondad tú que piensas: todo tiene que ir bien si sigo adherido a mi iglesia-, piensa por un

momento en que tu fundamento es de arena. Piensa en lo deficientes que son tus esperanzas y ¡cuán pobres serán tus ruegos a la hora de la muerte y en el día del juicio! Lo que los hombres dicen de su bondad mientras están sanos y fuertes, no lo dirán cuando se hallen enfermos y moribundos. Cualesquiera que sean los méritos que puedan los hombres en sus obras aquí en este mundo, descubrirán que no sirven de nada cuando se hallen delante del tribunal de Cristo. La luz de este gran día hará un gran diferencia en la apariencia de todas las cosas. Despojará de adornos, arrugará el cutis, expondrá la podredumbre de mucho de lo que ahora se llama bueno. El grano se verá que es paja. El oro, escoria. Millones de acciones cristianas, según se las llama, se verán que son defectuosos y sin gracia. Son consideradas valiosas entre los hombres; se demostrará que son livianas y sin valor en las balanzas de Dios. Se verá que son como sepulcros blanqueados, blancos de fuera, hermosos, pero por dentro, llenos de corrupción. ¡Ay del hombre que confía y apoya su alma, ni el menor grado, en nada suyo propio, en este gran día del juicio!

Lector, una vez más, no intentes justificarte a ti mismo en modo alguno. Muchas personas sufren más daño de sus virtudes imaginadas que otros de sus pecados. Vigila que no seas tú. No descanses hasta que tu corazón bata al mismo ritmo que el de Pablo. No descanses hasta que puedas decir con él: «Jamás acontezca que yo me gloríe, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo.»

II. Voy a explicar, en segundo lugar, lo que tienes que entender por la Cruz de Cristo.

La cruz es una expresión que es usada en más de un sentido en la Biblia. ¿Qué quiere decir San Pablo cuando escribe: «Me gloríe en la cruz de Cristo», en la Epístola a los Gálatas? Éste es un punto que quiero dejar claro.

La cruz, algunas veces, significa la cruz de madera en que clavaron al Señor Jesús y le dieron muerte, en el Monte Calvario. Esto es lo que piensa Pablo cuando dice a los Filipenses que Cristo, «se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Filipenses 2:8). P-sta no es la cruz en que se gloría Pablo. P-1 se habría retraído con horror de la idea de gloriarse de un mero pedazo de leño.

La cruz, a veces, significa las aflicciones y pruebas que los creyentes en Cristo tienen que pasar si siguen fielmente a Cristo, por causa de su religión. Éste es el sentido en que nuestro Señor usa la palabra cuando dice: «El que no toma su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo.» (Mateo 10: 38.) Éste no es tampoco el sentido en que Pablo usa la palabra, cuando escribe a los gálatas. Él conocía muy bien esta cruz, y la llevaba con paciencia. Pero no habla de ella ahora.

Pero la cruz significa también, en algunos lugares, la doctrina de que Cristo murió por los pecadores en la cruz -el sacrificio expiatorio que hizo en favor de los

pecadores, por medio de sus sufrimientos por ellos en la cruz-, el sacrificio completo y perfecto por el pecado que ofreció cuando entregó su propio cuerpo para ser crucificado. En resumen, esta palabra, «la Cruz», significa Cristo crucificado, el único Salvador. Éste es el significado en que usa la expresión Pablo cuando dice a los corintios: «La palabra de la cruz es locura para los que se pierden.» (I Corintios 1: 18.) Éste es el sentido en que escribe a los gálatas: «Jamás acontezca que me gloríe en nada excepto la cruz.» Simplemente, significa: «Me gloríe sólo en Cristo crucificado para la salvación de mi alma.»

Lector, Jesucristo crucificado fue el gozo y deleite, consuelo y paz, esperanza y confianza, fundamento y lugar de descanso, arca y refugio, alimento y medicina del alma de Pablo. Pablo no pensaba en lo que él había hecho o sufrido. No meditaba en su bondad o justicia. Le gustaba pensar en lo que Cristo había hecho, y Cristo había sufrido: la muerte de Cristo, la justicia de Cristo, la expiación de Cristo, la sangre de Cristo, la obra consumada de Cristo. En esto se gloriaba. Éste era el sol de su alma.

Éste es el tema que le gustaba predicar. Era un hombre que iba de un lugar a otro, por la tierra, proclamando a los pecadores que el Hijo de Dios había derramado la sangre de su corazón para salvar a las almas. Andaba diciendo a la gente que Jesucristo los amaba y había muerto por sus pecados en la cruz. Nota lo que dice a los corintios: «Os transmití lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados.» (I Corintios 15:3.) «Resolví no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado.» (I Corintios 2:2.) Él, un fariseo, que perseguía a los cristianos, había sido limpiado por la sangre de Cristo. No podía callar este hecho. Nunca se cansaba de contar la historia de la Cruz.

Éste es el tema sobre el que insistía cuando escribía a los creyentes. Es maravilloso observar cuán llenas están sus epístolas de referencias a los sufrimientos y muerte de Cristo, como rebosan de «pensamientos que respiran y palabras que arden», sobre el amor consumidor y el poder de Cristo. Su corazón parece lleno de este tema. Lo amplía constantemente. Vuelve a él una y otra vez. Parece pensar que el cristiano más adelantado no ha oído todavía bastante de la Cruz.

Fue sobre esto que vivió toda su vida, a partir del momento de su conversión. Les dice a los gálatas: «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.» (Gálatas 2:20.) ¿Qué es lo que le hizo tan fuerte en esta labor? ¿Por qué no se fatigaba nunca en sus esfuerzos para salvar a algunos? ¿Qué le hizo perseverante y paciente? Voy a decirte el secreto de todo. Siempre estaba alimentado por fe en el cuerpo de Cristo y la sangre de Cristo. Jesús crucificado era la comida y bebida de su alma.

Y lector, puedes estar seguro que Pablo tenía razón. Puedes confiar que la Cruz de Cristo -la muerte de Cristo en la cruz para hacer expiación por los pecadores- es la verdad central de toda la Biblia. Ésta es la verdad con que empezamos al abrir el Génesis. La figura de que la simiente de la mujer quebranta la cabeza de la serpiente no es sino la profecía de Cristo crucificado. Ésta es la verdad que brilla, aunque velada, a lo largo de la ley de Moisés y la historia de los judíos. El sacrificio diario, el cordero pascual, el continuo derramamiento de sangre en el tabernáculo y en el templo: todas estas cosas son emblemas de Cristo crucificado. Ésta es la verdad que vemos honrada en la visión del cielo antes de cerrarse el libro del Apocalipsis. «Y vi en medio del trono, y de los cuatro seres vivientes, y en medio de los ancianos, un Cordero en pie, como inmolado.» (Apocalipsis 5:6.) Incluso en medio de la gloria del cielo tenemos la visión de Cristo crucificado. Quita la Cruz de Cristo de la Biblia y queda un libro oscuro. Es como los jeroglíficos egipcios, que requieren una clave para su interpretación; curiosos, pero sin utilidad.

Lector, fíjate en lo que digo. Puedes conocer mucho la Biblia. Puedes quizá bosquejar sus historias, decir fechas de acontecimientos. Puedes repetir los nombres de hombres y mujeres que se mencionan en ella, como conoces a César, a Alejandro Magno o Napoleón. Puedes incluso saber y admirar los preceptos de la Biblia, como se admira a Platón, Aristóteles y Séneca. Pero, si no tienes tu fundamento en el Cristo crucificado que es la base de todo el volumen, has leído la Biblia con poco provecho. Tu religión es un cielo sin sol, un arco sin piedra clave, una brújula sin manecilla, un reloj sin pasaportes ni pesos, una lámpara sin aceite. No sacarás consuelo de ella. No librárá tu alma de la condenación de Dios.

Fíjate, lector. Puedes conocer mucho sobre Cristo, con conocimiento intelectual. Puedes saber quién era, cuándo nació y lo que hizo. Puedes conocer sus milagros, sus dichos, sus profecías y sus ordenanzas. Puedes saber cómo vivió y murió. Pero, si no conoces el poder de la Cruz de Cristo por experiencia, a menos que conozcas y sientas dentro que la sangre derramada en la cruz te ha lavado de tus propios pecados, a menos que confieses que tu salvación depende enteramente de la obra que Cristo hizo en la Cruz, Cristo no te va a servir de mucho. El mero conocer el nombre de Cristo no salva. Tienes que conocer su Cruz y su sangre, pues de lo contrario morirás en tus pecados.

Lector, en tanto que vivas, no te fíes de una religión en que no haya mucho de la Cruz. Vives en momentos en que este aviso es por desgracia necesario. No te fíes de una religión sin la Cruz, o sea, la obra redentora de Cristo.

Hay centenares de lugares de culto en estos días en que hay de todo, menos la Cruz. Hay bancos de roble y esculturas de piedra, ventanales de vidrios de colores y pinturas, solemnes servicios y un continuo movimiento. Pero la Cruz de Cristo real y verdadera, no existe allí, Jesús crucificado no es proclamado en su púlpito. El

Cordero de Dios no es elevado, y la salvación por la fe en Él, no es predicada como algo gratuito. Por ello todo es deficiente. Lector, cuidado con estos lugares de culto. No son apostólicos. No habrían satisfecho a San Pablo.

Hay millares de libros religiosos publicados en nuestros tiempos en que hay de todo excepto la Cruz. Hay instrucciones sobre los sacramentos y alabanzas de la Iglesia. Abundan en exhortación sobre la vida santa, y reglas para alcanzar la perfección. Hay muchas pilas y cruces, dentro y fuera. Pero la Cruz real de Cristo no está allí. El Salvador y su amor, por el que murió, no se mencionan o se mencionan de forma no escritural. Por ello son peores que inútiles. Lector, cuidado con estos libros. No son apostólicos. Nunca habrían satisfecho a San Pablo.

Lector, Pablo se gloriaba sólo en la Cruz. Procura ser como él. Pon a Jesús crucificado plenamente delante de los ojos de tu alma. No escuches otra enseñanza que pudiera interponerse entre ti y Él. No caigas en el error de los gálatas. No creas que haya nadie que sea mejor guía que los apóstoles. No te avergüences de seguir las sendas antiguas, en que anduvieron hombres inspirados por el Espíritu Santo. No dejes que se perturbe tu paz y te haga soltar la Cruz de tus manos, no escuches la vaga parlería de hombres que usan palabras hinchadas sobre catolicidad, la iglesia y el ministerio. Las iglesias, los ministros y los sacramentos son útiles a su modo, pero no son el Cristo crucificado. No des a otro el honor que corresponde a Cristo. «El que se gloria, glóriese en el Señor.»

III. Déjame que te muestre por qué todos los cristianos deberían gloriarse en la Cruz de Cristo.

Creo que debo decir algo sobre este punto, debido a la ignorancia que reina sobre el mismo. Supongo que muchos no ven mucha gloria ni belleza en el tema de la Cruz de Cristo. Al contrario, piensan que es algo penoso, humillante, degradante. No ven mucho provecho en la historia de su muerte y sufrimientos. Más bien la dejan de lado como algo desagradable.

Ahora bien, yo creo que estas personas están equivocadas. Creo que es algo excelente para nosotros el insistir constantemente sobre la Cruz de Cristo. Es bueno recordar con frecuencia cómo fue traicionado Jesús en manos de hombres malvados: cómo le condenaron en un juicio injusto; escupieron sobre Él, le azotaron y le coronaron de espinas; cómo le condujeron como un cordero al matadero, sin que Él murmurase palabra o se resistiese; cuando clavaron los clavos a través de sus manos y sus pies, le pusieron en el Calvario entre dos ladrones; cómo le atravesaron el costado con una lanza, se burlaron de Él en sus sufrimientos y le dejaron colgar allí desnudo y sangrante hasta que murió. De todas estas cosas, digo, es bueno que se nos haga memoria. Tiene su significado el que la crucifixión se nos describa cuatro veces en el Nuevo Testamento. Hay pocas cosas que

describa cada uno de los cuatro evangelistas. En general, si Mateo, Marcos y Lucas relatan una cosa en nuestra historia del Señor, Juan la omite. Pero hay una cosa en que los cuatro entran en detalle, y esta cosa es la historia de la Cruz. Éste es un hecho sorprendente y que no se debe olvidar.

Las personas parece que olvidan que los sufrimientos de la cruz fueron predestinados. No ocurrieron por casualidad o de modo accidental. Fueron planeados, y decididos desde toda la eternidad. La Cruz fue prevista en todas las provisiones de la bendita Trinidad para la salvación de los pecadores. En los propósitos de Dios la Cruz fue establecida desde el principio. No hubo dolor que Jesús sintiera, ni gota de sangre que derramara, que no hubiera sido preordenado mucho antes. Fue planeado con infinita sabiduría, que esta redención tuviera lugar en la Cruz. La sabiduría infinita llevó a Jesús a la Cruz a su debido tiempo. Fue crucificado por el determinado consejo y conocimiento previo de Dios.

La gente parece olvidar que todos los sufrimientos de Cristo en la cruz eran necesarios para la salvación del hombre. Tenía que llevar nuestros pecados, si es que tenían que ser llevados. Sólo con sus azotes podíamos ser nosotros sanados. Éste fue el único pago por nuestra deuda que Dios podía aceptar. Éste fue un gran sacrificio del cual depende nuestra vida eterna. Si Cristo no hubiera ido a la cruz y sufrido en lugar nuestro, el justo por los injustos, no habría habido la menor esperanza para nosotros. Habría permanecido un abismo entre nosotros y Dios que ningún hombre habría podido salvar.

Muchas personas parece que olvidan que los sufrimientos de Cristo fueron sufridos de modo voluntario, por su propia voluntad libre. No estaba obligado. Por su propia decisión puso su vida. Eligió ir a la cruz, para terminar la obra que había venido a hacer. Podría haber llamado legiones de ángeles con una palabra, y desparramado a Pilato y Herodes y sus ejércitos como paja el viento. Pero sufrió voluntariamente. Su corazón estaba puesto en la salvación de los pecadores. Había resuelto hacer brotar un manantial que limpiara todo pecado e inmundicia, derramando su propia sangre.

Lector, cuando yo pienso en todo esto, no veo nada penoso o desagradable en el tema de la Cruz de Cristo. Al contrario, lo veo en su sabiduría y poder, su paz y su esperanza, su gozo, alegría y consolación. Cuando más miro la Cruz, más plenitud me parece discernir en ella. Cuando más permanecen en la Cruz mis pensamientos, más satisfecho estoy de que hay más que aprender al pie de la Cruz que en cualquier otra parte del mundo.

¿Conocería, sin ella, la longitud y anchura del amor de Dios el Padre hacia un mundo pecador? ¿Dónde se puede ver mejor desplegado este amor? ¿Quizás en el sol que brilla diariamente sobre los justos y los injustos? ¿O contemplaré el tiempo

de la siembra y el de la siega, que se suceden anualmente de modo regular? ¡Oh, no! Puedo hallar una prueba más fuerte de amor en otra parte. Miro la Cruz de Cristo. Veo en ella no la causa del amor del Padre, sino el efecto. Allí veo que el Padre amó al mundo pecador de tal manera, que dio a su Hijo unigénito -lo dio para que sufriera y muriera-, a fin de que todo aquel que creyera en Él no se perdiera, sino que tuviera vida eterna. Sé que el Padre nos ama, porque no se abstuvo de darnos a su Hijo, su único Hijo. Ah, lector, algunas veces me imagino que Dios el Padre es demasiado alto y santo para preocuparse de criaturas corruptas y desgraciadas como somos nosotros. Pero no puedo, no debo, no me atrevo a pensarlo, cuando miro la Cruz de Cristo.

¿Quiero saber lo abominable que es el pecado a la vista de Dios? ¿Dónde puedo verlo puesto bien en claro? ¿Iré a la historia del diluvio y leeré que el mundo pereció anegado? ¿Iré a la orilla del mar Muerto y me fijaré en lo que el pecado hizo a Sodoma y Gomorra? ¿Miraré a los judíos errantes y observaré cómo el pecado los esparció por toda la tierra? ¡No! Puedo encontrar un ejemplo más claro. Miro a la Cruz de Cristo. Allí veo que el pecado es negro y merecedor de condenación, que nada sino la sangre del propio Hijo de Dios puede limpiarlo. Allí veo que el pecado me ha separado de mi santo Hacedor, y que todos los ángeles del cielo no podrían conseguir que se hiciera la paz entre nosotros. Nada puede reconciliarnos excepto la muerte de Cristo. Ah, si escuchara el habla de los hombres arrogantes podría pensar que el pecado no es tan pecaminoso después de todo. Pero no puedo quitarle importancia cuando miro a la Cruz de Cristo.

¿Quiero conocer la plenitud de la salvación que Dios ha provisto para los pecadores? ¿Dónde iré para verla claramente? Iré a las declaraciones generales de la Biblia sobre la misericordia de Dios? ¿Descansaré en la verdad general que Dios es un Dios de amor? ¡Oh, no! Miraré la Cruz de Cristo. No encuentro mejor evidencia. No encuentro bálsamo para la conciencia turbada, y el corazón agitado como la vista de Jesús muriendo por mí en el madero maldito. Allí veo que se ha hecho pago total de todas mis enormes deudas. La maldición de la ley que yo había quebrantado ha caído sobre Uno que ha sufrido allí en mi lugar. Las exigencias de esta ley han sido satisfechas. El pago ha sido hecho por mí, incluso hasta el último centavo. No se me volverá a exigir. ¡Ah!, a veces me imagino que yo era demasiado malo para poder ser salvo. Pero, luego, veo que todo es falta de fe insensata. Veo la respuesta a mis dudas en la sangre derramada en el Calvario. Estoy seguro de que hay un camino abierto al cielo para el más ruin de los hombres cuando miro a la Cruz.

¿Puedo hallar razones sólidas para ser santo? ¿Dónde puedo hallarlas? ¿Escucharé meramente los diez mandamientos? ¿Estudiaré los ejemplos que me da la Biblia de lo que puede hacer la gracia? ¿Meditaré en las recompensas en el cielo y los castigos en el infierno? ¿No hay un motivo mayor? Sí. Miro a la Cruz de

Cristo. Allí veo el amor de Cristo que me constriñe a vivir no para mí, sino para £1. Allí veo que ahora no soy mío; que he sido comprado por precio. Estoy atado por la más solemne de las obligaciones a glorificar a Jesús con mi cuerpo y espíritu, que son suyos. Allí veo que Jesús se dio a sí mismo por mí, no sólo para redimirme de toda iniquidad, sino para purificarme también, y hacerme uno entre un pueblo especial, celoso de buenas obras. P-1 llevó mis pecados en su propio cuerpo en el madero, para que siendo muerto para el pecado pueda vivir para la justicia. Ah, lector, no hay nada que santifique tanto como una visión clara de la Cruz de Cristo. Crucifica al mundo en nosotros y a nosotros para el mundo. ¿Cómo podemos amar el pecado cuando recordamos que por él Jesús tuvo que morir? Sin duda, no hay nada que debiera ser tan santo como los discípulos de un Señor crucificado.

¿Quiero aprender a estar contento y alegre bajo los cuidados y ansiedades de la vida? ¿A qué escuela voy a ir? ¿Cómo voy a alcanzar este estado mental de modo más fácil? ¿Consideraré la soberanía de Dios, la sabiduría de Dios, la providencia de Dios, el amor de Dios? Es bueno hacerlo, pero tengo un argumento mejor todavía. Miro a la Cruz de Cristo. Veo que Él, que no se abstuvo de darnos a su Hijo unigénito y lo entregó para que muriera por mí, sin duda me dará con £1 todo lo que realmente necesito. El que sufrió este dolor por mi alma, sin duda no se abstendrá de darme nada que sea realmente bueno para mí. El que ha hecho las mayores cosas por mí, sin duda, va a hacer también las pequeñas. El que dio su propia sangre para proporcionarme un hogar en el cielo, sin la menor duda me suplirá todo lo que realmente es provechoso durante mi peregrinaje por el mundo. Ah, lector, no hay escuela para aprender contento que pueda compararse con el pie de la Cruz.

¿Quiero recoger argumentos en favor de que nunca seré echado fuera? ¿Dónde puedo encontrarlos? ¿Miraré mis propias gracias y dones? ¿Me consolaré o confortaré en mi propia fe, amor, penitencia, celo y oración? ¿Me dirigiré a mi propio corazón y le diré: «Este mismo corazón nunca será frío o falso»? ¡Oh, no! Que nunca acontezca esto * Miraré a la Cruz de Cristo. Éste es mi gran argumento. Éste es mi firme apoyo. No puedo imaginarme que Aquel que pasó tales sufrimientos para redimir mi alma, permita que el alma perezca, una vez se ha acogido a Él. ¡Oh, no!, lo que Jesús pagó lo conservará. Le costó mucho. No lo dejará perder fácilmente. Murió por mí cuando era todavía un pecador. No me abandonará después de haber creído. Ah, lector, cuando Satán te tienta a dudar de que el pueblo de Cristo será preservado de caída, debes decirle a Satanás que mire a la Cruz.

Y ahora, lector, ¿te maravillarás si te digo que todos los cristianos deberían gloriarse en la Cruz? ¿No te maravillarás más bien si alguien escucha la historia de la Cruz y no queda conmovido? Afirmo que no hay mayor prueba de la corrupción del hombre que el hecho que millares de personas que se llaman cristianos no vean nada glorioso en la Cruz. Es necesario decir que nuestros corazones son de piedra, y que

nuestra vista mental es ciega, que toda nuestra naturaleza está enferma; bien podemos llamarnos muertos, cuando la Cruz de Cristo, una vez se ha oído de ella, es puesta de lado. Sin duda podemos aplicar aquí las palabras del profeta y decir: «Oíd cielos y asómbtrate tierra; una cosa terrible y espantosa ha tenido lugar», Cristo fue crucificado por los pecadores y, con todo, ¡muchos cristianos viven como si no hubiera sido crucificado!

Lector, la Cruz es la gran peculiaridad de la religión cristiana. Las otras religiones tienen leyes y preceptos morales -formas y ceremonias-, premios y castigos, pero no nos pueden hablar de un Salvador que muere. No nos pueden mostrar la Cruz. Ésta es la corona y gloria del Evangelio. Éste es el consuelo especial que le pertenece sólo a ella. Triste y pobre es la enseñanza religiosa que se dice cristiana y, con todo, no contiene nada de la Cruz. Una persona que enseña de esta manera, es como si explicara el sistema solar sin mencionar el sol a los que le escuchan.

La Cruz es la fuerza de un ministro del Evangelio. Yo no podría prescindir de ella. Me sentiría como un soldado sin armas, un artista sin pinceles, un piloto sin brújula, un obrero sin herramientas. Que los otros prediquen ley y moralidad si quieren. Que los otros presenten los terrores del infierno y los goces del cielo. Que los otros ofrezcan a sus congregaciones enseñanza sobre los sacramentos y la Iglesia. A mí que me den la Cruz de Cristo. Esta es la única palanca que puede mover al mundo y que ha hecho que los hombres abandonen sus pecados. Y si esto no lo consigue, no lo consigue nada. Un hombre puede hablar con palabra elocuente, pero si no dice nada de la Cruz, sus oyentes no consiguen nada. No hubo nunca ningún ministro que hiciera mucho para la conversión de las almas, que no insistiera en el Cristo crucificado. Lutero, Rutherford, Whitefield, M'Cheine, todos ellos fueron eminentes predicadores de la Cruz. Ésta es la predicación que el Espíritu Santo se deleita en bendecir. P-1 se complace en honrar a aquellos que honran a Cristo crucificado.

La Cruz es el secreto de todo éxito misionero. No hay nada que conmueva más los corazones de los paganos. Según ha sido la predicación de la Cruz han prosperado las misiones. Esta es el arma que ha ganado victorias en los corazones de todos los países del globo. En Groenlandia, en África, en China, todos han sentido su poder. «Hermanos -dijo un indio americano después de su conversión-, he sido un pagano. Sé cómo piensan los paganos. Una vez vino un predicador y empezó a explicarme que había Dios, pero le dije que se volviera del punto de que venía. Otro nos dijo que no robáramos ni bebiéramos; pero no le hicimos caso. Finalmente, vino uno a mi tienda un día y dijo: " He venido a ti en el nombre del Señor de cielo y tierra. Quiere que te diga que intenta hacerte feliz, y librarte de tu desgracia. A este fin se hizo hombre, y dio su vida para rescatarte, y derramó su sangre por los pecadores." No pude olvidar sus palabras. Se lo dije a otros indios y hubo un despertamiento entre nosotros. Digo pues, predicad los sufrimientos y la muerte de Cristo nuestro

Salvador si queréis que vuestras palabras sean escuchadas por los paganos.» Pocos triunfos ha tenido el demonio como cuando persuadió a los misioneros jesuitas de la China de que se abstuvieran de contar la historia de la Cruz.

La Cruz es el fundamento de la prosperidad de una Iglesia. Ninguna Iglesia será honrada en que Cristo crucificado no sea levantado constantemente. No hay nada que pueda compensar la falta de la Cruz. Sin ella todas las cosas pueden ser hechas decentemente y con orden. Espléndidas ceremonias, hermosa música, edificios magníficos, pastores educados, mesas de comunión concurridas, grandes colectas para los pobres. Pero, sin la Cruz, todo esto no vale nada. Los corazones en tinieblas persisten sin luz. Los orgullosos no son humillados. Los que desmayan no son animados. Los sermones sobre la Iglesia ecuménica y el ministerio apostólico, sobre el bautismo y la cena del Señor, sobre la unidad, sobre los ayunos, sobre los padres y los santos. Estos sermones no compensan la falta de la Cruz de Cristo. Pueden ser un banquete espléndido, con cubiertos de oro en la mesa, pero no son alimento para el hambriento. Cristo crucificado es el precepto de Dios para hacer bien a los hombres. Cuando la Iglesia esconde a Cristo crucificado y pone algo distinto en su lugar, a partir de aquel momento es una Iglesia que ha cesado de ser útil. Sin Cristo crucificado en sus púlpitos, la Iglesia es un esqueleto abandonado, un pozo sin agua, una higuera seca, un vigía que duerme, una trompeta silenciosa, un embajador sin términos de paz, un mensajero sin palabras, una piedra de escándalo para los creyentes débiles, un alivio para los infieles, una fuente de placer para el diablo y una ofensa a Dios.

La Cruz es el gran centro de unión entre los verdaderos cristianos. Nuestras diferencias externas son muchas, indudablemente. Unos son episcopales, otros presbiterianos, bautistas, o calvinistas, otros luteranos y así sucesivamente. Unos prefieren la liturgia, otros son amigos de las oraciones espontáneas. Pero, después de todo, ¿qué significan estas diferencias en el cielo? Probablemente nada. ¿Se gloría un hombre sinceramente en la Cruz de Cristo? Esta es la pregunta capital. Si lo hace, es mi hermano, viajamos por la misma ruta. Los dos vamos hacia el hogar en que Cristo lo es todo, y todo lo externo va a ser olvidado. Pero, si no se gloría en la Cruz de Cristo, no puedo sentirme bien a su lado. La unión sobre puntos externos es sólo una unión temporal. La unión de la Cruz es una unión para la eternidad. El error exterior en algunos puntos es una molestia superficial. El error sobre la Cruz es una enfermedad en el corazón. La unión sobre puntos externos es meramente humana; sobre la Cruz de Cristo es una unión producida por el Espíritu Santo.

Lector, no sé lo que piensas de todo esto. Tengo la impresión que no he dicho nada comparado con lo que podría decirse. Como si me hubiera dejado en el tintero la mitad de lo que quería decir sobre la Cruz. Pero espero que he dicho algo que te hará pensar. Confío que te he mostrado que tengo razón para hacer la pregunta con que he empezado este volumen: «¿Qué crees y sientes respecto a la Cruz de

Cristo?» Escúchame unos momentos mientras trato de aplicar el tema a tu conciencia.

¿Estás viviendo en alguna clase de pecado? ¿Estás siguiendo el curso del mundo, descuidando tu alma? Escucha, te ruego, lo que digo: «Contempla la Cruz de Cristo.» ¡Ve cómo Jesús te amó! ¡Ve lo que Jesús sufrió para preparar para ti un camino de salvación! Sí, hombres descuidados, es para vosotros que la sangre fue derramada y las manos y pies taladrados. ¡Por vosotros colgó en agonía de la Cruz! Vosotros sois las personas a las que amó Cristo, y por las que murió. Sin duda el pensamiento de la Cruz te llevará al arrepentimiento. Ojalá que esto ocurriera hoy. Que vinieras al Salvador que murió por ti y quiere salvarte. Ven y clama a Él con la oración de fe, y Él te escuchará. Ven, echa mano de la Cruz y Él no te va a echar. Ven y cree en Aquel que murió en la Cruz para que tú pudieras tener vida eterna. ¿Cómo escaparemos si tuviéremos en poco una salvación tan grande? ¡No habrá peor castigo en la condenación que el de los que desprecian la Cruz!

¿Estás inquiriendo sobre el camino hacia el cielo? ¿Estás buscando salvación, pero dudando si la hallarás? ¿Tienes interés en Cristo, pero dudas de que te reciba? A ti digo: «Contempla la Cruz de Cristo.» Aquí hay el ánimo que necesitas. Acércate al Señor Jesús con confianza, porque nada te lo impide. Sus brazos están abiertos para recibirte. Su corazón está lleno de amor hacia ti. Él ha abierto camino para que puedas acercarte con confianza. Piensa en la Cruz. Acércate sin temor.

¿Eres una persona sencilla? Sientes deseos de llegar al cielo pero te hallas confuso y perplejo por dificultades de la Biblia que no te explicas? A ti digo: «Contempla la Cruz de Cristo.» Lee acerca del amor del Padre y la compasión del Hijo. Sin duda hallarás la historia escrita en letras claras y sencillas de modo que no podrás equivocarte. ¿Tienes dudas acerca de algunas doctrinas que no puedes compaginar con tus ideas? ¡Mira, digo, a la Cruz! ¿No te dice la Cruz que Jesús es un Salvador amante, poderoso y dispuesto? ¿No deja bien patente que el que no se salva es por su propia decisión? ¡Oh, echa mano de esta verdad y no la sueltes!

¿Eres un creyente angustiado? ¿Está tu corazón oprimido por la enfermedad, probado por el desengaño, abrumado por cuidados? A ti digo, también: «Contempla la Cruz de Cristo.» Piensa en la mano que disciplina. Piensa que esta mano está midiendo la copa de amargura en que ahora bebes. Es la mano del que fue crucificado. Es la misma mano que en amor a tu alma fue clavada en el madero maldito. Sin duda este pensamiento ha de consolarte y animarte. Sin duda te dirás: «Un Salvador crucificado por mí nunca pondrá sobre mí nada que no sea para mi bien. Es mejor que sea así. ¡Oh, sí! A pesar de tu dolor presente.

¿Eres un creyente que anhela ser más santo? ¿Eres uno de aquellos que encuentran que su corazón ama demasiado las cosas de la tierra? A ti digo también:

«Contempla la Cruz de Cristo.» Mira a la Cruz. Piensa en la Cruz. Medita en la Cruz y luego ve y pon tus afectos en el mundo si es que puedes. Creo que la santidad no se aprende mejor en punto alguno que en el Calvario. Creo que no puedes mirar mucho a la Cruz sin sentir tu voluntad santificada y tus gustos hechos más espirituales. Como el sol hace que todo lo demás parezca pálido, la Cruz oscurece el falso resplandor del mundo. Como la miel hace parecer diluida la dulzura de las otras cosas, la Cruz, vista por fe, quita toda la dulzura de los placeres del mundo. Sigue mirando directamente a la Cruz de Cristo, y pronto dirás al mundo como el poeta:

*Sus placeres ya no me complacen,
Sus placeres ya no me contentan;
quiero alejarme de goces así,
una vez he visto al Salvador.*

*Como cuando el día amanece
las estrellas muy pronto se esconden,
el placer terrenal se deshace
cuando se revela el Señor Jesús.*

¿Eres un creyente moribundo? ¿Te has ido a la cama diciéndote que no vas a salir de ella vivo? ¿Se te está acercando el solemne momento en que tu alma y tu cuerpo tienen que decirse adiós por una temporada, y tienes que avanzar hacia un mundo desconocido? Oh, mira firmemente a la Cruz de Cristo y conservarás la paz. Fija tus ojos firmemente en Jesús crucificado y serás librado de todos tus temores. Aunque andes por lugares sombríos, IP-1 estará contigo. Él nunca te abandonará. A la sombra de la Cruz seguirás hasta el fin, y el fruto de ella será dulce a tu paladar. «¡Ah! -decía un misionero moribundo-, sólo es necesaria una cosa en el lecho de muerte, y es sentir que tu brazo rodea la Cruz.»

Lector, pongo estos pensamientos en tu mente. No sé lo que piensas ahora sobre la Cruz de Cristo, pero no puedo descartar nada mejor que esto, que puedas decir con el apóstol Pablo, antes de que mueras o te encuentres con el Señor: «Que jamás acontezca que me gloríe excepto en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo.»

Con afecto, de tu amigo,

J. C. RYLE

Capítulo 2

« ¿Dónde Estás Tú? »

LECTOR:

La pregunta delante de tus ojos es la primera que Dios hizo al hombre después de la Caída. Es la pregunta que hizo a Adán el día en que comió del fruto prohibido y se convirtió en pecador.

Adán y su esposa trataron en vano de esconderse entre los árboles del jardín del Edén. Fue en vano que trataran de escapar de los ojos de Dios. Oyeron la voz del Señor Dios andando en la frescor del día: «Mas Jehová Dios llamó al hombre, y le dijo: ¿Dónde estás tú?» (Génesis 3:9.) ¡Piensa en lo terrible que tiene que haber sido este momento para Adán!

Lector, han pasado casi 6.000 años desde que fue hecha esta pregunta. Hay millones de hijos de Adán que han muerto y se han ido a su lugar. Millones que han estado sobre la tierra, cada uno con un alma que ha sido perdida o salvada. Pero no hay pregunta alguna que se haya hecho más solemne que ésta: «¿Dónde estás tú?» ¿Dónde estás a la vista de Dios? Ven ahora, y pon atención para que te diga unas pocas cosas que te harán luz sobre este punto.

No sé si eres hombre de iglesia o un escéptico, si eres entendido o sencillito; rico o pobre, viejo o joven: sobre todo esto no sé nada. Pero sé que tienes un alma inmortal y que necesita ser salva. Sé que tienes que presentarte ante el trono del juicio de Dios, y que necesitas estar preparado para ello. Sé que has de ser condenado, sin Jesús y su cruz. Sé que la Biblia contiene cosas solemnes sobre los habitantes de la tierra, y quiero que todo hombre, mujer o niño del mundo las escuche. Creo cada una de las palabras de la Biblia; y por ello, pregunto a cada lector: «¿Dónde estás tú a la vista de Dios?»

1. En primer lugar, según me dice la Biblia, hay muchas personas por las cuales, al pensar en ellas, yo tendría que pasar mucho miedo. Lector, ¿eres tú una de ellas?

Estas personas, si es que las palabras de la Biblia tienen algún valor, son aquellas que no se han convertido todavía, no han nacido de nuevo. Estas personas no están justificadas. No están santificadas. No tienen el Espíritu. No tienen fe, ni gracia. Sus pecados no son perdonados. Sus corazones no son cambiados. Carecen de piedad, justicia o santidad.

Algunas de estas personas, por lo que parece, no piensan en sus almas más de lo que piensan en ellas las bestias que perecen. No hay nada que muestre que piensen en la vida venidera más que lo que piensa un caballo o un buey, que carecen de entendimiento. Su tesoro está todo, evidentemente, en la tierra. Sus buenas nuevas se hallan a este lado de la tumba. Su atención es absorbida por las cosas perecederas. Comida, bebida, vestido, dinero, casas y propiedades, negocios, placer o política, casarse, leer o festejar, éstas son las cosas que llenan su corazón. Viven como si la Biblia no existiera. Siguen como si la resurrección y el juicio eterno no existieran. En cuanto a la gracia, la conversión, la justificación y la santidad, éstas son cosas de las que no se preocupan, si no es que las desprecian. Estas personas van a morir. Van a ser juzgadas. Y con todo, se hallan más endurecidas que el diablo, pues no parece que crean ni tiemblen. ¡Ay, en qué estado se halla su alma, que es inmortal! Pero, cuán frecuente es este caso!

Algunas de estas personas hablan de ser religiosas, pero después de todo su religión no es más que una forma externa. Profesan ser cristianos. Van a un lugar de culto los domingos. Pero esto es todo. ¿Dónde se halla la religión del Nuevo Testamento en sus vidas? ¡En ninguna parte! El pecado no es considerado por ellos como su peor enemigo, ni el Señor Jesús como su mejor amigo, ni la voluntad de Dios es la regla de su vida, ni la salvación el fin de su existencia. El espíritu de sueño domina su corazón, y se hallan satisfechos y contentos.

Dios les habla constantemente: por medio de sus misericordias, sus aflicciones, y los domingos en sermones, pero no escuchan. Jesús llama a la puerta de su corazón, pero ellos no abren. Se les habla de la muerte y la eternidad, pero no les interesa. Se les avisa contra el amor al mundo y se lanza a él, semana tras semana, sin compunción. Oyen hablar de que Cristo vino al mundo para morir por los pecadores, pero se marchan sin conmoverse. Parece que sólo hay lugar en su corazón para cosas vanas y placeres, no para Dios. ¡En qué condición se hallan estas personas! Pero, ¡ay!, esto es muy común.

Lector, quiero poner solemnemente en tu conciencia, a la vista de Dios, el deseo de que te preguntes si eres una de estas personas que he descrito. Hay millares de ellas en nuestros países cristianos. ¿No eres una de ellas? Si lo eres, tengo miedo por ti, tiemblo por ti, estoy alarmado, en gran manera.

¿Qué es lo que temo? Temo que si persistes rechazando a Cristo puedes llegar a pecar hasta que te hagas indiferente al perdón. Temo que te des a un sueño fatal del que ya no despiertes más. Temo que esta dureza de corazón sólo pueda ser quebrantada por el sonido de la trompeta de Dios y la voz del arcángel que te despierte del sueño. Temo que aferrado a este mundo vano no haya nada sino la muerte que te pueda separar de él. Temo que vivas sin Cristo, mueras sin perdón, resucites sin esperanza, para recibir un juicio sin misericordia y te hundas en la condenación.

Lector, tengo que advertirte, aunque parezca Lot, y tú te burles, que huyas de la ira que vendrá. Te ruego que recuerdes que todo lo que dice la Biblia es verdad y va a ser cumplido, que el fin de tus caminos presentes es la miseria y la aflicción, que sin santidad ningún hombre verá a Dios, que los malvados irán a parar al infierno, y que todas las personas que se olvidan de Dios tendrán que dar cuenta de sus actos y que los que son pecadores sin Cristo no pueden resistir su vista, porque Él es santo, y un fuego consumidor. Deseo que consideres estas cosas.

Conozco bien los pensamientos que Satán ha puesto en tu corazón cuando lees estas palabras. Las excusas que vas a dar. Dirás: «La religión está bien, pero el hombre tiene que vivir.» Contesto: «Sí, es verdad, pero no lo es menos que tiene que morir.» Puedes decirme: «El hombre tiene que trabajar para ganar el pan; no hay tiempo para nada más: no puede morir de hambre.» Sí, no quiero que nadie muera de hambre, pero tampoco que muera condenado. O bien: «El hombre tiene que ocuparse de sus negocios en el mundo, primero.» Digo: Sí, y el negocio más importante para el hombre es el de su alma, el negocio de la eternidad.

Lector, te ruego con afecto, apártate de tus pecados, arrepiéntete y conviértete. Te ruego que cambies el curso de tu vida, que alteres tu camino en cuanto a la religión, que pongas remedio al descuido de tu alma, y que pases a ser un nuevo hombre. Te ofrezco por Jesucristo el perdón de tus pecados pasados -gratuitamente-, un perdón presente, preparado y para siempre. Te digo, en el nombre del Maestro, que si te vuelves al Señor Jesucristo este perdón será tuyo al instante. ¡Oh, no rehúses esta invitación! ¿No oyes que Cristo murió por ti, que derramó su sangre por ti, que sufrió en la Cruz por ti? ¿Cómo puedes quedar indiferente? No ames a este mundo que perece, más que a la vida eterna. Decídetes. Deja el camino ancho que conduce a la perdición. Levántate y escapa para salvar tu vida mientras tengas tiempo. Arrepiéntete, cree, ora y sé salvo.

Lector, temo por tu estado presente. El deseo de mi corazón y mi oración es que Dios te enseñe a temer por ti mismo.

II. En segundo lugar, hay muchas personas sobre las que la Biblia me enseña que yo debería tener dudas. Lector, ¿eres una de ellas?

Hay muchos a quienes debo llamar «casi cristianos», porque no conozco otra expresión en la Biblia que describa exactamente su estado. Hay en ellos muchas cosas rectas, buenas y dignas de alabanza a la vista de Dios. Sus vidas son morales y correctas. Se hallan libres de pecados burdos y evidentes. Tiene hábitos decentes y apropiados. Son diligentes en el uso de los medios de gracia. Parecen amar la predicación del Evangelio. No se ofenden al oír hablar de Jesús, aunque se diga de Él la verdad claramente. No objetan a la compañía religiosa. Están de acuerdo cuando se les habla de su alma con todo lo que se les dice. Y todo esto está bien.

Con todo no hay movimiento en su corazón, por lo menos que se pueda descubrir sin un microscopio. Dan la impresión de estar parados. Semana tras semana, los años van pasando y siempre están en el mismo sitio. Se sientan bajo el púlpito. Aprueban los sermones, pero no les sirve para mejorar. Siempre regulares y constantes, haciendo uso de los medios de gracia, la misma conversación sobre religión, pero nada más. No hay progreso en su cristianismo. No hay vida, ni corazón ni autenticidad en él. Sus almas están estancadas. Y todo esto deja mucho de estar bien.

Lector, ¿eres uno de éstos? Hay millares de ellos en nuestras iglesias. ¿Es éste el estado de tu alma a la vista de Dios? Responde con franqueza. Si lo es, tu condición no es satisfactoria. Como el apóstol dijo a los gálatas, digo yo también: «Tengo dudas acerca de vosotros.»

¿Cómo podría ser distinto? Hay dos campos opuestos en este mundo, el de Cristo y el del diablo; y no se ve claro a qué lado perteneces. No puedo decir que seas descuidado sobre la religión, pero no puedo considerarte decidido. Te apartas de los infieles, pero no puedo colocarte entre los hijos de Dios. Tienes algo de luz, pero ¿es conocimiento que salva? Tienes algún sentimiento, pero, ¿es gracia? No eres un descreído, pero ¿perteneces a Dios? Es posible que seas del pueblo de Dios; pero vives tan cerca de la frontera, que es difícil discernir a qué nación perteneces. Puede que no estés espiritualmente muerto, pero eres como un árbol en invierno. Y así vives sin dar ninguna evidencia satisfactoria. No puedo por menos de dudar sobre ti. Y sin duda hay causa.

No puedo leer los secretos del corazón. Quizás haya algún pecado predilecto al que no quieres renunciar. Ésta es una enfermedad que impide el crecimiento de muchos cristianos. Quizá te retraes por temor al hombre: tienes miedo de las burlas de tus compañeros. Esto es una cadena para muchas almas. Quizás eres descuidado en cuanto a tu oración privada y tu comunión con Dios. Esta es una razón por la que muchos son débiles y enfermizos de espíritu. Pero, cualquiera que sea la razón, te

advierto que en todos tus afectos has de tener cuidado con lo que haces. Tu estado no es ni satisfactorio ni seguro. Como los gabaonitas, vas con los del pueblo de Israel, pero, como ellos no tienes heredad, consolación o recompensa. ¡Oh, despiértate y date cuenta de tu peligro! Esfuérate a entrar.

Lector, tienes que renunciar a mantenerte entre dos opiniones si quieres gozar de una buena evidencia de la salvación. Tiene que haber un cambio en ti. Tienes que dar un paso adelante. No se puede estar parado en el verdadero cristianismo. Si la obra de Dios no va adelante en el corazón del hombre, es la del diablo la que progresa; y si el hombre se halla siempre en el mismo punto en cuanto a la religión lo más probable es que no tenga religión. No basta con llevar el ropaje externo, hay que luchar las batallas de Cristo. No basta con cesar de hacer el mal; es necesario aprender a hacer el bien. No basta con no causar daño; es necesario trabajar para hacer bien. Oh, tiembla porque puede mostrarse que eres un siervo inútil, y como tal seas tratado. Recuerda que el que no está con Cristo está contra El.

Lector, te encargo que no descanses hasta que hayas descubierto si hay gracia en tu corazón o no. Los deseos, los buenos sentimientos, las convicciones, todo ello es excelente a su modo, pero no pueden salvarte. Me gusta ver los brotes en un árbol, pero me gusta más ver el fruto. Los olores de la Palabra al lado del camino no echan raíces. Los que crecen en terreno pedregoso escuchan con gozo, pero la Palabra no penetra. Los que se hallan entre espinos y zarzas dan algo de fruto, pero la Palabra es ahogada por el mundo. Ninguno de ellos es salvo. ¿Tiemblas ante la Palabra? Lo mismo hizo Félix, pero no fue salvo. Te gusta ¿oír buenos sermones, y obrar bien? Lo mismo le pasaba a Herodes, pero no se salvó. Recuerda a la mujer de Lot, a Balaam, a Judas Iscariote. Todos ellos tenían puntos buenos. Pero no se salvaron.

Lector, una vez más llamo tu atención sobre lo que haces. Si no procuras dar un paso adelante ¿cómo puedo por menos que dudar sobre tu alma?

Pero hay otros, sobre los que tengo dudas que están en peor situación que estos «casi cristianos». Son los que una vez profesaron religión, pero se han echado atrás. En otro pero se han vuelto al mundo. Parece que se han vuelto atrás del punto que habían alcanzado en la religión. Se han retractado.

Lector, ¿es éste el estado de tu alma? Si es así, sabe con certeza que tu condición es muy insatisfactoria. No importa mucho cuál fue tu experiencia anterior. Sirve de poco el que antes eras contado entre los verdaderos cristianos. Todo había sido una ilusión o un error. Es tu presente condición la que hay que considerar y, al hacerlo, tengo que dudar.

Creo que hubo un tiempo en que los verdaderos creyentes se regocijaban en ti. Parecía que amabas al Señor Jesús sinceramente, y estabas dispuesto a dejar el camino ancho y seguir el Evangelio. La Palabra de Dios te parecía preciosa; la voz del pastor, agradable; la congregación del pueblo de Dios, el lugar mejor. Nunca faltabas a las reuniones. Siempre tenías la Biblia en la mano. No había día en que no oraras. Tu celo era ferviente. Anduviste bien por una temporada. Pero, ¡oh lector!, ¿dónde te encuentras ahora?

Te has vuelto al mundo. Te detuviste, miraste atrás. Has vuelto a incurrir en los hechos del hombre viejo. Has dejado tu primer amor. Tu bondad eran nubes matutinas, Y como el rocío se ha desvanecido. Tus convicciones se están secando, cambian el color como las hojas en otoño, pronto caen y desaparecen. La predicación en que antes te deleitabas, ahora te cansa. Los libros que leías con afán, ya no te causan placer. El progreso del Evangelio de Cristo va no te interesa. Ya no buscas la compañía de los hijos de Dios. Te sientes tímido ante los santos, impaciente si te amonestan, inseguro en tu humor, descuidado en los pecadillos, sin aprensión a mezclarte con el mundo. En otro tiempo no era así. Es posible que conserves alguna forma religiosa, pero en cuando a la piedad vital se está enfriando rápidamente. Ahora eres tibio; pronto estarás frío y tu religión helada y más muerta que antes. Estás agraviando al Espíritu, que pronto te dejará. Tientas al diablo, que pronto entrará en ti; tu corazón está dispuesto para él. Oh, lector, refuerza los lazos que te mantienen unido aún, antes que se marchiten. ¿Cómo es posible que yo deje de dudar sobre tu alma?

Pero no puedo dejarte sin intentar hacer algo por ti. Me da pena verte tan infeliz. Es inútil que lo niegues: lo eres desde que caíste. Eres infeliz en tu casa y fuera de ella, solo y en compañía, cuando estás echado y cuando te levantas. Puedes tener riquezas, honores, amor, obediencia, amigos; pero la espina sigue clavada. Hay hambre de consolación en ti; deseas paz interior. Estás enfermo en tu corazón, descontento con todos y especialmente contigo. Eres como un pájaro que se ha ido del nido: nunca se encuentra bien en parte alguna. Conservas demasiada religión para gozar del mundo y tienes poca para gozar de Dios. Temes morir, y temes la vida.

Lector, a pesar de que te hayas vuelto atrás hay esperanza para ti. No hay enfermedad del alma que no pueda curar el Evangelio. Es un remedio que quizás humille tu orgullo, pero es un remedio seguro. Este remedio es la Fuente abierta a todo pecado, la misericordia gratuita de Dios en Cristo Jesús. Ve y lávate en esta Fuente sin dilación, y Jesucristo te hará sano.

Toma tu Biblia, descuidada, y ve cómo David cayó y vivió en pecado durante un año y, con todo, cuando se arrepintió y se volvió a Dios hubo misericordia para él. Vuelve a Pedro, y ve cómo negó al Maestro tres veces con juramento y, con todo,

cuando se arrepintió y lloró amargamente y se humilló, hubo misericordia para él. Oye las consoladoras palabras de nuestro Señor y Salvador: «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.» «Tú te has prostituido con muchos amantes, con todo vuelve a mí.» «Aunque tus pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos, aunque sean rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana.» «Volveos, hijos apostatas, y sanaré vuestras apostasías. Aquí estamos, hemos venido a ti, porque tú eres Jehová nuestro Dios.» (Mateo 11:28; Jeremías 3:1; Isaías 1:18; Jeremías 3:22.)

Lector, ruego a Dios que estas palabras no te lleguen en vano. Pero, recuerda, hasta que te vuelvas de tu apostasía, tengo que tener dudas sobre tu alma.

III. En tercer lugar, hay algunos, sobre los cuales la Biblia me dice que debería tener esperanza. Lector, ¿eres uno de éstos?

Aquellos de que hablo, han descubierto que son pecadores culpables y han acudido a Cristo por la fe para ser salvos. Han visto que el pecado es una condición desgraciada y lo aborrecen, y desean verse libres de su presencia. No ven nada bueno en ellos sino debilidad y corrupción, pero en Cristo Jesús ven las cosas que requiere su alma: perdón, paz, luz, consuelo y fuerza. La sangre de Cristo, la cruz de Cristo, la justicia de Cristo, la intercesión de Cristo, éstas son las cosas que ama su alma. Sus afectos están puestos ahora en las cosas de arriba. Lo que les interesa más es agrandar a Dios. En tanto que viven su principal deseo es vivir con el Señor. Para cuando mueran su único deseo es morir en el Señor. Su esperanza es que después de la muerte, puedan estar con el Señor.

Lector, ¿es éste el estado de tu alma? ¿Conoces algo de la fe, la esperanza, los afectos y experiencia que he descrito? Hallas algo en tu corazón que corresponda a lo que he dicho? Si es así, da gracias a Dios por ello, y felicítate por tu condición: tengo esperanzas bien fundadas sobre tu alma.

Sé muy bien que vives en un mundo lleno de tribulaciones. Estás en un desierto, no en un hogar. Sé bien que el orgullo, la incredulidad y la pereza se esfuerzan para dominarte. Luchas por fuera y temes por dentro. Tu corazón es traidor y engañoso y con frecuencia estás cansado de ti mismo y dices: «Nunca hubo un corazón como el mío.» Pero, a pesar de ello, tengo esperanza para tu alma.

Tengo esperanza porque creo que Dios ha empezado en ti la obra que no permitirá que sea destruida. ¿Quién te enseñó a aborrecer el pecado y amar a Cristo? ¿Quién te hizo salir del mundo para deleitarte en el servicio de Dios? Estas cosas no proceden de nuestro propio corazón. La naturaleza no da estos frutos. Estas cosas

son la obra de Dios, que, cuando es empezada, siempre se termina. El que da gracia, también da gloria. Hay buena base para tener esperanza.

Tengo esperanza porque creo que tienes interés en el pacto eterno, un pacto en que todo es seguro. Hay el sello del cielo en él. Las marcas del Señor Jesús están en tu alma. El padre, el Hijo y el Espíritu Santo han emprendido la salvación de tu alma. Hay una triple cuerda que te rodea y que nunca se romperá. Hay buena base para la esperanza.

Tengo esperanza, porque tienes un Salvador cuya sangre limpia de todo pecado, un Salvador que invita a todos y no echa a nadie de los que acuden, un Salvador que no quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humea. Un Salvador que es afectado por tus debilidades, y que no se avergüenza de llamarse tu hermano, un Salvador que nunca cambia: es el mismo ayer, hoy y para siempre, siempre dispuesto a salvar hasta lo sumo. Sin duda hay buena base para la esperanza.

Tengo esperanza porque el amor de Cristo es un amor que sobrepasa todo conocimiento. Es gratuito e inmerecido. Su coste es el de la muerte. Es todopoderoso. No cambia. Es paciente tierno y cariñoso. Sin duda nuestros pecados son excesivos, y este amor es el que necesita nuestra alma. Sin duda hay buena base para la esperanza.

Tengo esperanza porque Dios te ha dado excelentes y preciosas promesas, promesas que mantendrá hasta el fin, promesas de gracia para todo momento de necesidad y fuerza, según te convengan. Sin duda hay motivo para tener esperanza.

Oh, lector, si eres un creyente, estas cosas son una base firme. Si Dios está contigo, ¿quién estará contra ti? No hay condenación para los que están en Cristo Jesús. Nada nos separará del amor de Dios que es en Cristo Jesús Señor nuestro.

Ven y permíteme que te diga lo que tienes que procurar, tú y todo cristiano. Quiero que tengas más esperanza. Quiero que no te quedes satisfecho con una miaja de confianza, que es lo que forma el bagaje de muchos hijos de Dios. Quiero que busques la plena seguridad de la esperanza, la esperanza viva de la que ningún hombre ha de avergonzarse.

Te hablo como un compañero de viaje en la senda estrecha. Te hablo como quien desea que su propia esperanza crezca cada año en tanto viva, y que desea que la esperanza de todos sus hermanos crezca también. Estoy persuadido que escribo cosas que afectan tu paz. Cuando tengas días nublados, cuando la faz de Dios te sonría, cuando tengas gozo y paz, cuando recuerdes tus pasados errores, en todos

tus deseos de solaz en el futuro, te encargo, te exhorto, te pido que busques la plena seguridad de la esperanza.

¡Ah, lector, si eres un verdadero creyente sabes bien que necesitamos estas exhortaciones mutuas! Tú y yo somos hijos al servicio del Señor, en todo lo que podemos. Nuestras almas siempre están dispuestas a humillarse. Hay posibilidad de mejoría en nosotros cada día. Escucha, pues, mientras te hablo de cosas que nunca olvidarás si quieres disfrutar de más esperanza, de la que nunca podemos prescindir si queremos conservar la que tenemos.

Si queremos crecer en la gracia y tener más esperanza hemos de procurar tener más conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. ¡Cuán poco le conocemos! Nuestros afectos hacia Él son fríos y dan testimonio contra nosotros. Nuestros ojos no se abren para ver qué es y lo que hace por nosotros o cómo deberíamos amarle. Algunos cristianos parecen funcionar a base de la doctrina de la santificación, excluyendo todo lo demás. Pueden discutir con ardor sobre puntos de práctica; con todo, son fríos acerca de Cristo. Viven con reglas, andan estrictamente, hacen muchas cosas, se imaginan que son muy fuertes. Durante todo este tiempo pierden de vista esta gran verdad: que nada santifica tanto como el conocimiento del Señor Jesús, y la comunión con Él. «Permaneced en Mí -dice Jesús-, y yo

en vosotros. Como la rama no puede llevar fruto si no permanece en la vid, tampoco vosotros podéis hacer nada sino permanecéis en Mí.» Cristo debe ser el resorte de nuestra santidad, así como la roca de nuestra fe. Cristo debe ser el todo en todos. No dudo que Cristo es precioso para todo el que cree. Debe ser precioso, por sus altos cargos y por su obra. Precioso por lo que ya ha hecho: nos ha llamado, vivificado, lavado y justificado. Precioso ha de ser por lo que hace ahora: nos corrobora, intercede por nosotros, simpatiza con nosotros. Precioso por lo que hará: nos guardará hasta el fin, nos levantará, nos reunirá a su vanidad, nos presentará inmaculados delante del trono de Dios, nos dará descanso con Él en su reino. Pero, oh lector, Cristo debería ser mucho más precioso para nosotros de lo que lo ha sido nunca. Creo que nada sino el conocimiento de Cristo satisfarán nunca el espíritu del hombre. Todas nuestras tinieblas proceden que no nos mantenemos junto a Él. Las formas religiosas son valiosas como auxilio, pero, lo que debemos predicar y la doctrina que hemos de seguir, tiene que ser el Cristo crucificado por los pecadores, visto por el ojo de la fe, presente en el corazón, pan de vida y agua de vida. No hay nada más que salve, que santifique o satisfaga al alma pecadora. Todos necesitamos más conocimiento de Cristo. Si queremos crecer en la gracia y la esperanza hemos de empezar aquí.

Si queremos crecer en la gracia y tener más esperanza, hemos de buscar más conocimiento del corazón. Nos imaginamos que lo conocemos y no es así. La mitad de nuestro pecado está oculto a nuestros ojos. No tenemos la menor idea de lo

mucho que puede engañarnos el corazón, y hasta qué profundidades de Satán se puede hundir el mejor de nosotros. Pero todos conocemos por experiencia amarga que al confiar nuestro corazón hacemos, con frecuencia, tristes equivocaciones. Hemos cometido errores tales que hemos perdido de vista nuestra esperanza, y casi creemos que carecemos de caridad. ¡Oh!, si queremos ser cristianos felices hemos de dejar de poner confianza en nuestro corazón. Hemos de aprender a no esperar nada de él sino debilidad. Cesemos de mirar a fórmulas y sentimientos en busca de consuelo. La esperanza edificada en cualquier cosa que haya dentro de nosotros, es inestable y se tambalea.

Si queremos crecer en la gracia y tener más esperanza, hemos de buscar más santidad en la vida y la conducta. Ésta es una lección humillante, pero en la que hay que insistir. Hay una relación inseparable entre andar junto a Dios y hallar consuelo en la religión. Los vasos de la casa del Señor están, con mucha frecuencia, llenos de polvo y en mal estado. Cuando miramos alrededor vemos muchas cosas que Jesús ama, pero que no están en nosotros. No hallamos la humildad y ternura que había en Él: muchos son duros, de mal carácter, criticones y se jactan de que son fieles. Echamos de menos la osadía para confesar a Cristo delante de los hombres: muchas veces permanecemos silenciosos cuando tendríamos que hablar. Falta la verdadera humildad: no muchos buscan los lugares bajos, y estiman en más a los demás que a ellos mismos. Echo de menos la verdadera caridad o amor: son pocos los que se preocupan más de los sentimientos y la felicidad de los demás que de la suya propia. Echo de menos el espíritu de agradecimiento: nos quejamos, murmuramos, estamos nerviosos, nos preocupamos de las cosas que no deberían preocuparnos y olvidamos las que deberíamos recordar. Raramente estamos contentos. Echo de menos la separación del mundo: la línea de separación es, con frecuencia, borrosa. Muchos, como el camaleón, son del color de la compañía que les rodea; nos volvemos tan semejantes a los infieles que hay que forzar la vista para echar de ver la diferencia. Lector, estas cosas no deberían ser así. Si queremos más esperanza, seamos celosos de buenas obras.

Si queremos crecer en la gracia, y tener una esperanza más viva, hemos de procurar vigilar más en épocas de prosperidad. No sé de ningún instante en la vida del creyente en que su alma esté en tan grave riesgo, como cuando las cosas le van bien. El creyente entonces contrae enfermedades espirituales, y pone los cimientos de muchos días de oscuridad y duda en el hombre interior. Tú y yo queremos que nuestra vida transcurra con tranquilidad, y es natural que la carne y la sangre lo deseen. Pero tú y yo no nos damos cuenta de lo peligroso que es el curso de nuestra religión. La semilla de la enfermedad se siembra generalmente en la salud. Es en las épocas de solaz, las vacaciones, que se olvidan las lecciones aprendidas. Es lo dulce que perjudica a los niños, no lo amargo. Es el favor del mundo que lastima a los creyentes, más que el hecho que el mundo les frunza el ceño. David no cometió adulterio cuando estaba huyendo de Saúl. Pero cuando él era el rey, y Saúl

muerto, y había paz en Israel, entonces cayó. El cristiano, en El Peregrino, no perdió su evidencia mientras estaba luchando con Apolion, sino que fue en la agradable enramada y no había ningún enemigo cerca. ¡Oh!, si queremos tener la esperanza viva, hemos de vigilar los días de prosperidad y ser sobrios.

Si queremos crecer en la gracia y tener una esperanza más viva, hemos de procurar tener más fe y contento en tiempo de tribulación. La tribulación hace que el justo hable con poco juicio, y diga y haga cosas que ponen una nube entre su alma y Cristo. La tribulación es un fuego que lleva la escoria a la superficie del corazón del creyente y le hace decir: «Dios me ha olvidado, no hay esperanza para mi alma; el Señor ha apartado su vista de mí; tengo razón de quejarme.» Con todo, la tribulación es la mano del Padre que nos disciplina para nuestro beneficio, por mucho que nos cueste el creerlo. La vara es enviada con frecuencia como respuesta a la súplica de santificación: es una de las formas de Dios de llevar a cabo la obra de santificación que decimos que deseamos: Jacob, José, Moisés y David, hallaron que era así. Bendito el que toma pacientemente las medicinas del Señor, que lleva la cruz en silencio y dice: «Todo está bien.» Las aflicciones bien llevadas son progreso espiritual. La paciencia que tiene una obra perfecta en la época de aflicción, más tarde o más temprano, dará una preciosa cosecha de esperanza interior.

Si hemos de crecer en la gracia, y hemos de tener una esperanza más viva, hemos de procurar estar preparados para la segunda venida de Cristo. No conozco ninguna doctrina que santifique y avive más, que la doctrina de la segunda venida. No sé de nada que pueda apartarnos más de este mundo y nos haga sinceros y gozosos como cristianos. Pero, ¡ay!, son pocos los creyentes que viven en la espera del retorno del Maestro. El que observa de cerca los caminos de muchos creyentes, ¿podría darse cuenta de que esperan y desean la aparición del Señor? ¿No es verdad que hay muchos corazones entre los hijos de Dios que no están dispuestos a recibir a Jesús? Jesús hallaría en ellos la ventana cerrada y las puertas atrancadas, y el fuego casi apagado: tendría una recepción poco calurosa. Oh, creyente lector, no tendría que ser así. Necesitamos más del espíritu del peregrino, tendríamos que estar siempre anhelando regresar al hogar. El día del advenimiento del Señor es el día de reposo, de la redención completada, el día en que la familia de Dios se reunirá por fin junta. Es el día en que ya no andaremos por fe, sino por vista: veremos la tierra que ahora está lejana, contemplaremos al Rey en su hermosura. Sin duda deberíamos decir diariamente: «Ven, Según Jesús, venga tu reino.» ¡Oh, pongamos siempre la segunda venida de Cristo continuamente delante de nuestros ojos! Digámonos cada mañana: «El Señor volverá pronto», y esto será bueno para nuestras almas.

Finalmente, si queremos crecer en la gracia y tener más esperanza, hemos de procurar más diligencia en el uso de los medios de gracia. Es vano suponer que

nuestra esperanza no depende en ningún sentido del trabajo que nos damos en el uso de las ordenanzas designadas por Dios. Depende de ellas y en alto grado. Dios ha ordenado con sabiduría que los cristianos perezosos raramente disfruten de alguna seguridad respecto a su aceptación. Nos dice que hemos de trabajar, esforzarnos, hacer nuestra vocación y elección segura. ¡Oh, que los creyentes quieran recordar esto, y ponerlo en su corazón!

Sospecho que muchos del pueblo de Dios son muy perezosos en su manera de usar los medios. Saben muy poco del espíritu de David, que dijo: «Mi alma anhela y suspira por los atrios de la casa de mi Dios.» Dudo que haya mucha oración privada antes y después de los sermones. Sin embargo, hay que recordar que no basta con oír: cuando se ha terminado el sermón en el púlpito, se ha hecho sólo la mitad del trabajo. Dudo si la Biblia se leída como debiera serlo. Nada me ha sorprendido tanto en mi corta experiencia propia como la ignorancia de la Escritura, por parte de los creyentes, sin que esto les afecte demasiado. Dudo si la oración privada se hace con tanta frecuencia como debiera serlo. A menudo estamos satisfechos de levantarnos de las rodillas sin haber visto u oído nada de Dios y su Cristo. Todo esto está mal. El alma diligente es la que goza de una viva esperanza.

Lector, pongámonos en el corazón las cosas que he mencionado. Haz la resolución, con la ayuda de Dios, de tenerlas presentes continuamente, orar sobre ellas, esforzarse por ellas, y procurar conseguirlas.

Este es el camino de los cristianos útiles. El mundo no conoce mucho de Cristo, aparte de lo que ve de El en su pueblo. Oh, qué epístolas deberían ser ellos mismos, y con qué claridad deberían ser escritas. Un creyente con esperanza y que crece es un sermón andante. Predica mucho más que el pastor, porque predica toda la semana, avergonzando a los no convertidos, aguzando a los convertidos y mostrando todo lo que la gracia puede hacer. Este creyente hace bien por medio de su vida, y después de su muerte ¡qué evidencias tan amplias dejará detrás! Le llevamos a la tumba sin una sola duda. ¡Qué valor tiene y qué poder, un cristiano que crece! El Señor haga de mí y de ti uno de ellos.

Esta es la manera de ser cristianos felices. La felicidad es el don de Dios, pero que nadie dude un instante que hay una estrecha relación entre el seguir totalmente a Dios y la felicidad plena. Un cristiano con esperanza y que crece tiene el testimonio dentro de sí mismo. Anda a plena luz del sol y, por tanto, generalmente se siente caliente y confortable. No apaga al Espíritu con sus continuas contradicciones, y por ello, el fuego que lleva dentro, arde siempre brillante. Tiene mucha paz, porque realmente ama la ley de Dios, y todos los que le ven están obligados a admitir que es un privilegio el ser cristianos, y no una servidumbre. Oh, qué consuelo el tener una conciencia tierna, piadosamente celosa, el andar junto a Dios: ésta es una actitud mental celestial. El Señor nos dé a todos este espíritu.

Y ahora, queridos lectores, de todas las clases de que he hablado, pido fervientemente a Dios que bendiga estas páginas en vuestras almas. Tanto si eres de aquellos por los que temo, o de aquellos por los que dudo, o de aquellos que miro con esperanza, el deseo de mi corazón y mi oración es que puedas dejar este libro siendo más prudente y mejor que cuando lo abriste.

Vivimos en tiempos extraños. El mundo parece viejo y caduco. Las sombras se alargan. El crepúsculo se acerca. Pronto la noche se nos caerá encima, en que nadie puede trabajar. Oh, que cada lector de estas páginas vuelva en sí mientras se le llama hoy, y considere sus caminos. Que cada uno se haga la pregunta: «¿Dónde estoy? ¿Qué soy? ¿A dónde voy? ¿Cuál será el final del curso que llevo? ¿Cuál es la esperanza de mi alma?»

Lector, una vez más te pido que no desprecies mi pregunta. Piensa en ella: considérala, ora sobre ella. ¡Oh, que pueda asir tu corazón y no te deje nunca! ¡Oh, que pueda ser para tu alma vida de entre los muertos! El tiempo se termina. La vida es una persistente incertidumbre. La muerte se va acercando. El juicio viene con toda seguridad. Lector, ¿dónde estás tú? ¿Dónde te hallas a la vista de Dios?

Quedo tuyo afectísimo,

J. C. RYLE

Capítulo 3

¿HAS SIDO REGENERADO?

LECTOR:

Quiero hablarte de la regeneración, o sea del nacer de nuevo.

El tema es de la mayor importancia en todo tiempo. Estas palabras de nuestro Señor Jesucristo a Nicodemo son muy solemnes: «De cierto, de cierto te digo, que el que no nace de nuevo no puede ver el reino de Dios.» (Juan 3:3.) El mundo ha experimentado muchos cambios desde que fueron dichas estas palabras. Han pasado más de mil ochocientos años. Han caído imperios y reinos y otros se han levantado. Han vivido hombres grandes y sabios, han trabajado, han escrito y han muerto. Pero la regla del Señor Jesús permanece inalterada e inmutable. Y permanecerá hasta que el cielo y la tierra pasen: «El que no nace de nuevo, no puede ver el reino de Dios.»

Pero el tema es tal que es doblemente importante hoy día. Pasan cosas que nos llaman especialmente la atención hacia el mismo. La mente de los hombres está llena de él, y, los ojos de los hombres, fijos en él. La regeneración es discutida en los diarios. Se habla en ella en la sociedad privada. La regeneración es discutida en los diarios. Se habla de ella en la sociedad privada. La regeneración se discute en los tribunales. Sin duda, ésta es una época en que todo verdadero cristiano debería examinarse a sí mismo sobre el tema y asegurarse que sus puntos de vista son sanos. Es una época en que no deberíamos quedarnos entre dos opiniones. Deberíamos saber lo que sostenemos. Deberíamos estar preparados para dar razón de nuestras creencias. Cuando se ataca a la verdad, los que la aman deberían adherirse a ella de modo más firme. Ojalá que hubiera más decisión en todo el país. Es necesaria mayor resolución en el campo del Señor.

Lector, te invito a que me escuches, mientras trato de traer la pregunta disputada delante de ti. Tengo la impresión que no puedo decirte nada nuevo. No puedo decir nada nuevo, que no haya sido dicho por otros con mayor autoridad que yo. Pero todo nuevo testimonio puede ser útil en una causa disputada. Y si puede echar un poco de luz de la Escritura sobre el tema de la regeneración, y aclararlo a los lectores sencillos de la Biblia, daré gracias a Dios y quedaré muy satisfecho. ¿De qué importancia son para mí, o para ti, las opiniones de los hombres? El que juzga es el Señor. Hay un punto que hay que aclarar y sólo uno: «¿Qué dice la Escritura?»

Me propongo hacer tres cosas:

- I. *Primero, explicar lo que significa la regeneración, o sea, nacer de nuevo.*
- II. *Segundo, mostrar la necesidad de la regeneración.*
- III. *Tercero, indicar las marcas y evidencia de la regeneración.*

Si el Señor me permite dejar estos tres puntos claros, creo que habré hecho un gran servicio a tu alma.

- I. *Déjame primero explicar lo que es la regeneración, o nacer de nuevo.*

La regeneración significa el cambio de corazón y de naturaleza que experimenta un hombre cuando se hace cristiano verdadero.

Creo que no puede haber dudas de que hay una inmensa diferencia entre los que profesan ser cristianos y que se llaman así. Está claro que hay dos clases siempre en la Iglesia, la clase de los cristianos de nombre y forma sólo, y la clase de los que lo son de hecho y de verdad. No todos los que se llamaban de Israel eran Israel, y

no todos los cristianos de nombre lo son de hecho. «En la Iglesia visible -dice un artículo de la Iglesia Anglicana-, el mal va siempre mezclado con el bien.»

Algunos, como dice el artículo treinta y nueve, son «malos y carecen de fe viva»: otros, como dice otro artículo, «están hechos a la imagen del Unigénito Hijo de Dios, Jesucristo, y andan religiosamente en buenas obras». Algunos adoran a Dios por mera fórmula, y algunos en espíritu y en verdad. Algunos dan su corazón a Dios, y algunos al mundo. Algunos creen en la Biblia y viven como si la creyeran: otros, no. Algunos lamentan sus pecados; otros, no. Algunos aman a Cristo, confían en Él y le sirven, otros no. En resumen, como dice la Escritura, algunos andan por el camino estrecho, otros por el ancho; algunos son trigo, otros cizaña.

Creo que no hay nadie que abra los ojos que deje de verlo, tanto en la Biblia como en el mundo que le rodea. Pensemos lo que pensemos sobre este tema, no es posible negar la diferencia.

Ahora bien, ¿cuál es la explicación de la diferencia? Contestaré sin vacilar: «La regeneración, o sea el haber nacido de nuevo. Los verdaderos cristianos son aquellos que lo son porque han sido regenerados; y los cristianos formales son aquellos que no han sido regenerados. El corazón del cristiano de verdad ha sido cambiado. El que sólo lo es de nombre no ha sido cambiado. El cambio de corazón es la causa de toda la diferencia.

Este cambio de corazón es mencionado constantemente en la Biblia bajo varios emblemas y figuras.

Ezequiel lo llama: «quitaré vuestro corazón de piedra Y os daré un corazón de carne», «os daré un nuevo corazón y pondré en vosotros un nuevo espíritu» (Ezequiel 11: 19; 36:26).

El apóstol Juan lo llama «ser nacido de Dios», a veces; a veces «ser nacido de nuevo», otras, ser nacido del Espíritu» (Juan 1:13; 3:3-6).

El apóstol Pedro, en Hechos, lo llama «arrepentirse y convertirse» (Hechos 3:19).

La Epístola de los Romanos habla de ello como un «estar vivo de entre los muertos» (Romanos 6:13).

Se segunda Epístola a los Corintios lo llama «sois una nueva criatura: las cosas viejas pasaron, he aquí todas son hechas nuevas» (2 Corintios 5:17).

La Epístola a los Efesios habla de ello como una resurrección juntamente con Cristo: «os dio vida cuando estabais muertos por vuestros delitos y pecados» (Efesios 2: 1); COMO «despojarse del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos

engañosos y renovarse en el espíritu de vuestra mente, y vestirse del nuevo hombre, creado a semejanza de Dios en la justicia y santidad de la verdad» (véase Efesios 4:22-24).

La Epístola a los Colosenses dice: «Habiéndoos despojado del viejo hombre con sus prácticas, y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno.» (Colosenses 3: 9, lo.)

La Epístola de Tito dice: «El lavamiento de la regeneración y la renovación por el Espíritu Santo.» (Tito 3:5.)

La primera Epístola de Pedro habla de ello como que «os llamó de las tinieblas a su luz admirable» (I Pedro 2:9). Y la segunda Epístola como «llegar a ser participantes de la naturaleza divina» (II Pedro 1:4).

La primera Epístola de Juan lo llama «pasar de muerte a vida» (I Juan 3:14).

Todas estas expresiones vienen a decir lo mismo al final. Son la misma verdad, mirada desde puntos de vista distintos. Todas tienen el mismo significado. Describen un gran cambio radical de corazón y naturaleza, una alteración básica y una transformación de todo el hombre interior, una participación en la vida de resurrección de Cristo, o para usar las palabras del catecismo de la Iglesia Anglicana: «Una muerte al pecado y un nuevo nacimiento a la justicia.»

Este cambio de corazón en un verdadero cristiano es tan completo, que no hay palabra que pueda expresarlo mejor que «regeneración», o «nuevo nacimiento». Sin duda no es una alteración exterior, corporal, sino una alteración total de todo el hombre interior. No añade nuevas facultades a la mente, pero da cierta inclinación o sesgo a las

antiguas. Su voluntad es nueva, sus gustos son nuevos, sus opiniones son nuevas, y sus puntos de vista del pecado, del mundo, la Biblia y Cristo son tan nuevos, que en todos sentidos y propósitos, se trata de un nuevo hombre. El cambio parece traer un nuevo ser a la existencia. Puede muy bien ser llamado nacer de nuevo.

Este cambio no se da siempre a los creyentes al mismo tiempo en sus vidas. Algunos nacen de nuevo cuando son niños, y parece, como Jeremías y Juan el Bautista, que son llenos del Espíritu Santo, incluso desde el vientre de su madre. Algunos nacen de nuevo en la vejez. La gran mayoría de los verdaderos cristianos probablemente nacen de nuevo después de la niñez. Una gran multitud de personas, hay que temer que van a la tumba sin haber nacido de nuevo todavía.

Este cambio de corazón no siempre empieza de la misma manera en aquellos que lo experimentan ya crecidos. Algunos, como el apóstol Pablo y el carcelero de Filipos lo pasan de modo súbito y violento, seguido de mucha angustia mental. Otros, como Lidia de Tiatira, lo pasan de modo más suave y gradual: su invierno comienza en primavera, casi sin saber cómo. Para algunos el cambio es traído por la obra del Espíritu por medio de aflicciones o visitaciones providenciales. Otros, probablemente la gran mayoría de verdaderos cristianos, por el medio de la Palabra de Dios, predicada o leída.

Sólo se puede discernir, si ha tenido lugar este cambio por sus efectos. Sus comienzos son algo secreto y escondido. No podemos verlos. Nuestro Señor Jesucristo nos dice de modo claro: «El viento sopla donde quiere, y oyes su sonido; pero no sabes de dónde viene, ni adónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu.» (Juan 3:8.) ¿Puedes saber si eres regenerado? Tienes que contestar la pregunta examinándote en lo que sabes son los efectos de la regeneración. Estos efectos son siempre los mismos. Los caminos por los que son conducidos los verdaderos cristianos, al pasar por este gran cambio, son varios. Pero el estado del corazón y del alma a que es llevado al fin, es siempre el mismo. Pregunta qué piensan del pecado, Cristo, la santidad, el mundo, la Biblia, la oración, y verás que todos piensan lo mismo.

Este cambio no puede dárselo el hombre a sí mismo ni darlo a otro. ¿Sería razonable esperar que los muertos se levantaran a sí mismos, o que un escultor diera vida a una estatua de mármol? Los hijos de Dios «nacen no de sangre, ni de voluntad de varón, sino de Dios» (Juan 1: 13). Algunas veces este cambio es adscrito a Dios el Padre: «El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien según su gran misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva.» (I Pedro 1:3.) Algunas veces está adscrito al Dios Hijo: «El Hijo vivifica a quien quiere.» «Si sabéis que Él es justo, reconoced que todo el que hace justicia es nacido de Él.» (I Juan 2:29.) Algunas veces es adscrito al Espíritu, y Él, de hecho, es el gran agente por medio del cual es efectuado siempre: «Lo que es nacido del Espíritu es Espíritu.» (Juan 3:6.) Pero el hombre no tiene poder para obrar el cambio. Es algo que está mucho más allá de su alcance. «La condición del hombre después de la caída de Adán -dice el décimo artículo de la Iglesia Anglicana-, es tal que no puede volver y prepararse a sí mismo por su propia fuerza natural y buenas obras, para la fe y vocación hacia Dios.» Ningún ministro en la tierra puede transmitir gracia a ninguno de los miembros de su congregación. Puede predicar fiel y verdaderamente como Pablo o Apolos, pero Dios tiene que dar el crecimiento (I Corintios 3:6). Puede bautizar con agua en el nombre de la Trinidad: pero a menos que el Espíritu Santo acompañe y bendiga la ordenanza, no hay muerte al pecado ni hay nuevo nacimiento a la justicia. Jesús sólo, la Gran Cabeza de la Iglesia, puede bautizar con el Espíritu Santo. Benditos y felices aquellos que tienen el bautismo interno, así como el externo.

Lector, te presenté esta explicación de la regeneración. Digo que es el cambio de corazón, que es la marca distintiva del verdadero cristiano, la compañía invariable de la fe que justifica en Cristo -la inseparable consecuencia de la unión vital con El- y la raíz y comienzo de la santificación interna. Te pido que consideres esto bien antes de seguir adelante. Es de la mayor importancia que tus puntos de vista sean claros sobre esto: lo que es la regeneración realmente.

Sé bien que muchos no aceptarán que la regeneración sea lo que he descrito. Considerarán que la afirmación que he hecho, a modo de definición, es demasiado fuerte. Algunos dirán que la regeneración es sólo un medio de admisión al estado de privilegios eclesiásticos, o sea el ser miembro de la Iglesia, pero que no significa un cambio de corazón. Por otra parte, algunos nos dicen que el hombre regenerado tiene cierto poder en él que le permite arrepentirse y creer si lo cree apropiado, pero que todavía necesita un cambio ulterior a fin de llegar a ser un verdadero cristiano. Algunos dicen que hay una diferencia entre regeneración y nacer de nuevo. Otros dicen que hay una diferencia entre nacer de nuevo y conversión.

A todo esto tengo una simple respuesta, esto es: No hallo que en la Biblia se hable en parte alguna de una tal regeneración. Una regeneración que sólo signifique admisión en el estado de privilegios eclesiásticos puede que haya sido defendida desde tiempos antiguos y primitivos, pero no basta con esto. Se necesita algo más. Se necesitan algunos textos de la Escritura, y estos textos hay que encontrarlos, pues nadie los ha encontrado todavía.

Una noción así de la regeneración es totalmente incompatible con lo que dice San Juan en su primera epístola. Obliga a inventar la teoría de que hay dos regeneraciones, y esto confunde la mente de la gente sencilla e introduce falsa doctrina. Es una noción que no parece corresponder a la solemnidad con que nuestro Señor introdujo el tema a Nicodemo cuando Jesús dijo: «De cierto, de cierto te digo, que el que no nace de nuevo no puede ver el reino de Dios», ¿sólo quería decir «no puede ver el reino de Dios el que no es admitido al estado de privilegio eclesiástico»? Sin duda, quería decir más que esto. Una regeneración así podría tenerla un hombre, como Simón el Mago y nunca ser salvo. Una regeneración así no podía haberla tenido el ladrón penitente y, con todo, se halla en el reino de Dios. Sin duda tiene que haber un cambio de corazón. En cuanto a la noción de que hay distinción entre ser regenerado y nacido de nuevo, no vale la pena considerarla. El que sabe griego sabe también que las dos palabras significan lo mismo.

A mí me parece que hay mucha confusión de ideas, en un punto simple: lo que es la regeneración, y que todo ello ha sido causado por no adherirse sencillamente a la Palabra de Dios. No niego que un hombre que es admitido a una Iglesia de Cristo pura, entra en un estado de gran privilegio. No dudo que está en una condición más

ventajosa para su alma, que si no perteneciera a la Iglesia. Se le abre una ancha puerta delante del alma, que no está

abierta para el pobre pagano: esto lo veo claramente. Pero lo que no veo es que la Biblia llame a esto regeneración. Y no puedo hallar un solo texto de la Escritura que respalde la suposición de que es así. Es muy importante en teología distinguir las cosas distintas. Los privilegios de la Iglesia son una cosa. La regeneración es otra. Yo no los confundo.

Veo bien claro que hay hombres importantes y buenos que se han adherido a esta idea de la regeneración a que me he opuesto. Pero, cuando se trata de una doctrina del Evangelio eterno, no considero que sea el hombre el que puede decir la última palabra. Nunca hemos de olvidar las palabras del viejo filósofo: «Amo a Platón, amo a Sócrates, pero amo más la verdad.» Digo sin vacilación que los que sostienen que hay dos regeneraciones han de presentar un texto que lo pruebe. Yo no creo que ningún estricto lector de la Biblia pueda formar esta opinión por sí mismo; y esto me hace pensar que la idea es una invención humana. La única regeneración que puedo ver en la Escritura es un cambio de corazón, no un cambio de estado. Éste es el punto de vista, afirmo otra vez, que el catecismo de la Iglesia adopta cuando habla de la «muerte al pecado y un nuevo nacimiento a la justicia», y ésta es la mía.

Lector, la doctrina que consideramos es de la mayor importancia. No se trata de nombres, o fórmulas, sino de algo que has de sentir, conocer por experiencia, para ser salvo. Procura acostumbrarte a ella. No te dejes llevar por las controversias, que partan tu atención de donde has de ponerla, en tu propio corazón. ¿Ha cambiado tu corazón? ¡Ay!, es muy poca cosa el discutir acaloradamente sobre la regeneración si es algo de lo que no sabemos nada por dentro.

Lector, la regeneración, o nuevo nacimiento, es la marca distintiva de todo verdadero cristiano. Ahora considera esto: ¿Has sido regenerado, sí o no?

II. Déjame que te muestre, en segundo lugar, la necesidad que hay de ser regenerado o nacer de nuevo.

Que hay esta necesidad se ve bien claro por las palabras de Jesús en el tercer capítulo del Evangelio de San Juan. No hay nada más claro y positivo que su lenguaje a Nicodemo. «El que no nace de nuevo no puede ver el reino de Dios.» No te asombres de que te dije: «Os es necesario nacer de nuevo.» (Juan 3:7.)

La razón de esta necesidad es la gran pecaminosidad y corrupción de nuestro corazón natural. Las palabras de San Pablo a los corintios son correctas de modo literal: «Pero el hombre natural no capta las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede conocer, porque se han de conocer

espiritualmente » (I Corintios 2:14). Como el agua de los ríos desciende, y las chispas se elevan, el corazón del hombre se inclina al mal. Nos gustan los enemigos de nuestra alma, aborrecemos a los amigos de ella. Llamamos bien al mal y mal al bien. Nos complacemos en la impiedad, y no en Cristo. No sólo cometemos pecado, sino que lo amamos. No sólo necesitamos ser limpiados de la culpa del pecado, sino también ser librados de su poder. El tono o corriente natural de nuestra mente tiene que ser alterado completamente. La imagen de Dios, que ha sido emborronada por el pecado, tiene que ser restaurada. El desorden y la confusión que reina en nosotros debe cesar. El Espíritu debe introducir luz en nuestros corazones, poner las cosas en su sitio, y crear todas las cosas de nuevo.

Hay que recordar siempre que hay dos cosas diferentes que el Señor Jesucristo hace siempre por todo pecador a quien salva: Le limpia de sus pecados con su propia sangre, y le da perdón gratuito: esto es su justificación. Pone el Espíritu Santo en su corazón, y le hace un hombre enteramente nuevo: esto es su regeneración.

Las dos cosas son absolutamente necesarias para la salvación. El cambio de corazón es tan necesario como el perdón; y el perdón es tan necesario como el cambio de corazón. Sin el perdón no tenemos derecho al cielo. Sin el cambio no podríamos estar preparados para gozar del cielo, aunque entráramos.

Las dos cosas no van nunca separadas. No se halla la una aparte de la otra. Toda persona justificada es también regenerada, y viceversa. Cuando el Señor Jesucristo da a una persona remisión de sus pecados, le da también el arrepentimiento. Cuando le concede paz con Dios, también le da el poder de ser hecho hijo de Dios. Hay dos grandes máximas del glorioso Evangelio que nunca deberían ser olvidadas. Una es: «El que cree no será condenado.» (Marcos 16:16.) La otra es: «Si alguno no tiene el Espíritu de

Cristo, el tal no es de Él.» (Romanos 8: 9.)

Lector, el hombre que niega la necesidad universal de la regeneración, es que no sabe mucho de la corrupción del corazón. Está ciego el que considera que el perdón es todo lo que necesitamos para llegar al cielo, y no ve que el perdón sin el cambio de corazón sería un don inútil. Bendito sea Dios que nos ofrece los dos gratuitamente en el Evangelio de Cristo, y que Jesús puede y está dispuesto a darnos el uno y el otro.

Sin duda te das cuenta que una gran mayoría de personas en el mundo, no ven nada, no sienten nada y no saben nada en religión, por lo menos como debieran. Explicar el por qué no es ahora mi plan. Sólo te pregunto: ¿no es esto un hecho?

Háblales de lo pecaminoso de muchas cosas (que están haciendo constantemente y la respuesta corriente es que: «No ven en ello mal alguno.»

Háblales del terrible riesgo en que están sus almas, de lo corto que es el tiempo, lo cercana que es la eternidad, lo incierto de la vida, la realidad del juicio. «No ven ningún peligro.»

Háblales de su necesidad de un Salvador: potente, amante, divino, y de la imposibilidad de ser salvos del infierno, excepto por la fe en IP-I. Esto es letra muerta para ellos. «No veo ninguna gran barrera entre ellos y el cielo.»

Háblales de la santidad, del alto nivel de vida que requiere la Biblia. No pueden comprender la necesidad de este rigor. «No ven que valga la pena ser muy bueno.»

Hay millares y millares de personas así a nuestro alrededor. Oyen estas cosas toda su vida. Asisten a la predicación, y escuchan la apelación a sus conciencias. Y con todo, cuando se les visita en su lecho de muerte, parece que nunca han oído estas cosas. No saben nada por experiencia de las principales doctrinas del Evangelio. No pueden dar razón alguna de su esperanza.

Y ¿por qué? ¿Cuál es la explicación de este estado de cosas? Todo procede de esto: el hombre de modo natural no tiene sentido para las cosas espirituales. Es en vano que delante de ellos brille el sol de justicia: sus ojos están ciegos y no ven. Es en vano que las invitaciones de Cristo suenen a sus oídos: éstos están tapados. Es en vano que se les muestre la ira de Dios contra el pecado: son como el viajero dormido que no advierte la tormenta que se acerca. Es en vano que se les ofrezca el pan de vida: su alma no está hambrienta. En vano aconsejarles que acudan al Gran Médico: su alma no es consciente de enfermedad alguna. «Soy rico, y mis bienes se han multiplicado y no tengo necesidad de nada.» ¡Ah, lector, no hay nada tan triste como la suma corrección de nuestra naturaleza! No hay nada tan triste como la anatomía de un alma muerta.

¿Qué es lo que necesita este hombre? Necesita nacer de nuevo, ser hecho una nueva criatura. Necesita despojarse del viejo hombre y poner el nuevo. No vivimos nuestra vida natural hasta que nacemos en este mundo, y no vivimos la vida espiritual hasta que nacemos en el Espíritu.

Pero, lector, tienes además que darte cuenta que la vasta mayoría de personas no son aptos para gozar del cielo en su estado presente. Te presento esto como un hecho importante.

Considera las masas que se apiñan en nuestras ciudades. Son criaturas moribundas -todos seres inmortales-, todos yendo al trono del juicio de Cristo, todos ellos yendo

a vivir para siempre en el cielo o en el infierno. Pero ¿dónde hay la menor evidencia de que la mayoría de ellos estén preparados en el menor grado para vivir en el cielo?

Mira la mayor parte de los que se llaman cristianos, en todas partes del país. Mira los que consideras mejores. ¿Cuáles son sus deleites y placeres? ¿Qué es lo que prefieren? ¿En qué disfrutan cuando pueden hacer lo que quieren? Mira de modo especial cómo pasan el domingo. Cuán Poco deleite ves en ellos en la Biblia y la oración. Mira lo bajo y terrenal de sus placeres, sea en viejos o jóvenes, ricos o pobres. Nota estas cosas y contesta: «¿Qué haría esta gente en el cielo?»

Tú y yo, podríamos decir, sabemos poco del cielo. Tenemos de él nociones vagas e imprecisas. Pero, en todo caso, estamos de acuerdo en que el cielo es un lugar muy santo, que Dios está allí, que Cristo está allí, y también los santos y los ángeles; que no hay pecado, ni se dice, piensa o hace nada allí que no le guste a Dios. Con sólo esto, al pensar, luego, en la gran mayoría de gente que nos rodea se ve que no son aptos para el cielo, como no lo es un pez para vivir sobre tierra seca, o un pájaro para nadar.

Y ¿qué es lo que necesitan para poder gozar del cielo? Necesitan ser regenerados, nacer de nuevo. No es un ligero cambio o una enmienda externa lo que se requiere. No ya el restringir las pasiones o aquietar los afectos díscolos. Esto no basta. La edad ya se encarga de ello, o el temor. La alteración necesaria es mucho mayor y más profunda. Necesitan que se ponga una nueva naturaleza en ellos. Necesitan ser hechos nuevas criaturas. El manantial debe ser purificado. La raíz enderezada. Cada uno necesita un nuevo corazón y una nueva voluntad. El cambio no es de la piel, como el de la serpiente. Es como el de la oruga, que antes de morir se arrastraba, pero después, como mariposa, vuela.

Todo esto, se requiere, nada menos.

La verdad, clara y lisa, es que hay enormes cantidades de cristianos profesos en el mundo que no tienen nada de cristianos, excepto el nombre. La realidad del cristianismo, las gracias, la experiencia, la fe, la esperanza, la vida, los conflictos, los gustos, el hambre y sed de justicia, todas estas cosas las desconocen. Necesitan convertirse del mismo modo que los gentiles, a quienes Pablo predicaba, que necesitaban abandonar los ídolos y ser renovados en el espíritu de su mente, de modo real si no literal. Y una parte principal del mensaje que debería ser predicado a la mayor parte de toda congregación es éste: «Tenéis que nacer de nuevo.» Escribo esto de modo deliberado. Sé que parecerá terrible y poco caritativo a muchos oídos. Pero pido a cualquiera que tome el Nuevo Testamento en la mano y mire lo que dice que es el cristianismo, y compare con los caminos de los cristianos profesos, y luego niegue la verdad de lo que he escrito, si puede.

Y ahora, que cada uno que lea estas páginas recuerde este gran principio de la religión de la Escritura: «No hay salvación sin regeneración, no hay vida espiritual sin un nuevo nacimiento, no hay cielo sin un nuevo corazón.»

No pienses ni un momento que el tema de este mensaje es una mera cuestión de controversia, y que no te afecta. No es así. Te afecta profundamente. Toca tus intereses eternos. Es algo que tienes que conocer por ti mismo, sentirlo, experimentarlo si es que quieres ser salvo. No hay alma de ser humano que haya entrado en el cielo sin haber nacido de nuevo.

No creas que esta regeneración es un cambio que pueda hacerse cuando se está muerto, si no ha sido efectuado cuando se estaba vivo. No cometas este error. Ahora, en este mundo de actividades múltiples, tienes que prepararte para el cielo si es que has de estarlo. Éste es el momento para ser justificado, para ser santificado y para nacer de nuevo. Tan cierto como la Biblia es verdadera, el que muere sin estas tres cosas, resucitará para ver que está perdido para siempre.

Puedes ser salvo, y alcanzar el cielo sin muchas cosas que los hombres consideran de importancia: riquezas, conocimientos, libros, comodidades, salud, casa, tierras o amigos; pero sin regeneración nunca serás salvo. Sin tu nacimiento natural no habrías existido; sin el nuevo nacimiento nunca vivirás y te moverás en el cielo. Bendito sea Dios, que los santos en la gloria serán una multitud incalculable. Pero estoy persuadido, por la Palabra de Dios, que de todos los que alcanzan el cielo no habrá uno sólo que no haya nacido de nuevo.

¿Has nacido de nuevo?, digo a todo el que abre esta página. Una vez más: No hay salvación sin nuevo nacimiento.

III. En tercer lugar, vamos a indicar las marcas o características de ser regenerado, o sea, haber nacido de nuevo.

Es importante tener ideas claras sobre este tema. Ya hemos visto lo que es la regeneración y por qué es necesaria para la salvación. El paso que sigue es hallar los signos y evidencias por los que el hombre puede saber si ha nacido de nuevo o no: si su corazón ha sido cambiado por el Espíritu Santo.

Estos signos y evidencias son presentados de modo claro en la Escritura. Dios no nos ha dejado a oscuras sobre este punto. Él previó que algunos se atormentarían con dudas y preguntas sobre el estado de su alma. Previo que otros considerarían que eran regenerados sin tener derecho a pensar así. Por tanto, nos ha provisto de una prueba o criterio de nuestra condición espiritual en la primera Epístola de San Juan. En ella Dios ha descrito lo que es el hombre regenerado, y lo que hace: sus

caminos, hábitos, manera de vivir, fe y experiencia. Todo el que desee poseer la clave de este asunto debe leer a conciencia esta primera Epístola de Juan.

Lector, te invité a que consideres estas marcas, mientras hablamos de ellas. Esto es lo más importante de este libro. Podrían hallarse más formas de evidencia, pero nos limitaremos a las de la I Epístola de San Juan, porque son muy explícitas.

1. Primero, Juan dice: «Todo aquel que es nacido de Dios no practica el pecado», y también: «Aquel que ha nacido de Dios no continúa pecando.» (I Juan 3:9, 5:18.)

Una persona regenerada no practica el pecado. No peca más con el corazón y la voluntad, por inclinarse a ello, como hace el hombre no regenerado. Hubo probablemente un tiempo en que él no pensaba si sus acciones eran pecaminosas o no, y no estaba apenado por obrar mal. No había lucha entre él y el pecado: eran amigos. Ahora odia el pecado, huye de él, lucha contra él, gime bajo su presencia, se lamenta cuando cae bajo su influencia, y anhela ser librado de él. En una palabra, el pecado no le agrada, es para él una cosa abominable, no lo ve con indiferencia.

No puede impedir que more en él. «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros» (I Juan 1:8); pero, ahora lo aborrece. No puede evitar los malos pensamientos, las deficiencias, las omisiones, tanto de palabra como de acción. Sabe, como dice Santiago, que: «Todos ofendemos en muchas cosas.» (Santiago 3:2.) Pero puede decir con verdad que lo lamenta y no consiente con ellas como hace el hombre no regenerado.

Lector, ésta es la primera marca. ¿Qué diría el apóstol de ti? ¿Has nacido de Dios?

2. En segundo lugar, San Juan dice: «Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo es nacido de Dios.» (I Juan 5:1.)

El hombre regenerado cree que Jesucristo es el único Salvador, que puede perdonarle y redimirle, que su divina persona fue designada y ungida por Dios el Padre para este propósito, y que fuera de Él no hay otro Salvador. En sí mismo sólo ve indignidad, pero en Cristo ve una base para la plena confianza y cree que sus pecados han sido perdonados y sus iniquidades borradas. Cree que por la obra consumada de Cristo y su muerte en la cruz, es considerado justo a la vista de Dios, y puede esperar la muerte y el juicio sin alarmarse. Es posible que tenga dudas y temores. Puede incluso decirse que, a veces, se siente como si no tuviera fe. Pero si se le pregunta si quiere confiar en otro en vez de Cristo, la respuesta será contundente. No quiere descansar sus esperanzas de la vida eterna ni en su propia bondad, su capacidad de enmendarse, sus oraciones, su pastor o su iglesia. No

quiere renunciar a Cristo y colocar su confianza en otro medio de salvación. No quiere perder a Cristo, sino mantenerse aferrado a Él.

Lector. Ésta es otra marca. ¿Qué diría el apóstol de ti? ¿Has nacido de Dios?

3. *En tercer lugar*, Juan dice: «Todo el que hace justicia es nacido de Él.» (1.a Juan 2:29.)

El hombre regenerado es santo. Se esfuerza para vivir según la voluntad de Dios, hacer lo que le agrada y evitar lo que Él aborrece. Su objetivo y deseo es amar a Dios con todo su corazón, alma mente y fuerza, y a su prójimo como a sí mismo. Quiere seguir mirando a Cristo como su ejemplo, además de tenerle por su Salvador, y hacer todo lo que él le manda, con lo que puede ser su amigo. Sin duda no es perfecto. Esto lo sabe él mejor que nadie, Gime bajo la carga de corrupción que todavía le agobia. Halla un principio M mal en él, que está haciendo guerra continuamente contra la gracia, y trata de apartarle de Dios. Pero no consiente en ello, aunque no puede evitar su presencia. A pesar de sus deficiencias, la inclinación de sus caminos es santa, y lo son sus actos, sus gustos, sus hábitos. A pesar de todo este andar incierto, como barco en una tempestad, de acá para allá, el curso general de su vida es en una dirección: hacia Dios y por Dios. Y aunque a veces, abatido, incluso duda si es cristiano, en momentos más sosegados puede decir, como John Newton: «No soy lo que debería, no soy lo que quiero ser, no soy lo que quiero ser, no soy lo que espero ser en el otro mundo, pero con todo, no soy lo que era, y por la gracia de Dios, soy lo que soy.»

Lector, pongo esta marca delante de ti. ¿Qué diría de ti el apóstol? ¿Has nacido de Dios?

4. *San Juan dice*: «Sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida en que amamos a los hermanos.» (I Juan 3:14.)

Un hombre regenerado tiene un amor especial para los verdaderos discípulos de Cristo. Como su Padre en el cielo, ama a todos los hombres con un amor general, pero tiene un amor especial para aquellos que son como él. Como su Señor y Salvador, ama a los peores pecadores, y podría llorar por ellos; pero tiene un amor especial para sus hermanos los creyentes. Nunca se encuentra del todo bien a menos que sea en su compañía. Otros pueden dar valor a la inteligencia, las riquezas, o el rango en la compañía que buscan. El hombre regenerado da valor a la gracia. Aquellos que tienen más, y son más como Cristo, son aquellos a quienes ama más. Los considera miembros de la misma familia, sus hermanos, hijos todos del mismo Padre. Considera que todos son camaradas que luchan bajo un mismo capitán y en contra de un enemigo común. Los considera compañeros en su viaje, andan juntos, sufre las mismas penalidades y pronto van a descansar con él en el

hogar eterno. Los entiende y ellos le entienden a él. Pueden ser muy diferentes en muchas cosas, pero ¿qué importa? Son de Jesús. Son sus hermanos. No puede por menos que amarles.

Lector, pongo esta marca también delante de ti. ¿Qué diría de ti el apóstol? ¿Has nacido de Dios?

5. *En quinto lugar*, Juan dice: «Todo el que es nacido de Dios, vence al mundo.» (I Juan 5:4.)

Un hombre regenerado no hace de la opinión del mundo su criterio de bien y mal. No le importa ir contra la corriente de las costumbres e ideas del mundo. Lo que dicen los demás no le hace mudar de opinión. Ha vencido el amor al mundo. No halla placer en las cosas que los que le rodean consideran la fuente de la felicidad. No disfruta de las mismas cosas que ellos, sino que le cansan y le parecen sin provecho e insatisfactorias para un ser inmortal. No teme al mundo. El que le acusen, o le ridiculicen, no le importa. Ama la alabanza de Dios más que la de los hombres. Teme ofender a Dios más que ofender a los hombres. Ha contado el coste. Tiene la mira puesta en Aquel que es invisible y ha resuelto seguirle. Es posible que tenga que salir del mundo, apartarse, si quiere seguirle, pero está dispuesto. El que le digan que sus puntos de vista son distintos de los de los demás no le afecta en lo más mínimo. No sigue la moda. Su objetivo principal es complacer a Dios.

Lector, he colocado esta marca ante ti: ¿Qué diría el apóstol de ti? ¿Has nacido de Dios?

6. *En sexto lugar*, Juan dice: «El que es engendrado de Dios, se guarda». (Antigua versión.) (I Juan 5: 18.)

Un hombre regenerado es muy cuidadoso con su alma. Se esfuerza en mantenerla libre de pecado, pero también de todo aquello que conduce al mismo. Es cuidadoso con sus amigos. Se da cuenta que las malas compañías corrompen en el corazón, y que el mal se contagia más fácilmente que el bien, como las enfermedades, más que la salud. Es cuidadoso en el empleo de su tiempo; su principal deseo es usarlo con provecho. Vigila los libros que lee, para que no emponzoñen su alma. Con las amistades que forma: no le basta que la gente sea amable y de buen natural, sino que se pregunta si su trato hará bien a su alma. Es cuidadoso con sus hábitos diarios y su conducta; trata de recordar que su propio corazón es engañoso, que el diablo procura dañarle y, por tanto, siempre está en guardia. Desea vivir como un soldado en territorio enemigo, llevar las armas preparadas constantemente, y estar alerta a causa de las tentaciones. Encuentra, por experiencia, que su alma se halla entre enemigos y procura ser vigilante, humilde y asiduo en la oración.

Lector, he puesto esta característica delante de ti. ¿Qué diría el apóstol de ti? ¿Has nacido de Dios?

Estas son las seis grandes características de la regeneración que Dios nos ha mostrado. Que cada uno que me ha seguido hasta aquí vuelva a leerlo todo con atención. Una vez más deseo que las considere a conciencia.

Sé que hay una vasta diferencia entre la profundidad y la claridad de estas marcas en aquellos que son regenerados. En algunos son débiles, borrosas, difíciles de discernir. Casi se necesita un microscopio para descubrirlas. En otros son claras, precisas, inconfundibles, de modo que se pueden leer fácilmente. Algunas de estas marcas son más visibles en algunos; otras, en otros. Raramente ocurre que todas se manifiesten por un igual en la misma alma.

Pero, con todo, después de admitir lo antes dicho, encontramos estas seis marcas en todos los que han nacido de Dios. Hay aquí cosas positivas establecidas por San Juan, como partes del carácter del hombre regenerado, como las facciones de la cara del hombre. Su resumen es: el hombre regenerado no sigue pecando, cree que Jesús es el Cristo, hace la justicia, ama a sus hermanos, vence al mundo y se guarda a sí mismo. Y más de una vez la misma Epístola nos dice que aquel que no tiene esta 0 aquella marca «no es de Dios». Ruego al lector que se fije en ello.

Ahora bien, ¿qué diremos de estas cosas? ¿Qué pueden decir los que defienden que la regeneración es sólo la admisión a los privilegios de la Iglesia externa? Por mi parte, la conclusión a que llego es: el que tiene las seis marcas es regenerado; el que no las tiene, no lo es. Esta es la conclusión a la que quiere el apóstol que lleguemos.

Lector, ¿tienes estas marcas? No sé qué piensas sobre la regeneración. Pero, te advierto solemnemente, si no tienes nada en ti de las marcas de que hemos hablado, tienes de que alarmarte. Sin estas marcas es vano imaginarse que eres regenerado escrituralmente. El apóstol Juan da testimonio claro y expreso de que no lo eres. Tiene que haber cierta semejanza entre Dios y sus hijos. Sin ella no se pertenece a la familia. Tiene que haber evidencia visible del Espíritu que esta en ti, clara como un sello estampado. Si careces de esta evidencia te jactas de un don inexistente. Muéstrame tu fe sin tus obras, dice Santiago, cuando habla contra los que están contentos con una fe muerta. Muéstrame la regeneración sin sus frutos, se puede decir también.

Lector, si no tienes estas marcas, despiértate, pues estás en peligro. Despierta de tu sueño de indiferencia descuido. Date cuenta del inmenso peligro del infierno y la desgracia eterna en que te encuentras. Empieza a usar con diligencia los varios medios que Dios se complace en poner en el corazón del hombre para darle gracia,

cuando no la han recibido en su juventud. Sé diligente en escuchar la predicación del Evangelio, en la lectura de la Biblia y, sobre todo, en la oración al Señor Jesucristo por el don del Espíritu Santo.

Si sigues esta dirección, tengo esperanza respecto a ti. Nadie buscó en vano al Señor Jesucristo cuando lo hizo con sinceridad y sencillez. Si al contrario, rehúsas seguir este curso, tengo miedo por ti. Si la Biblia es verdad, no has nacido de nuevo. No es probable que uses los medios apropiados para obtener esta gran bendición. Sólo puedo decir: «¡Que el Señor tenga misericordia de tu alma! »

Lector, si tienes estas marcas, esfuérate por hacerlas más y más claras. Que tu arrepentimiento se vuelva un hábito, tu fe crezca, tu santidad progrese, tu victoria sobre el mundo se haga más decisiva, tu amor a los hermanos Más cálido, la vigilancia de ti mismo más celosa. Toma este consejo y nunca te arrepentirás. Este es el camino Para ser útil y feliz en tu religión. El camino para acallar la oposición de los enemigos de la verdad. Que tu vida muestra la regeneración, y que la sientas en tu corazón. Lector, te encomiendo lo que digo para que lo medites seriamente. Es la verdad de Dios. Hay mucha confusión, hoy, sobre el punto de la regeneración. Son a millares los que oscurecen el consejo de Dios confundiendo el bautismo con la regeneración. Hay que mantener los dos separados. Aclara tus ideas sobre la regeneración y no es probable que hagas equivocaciones sobre el bautismo. Y cuando tengas una idea clara, aférrate a ella y no la sueltes.

Capitulo 4

¿ORAS?

«También les refería Jesús una parábola sobre necesidad de orar siempre. » (Lucas 18: 1.)

«Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar.» (1ª Timoteo 2:8.)

Te presento una pregunta para que la consideres seriamente. Es la que encabeza la página. Contiene una palabra: ¿Oras?

Sólo tú puedes contestarla. Si asistes a los cultos lo puede decir el pastor. Si tenéis oración en la familia, lo saben tus parientes. Pero si oras en privado, es algo que sólo lo sabéis tú y Dios.

Lector, no te ofendas por lo directo de la pregunta. Si tienes el corazón en regla para con Dios, no tienes por qué asustarte de ella. No desvíes la pregunta diciendo que «repites tus oraciones». Una cosa es recitar oraciones y otra orar. No me digas que la pregunta es innecesaria. Escúchame y voy a mostrarte las razones por las que la pregunto.

II. Te pregunto si oras, porque la oración es absolutamente necesaria para la salvación del hombre.

Digo absolutamente necesaria y lo digo con razón. No hablamos de niños o débiles mentales. No nos referimos al problema de los paganos. A quien se le da poco, poco le es requerido. Hablo especialmente de los que se llaman cristianos en países cristianos. Y aquí, ninguna persona puede esperar salvarse si no ora.

Defiendo la salvación por la gracia. Yo ofrecería de buena gana perdón pleno y gratuito al mayor pecador que ha existido. No vacilaría en decirle en su lecho de muerte: «Cree en el Señor Jesucristo, ahora, y serás salvo.» Pero no veo en la Biblia que un hombre pueda salvarse sin pedir la salvación, sin tan sólo levantar su corazón interiormente y decir: «Señor Jesús sálvame.» Esto no se halla en la Biblia. No puedo hallar que nadie vaya a salvarse por sus oraciones, pero tampoco que pueda salvarse sin oración.

No es absolutamente necesario que un hombre lea la Biblia para salvarse. Puede que no sepa leer o que sea ciego y, con todo, tener a Cristo en su corazón. No es absolutamente necesario que oiga la predicación pública del Evangelio, pues puede vivir donde no se predique, o ser sordo, o estar imposibilitado en la cama. Pero, con la oración, ya es distinto: es absolutamente necesario para salvarse que el hombre ore.

Hay cosas que no las puede hacer una persona por otra. Todo el mundo sin excepción tiene que atender a las necesidades de su propio cuerpo o su mente. Nadie puede comer o dormir por cuenta ajena. Ni aprender a leer. Todas estas cosas las tiene que hacer cada uno por sí mismo.

Tal como ocurre con la mente y el cuerpo, ocurre con el alma. Hay ciertas cosas absolutamente necesarias para la salud del alma. Cada uno debe efectuarlas por sí mismo. Tiene que arrepentirse. Tiene que suplicar el favor de Cristo él mismo. Debe hablar a Dios y orar.

¿Cómo puedes esperar ser salvo por un Dios «no conocido»? ¿Cómo puedes conocer a Dios sin orar? Para conocer a las personas, en el mundo, tienes que hablar con ellas. No puedes conocer a Dios, en Cristo, a menos que le hables en oración. Si quieres ir al cielo tienes que ser su amigo en la tierra. Para serlo, debes orar.

Lector, habrá muchos a la diestra de Cristo en el último día. Los 5 santos, congregados de los cuatro puntos cardinales, serán una multitud que nadie podrá nombrar. El cántico de victoria que brotará de sus gargantas, cuando su redención sea por fin completa será verdaderamente glorioso. Será más fuerte que las muchas aguas, y los truenos poderosos. Pero no habrá discordia alguna en este canto. La experiencia común a todos ellos será que habrán creído. Todos habrán sido lavados por la sangre de Cristo. Todos habrán nacido de nuevo. Todos habrán orado. Hemos de pasar por la escuela de la oración, si hemos de ser aptos para el festival de alabanza.

Lector, el no orar es estar sin Dios, sin Cristo, sin gracia, sin esperanza y sin cielo. No te maravilles, pues, de la pregunta: ¿Oras?

II. Te pregunto de nuevo si oras, porque el hábito de la oración es una de las marcas seguras del verdadero cristiano.

Todos los hijos de Dios en la tierra son iguales a este respecto. Desde el momento que su religión pasa a ser viva N, real, oran. Es como el primer signo de vida de un niño cuando nace, que es el respirar; el que nace de nuevo, ora.

Esta es una de las marcas comunes de todos los elegidos de Dios: «Claman a él día y noche.» (Lucas 16: 1.) El Espíritu Santo, que los hace nuevas criaturas obra en ellos el sentimiento de adopción, y hace que exclamen: «Abba, Padre.» (Romanos 8:15.) El Señor Jesús, que los vivifica, les da voz y lengua para que no se queden mudos. Dios no tiene hijos mudos. El orar es parte de su naturaleza, como la del niño es llorar. Ven su necesidad de misericordia y gracia, su vaciedad y debilidad. Sólo pueden orar.

He considerado cuidadosamente las vidas de los santos de Dios en la Biblia. No he hallado uno sólo que no fuera un hombre de oración. Veo que se menciona como una característica de las personas piadosas que «invocan al Padre», que «invocan el nombre del Señor Jesucristo». Hallo que la característica de los malos es que «no llaman al Señor» (I Pedro 1: 17; I Corintios 1: 2; Salmo 14: 4).

He leído sobre las vidas de muchos cristianos eminentes desde los días bíblicos. Los había de todas clases y denominaciones. Algunos enamorados de la liturgia y

otros sin interés en ella. Pero todos tenían una cosa en común. Eran hombres de oración.

Los informes de las sociedades misioneras de nuestros días nos dicen que hay paganos que reciben el Evangelio en varias partes del globo. Hay conversiones por todo el mundo. Las personas que se convierten son muy distintas en muchos aspectos. Pero observo que todos ellos son personas que oran.

Lector, no niego que un hombre puede orar sin poner en ello el corazón, sin sinceridad. No digo que el mero hecho de que una persona ore demuestre algo sobre su alma. Como en otras partes de la religión, aquí también hay engaño e hipocresía.

Pero esto puedo decir, que el no orar es una prueba clara de que el hombre no es un cristiano todavía. No puede realmente sentir sus pecados. No puede amar a Dios. No puede sentirse deudor a Cristo. No puede anhelar la santidad. No puede desear el cielo, Todavía tiene que nacer de nuevo. Tiene que ser hecho una nueva criatura. Es posible que se jacte de su confianza en ser uno de los elegidos, de tener gracia, fe, esperanza y conocimiento, y engañar a las personas ignorantes. Pero puedes estar seguro que todo esto son palabras vanas, si no ora.

Y además, diré que de todas las evidencias de la obra real del Espíritu, se puede considerar un sano hábito de oración privada como uno de los más satisfactorios. Un hombre puede predicar por motivos deficientes. Puede escribir libros y hacer discursos elocuentes, y parecer diligente en buenas obras y, con todo, ser un Judas Iscariote. Pero un hombre raramente va a su aposento, y derrama su alma delante de Dios en secreto, a menos que lo haga en serio. El Señor mismo dio su sello a la oración como la mejor prueba de la verdadera conversión. Cuando envió a Ananías a Saulo, que estaba en Damasco, le dio como única evidencia de su cambio de corazón: «He aquí él ora.» (Hechos 9: 1 l.)

Sé que puede haber ya muchas cosas en la mente de un hombre antes de ser conducido a orar. Puede que ten-Ea muchas convicciones, deseos, sentimientos, intenciones, resoluciones, esperanzas y temores. Pero todas estas cosas son una evidencia muy incierta. Se hallan a veces en personas no piadosas y, con frecuencia, quedan en nada. En muchos casos no son más duraderas que una nube de verano, o el rocío matutino. Una oración sana, sincera, sentida, de un espíritu contrito y quebrantado, vale más que todas estas otras cosas juntas.

Sé que los elegidos por Dios han sido escogidos para la salvación desde toda la eternidad. Sé que el Espíritu Santo, que los llama a su debido tiempo, en muchos casos los conduce muy lentamente al conocimiento de Cristo. Pero el ojo del hombre sólo puede juzgar por lo que ve. No puedo decir que nadie esté justificado

hasta que cree. No me atrevo a decir que alguien cree hasta que ora. No puedo comprender una fe muda. El primer acto de la fe es hablar con Dios. La fe es para el alma lo que la vida es para el cuerpo. La oración es a la fe lo que el respirar a la vida. No se puede comprender que un hombre viva sin respirar, pero tampoco puedo comprender que alguien crea y no ore.

Lector, nunca te sorprendas si oyes a los ministros del Evangelio que hacen mucho énfasis sobre la oración. Este es el punto que queremos hacer ver, queremos asegurarnos de que oras. Tus puntos de vista sobre la doctrina puede que sean correctos. Tu amor al protestantismo es cálido, es indiscutible. Pero esto puede ser sólo conocimiento intelectual y espíritu de partido. Lo que falta saber es si estás en tratos con el trono de la gracia y si puedes hablar con Dios, no sólo hablar de Dios.

Lector, ¿quieres descubrir si eres un verdadero cristiano? Si quieres, ten la seguridad que mi pregunta es de importancia capital: ¿ORAS?

III. Te pregunto si oras, porque no hay deber en la religión que sea descuidado tanto como la oración privada.

Vivimos en unos días de abundantes manifestaciones de carácter religioso. Hay más lugares de culto público que nunca antes. Hay más personas que asisten a ellos que en el pasado, por lo menos en nuestro país. Y con todo, a pesar de toda esta religión pública, creo que la oración privada es muy descuidada.

Esto no lo habría dicho hace unos pocos años. Creía, tiempo atrás, que la mayoría de los cristianos oraban de modo regular. Pero luego he visto que me equivocaba. Hoy he llegado a la conclusión que un gran número de cristianos profesos no oran en absoluto.

Sé que esto es algo que apenas, y a muchos les va a asombrar oírlo. Pero estoy convencido que la oración es simplemente una de las cosas que se considera como «natural», y que como muchas cosas semejantes es tenida en gran descuido. Es una de las transacciones privadas que tienen lugar entre Dios y el alma, oculta a la vista, y por ello hay la tentación de pasarla por alto, y dejarla sin hacer.

Creo que hay millares que nunca dicen una palabra en oración. Comen y beben y hacen todo lo demás necesario al sostén del cuerpo. Respiran el aire de Dios, disfrutan de su sol y gozan de su misericordia. Tienen cuerpos mortales y les espera el juicio y la eternidad. Pero nunca hablan con Dios. Viven como si carecieran de alma. No tienen una palabra que decir al que tiene la vida de ellos en sus manos, y de cuya boca van a recibir la sentencia de su destino eterno. ¡Cuán espantoso es esto! Pero, ¡cuán común!

Creo que hay millones, para los cuales las oraciones no son más que una mera fórmula, una serie de palabras repetidas de memoria, prácticamente sin significado alguno. Algunos repiten unas cuantas frases aprendidas en la infancia. Algunos se contentan con repetir el Credo, sin acordarse de que no hay ninguna petición en él. Algunos añaden el Padrenuestro, sin el menor deseo de que las solemnes peticiones que con él se expresan, sean concedidas.

Muchos, aun los que usan formas adecuadas, repiten sus oraciones una vez se han metido en la cama; o las van diciendo mientras se lavan o se visten por la mañana. Los hombres pueden pensar lo que quieran, pero a la vista de Dios esto no es oración. Las palabras dichas sin pensar son completamente inútiles para el alma, como el batir un tambor ante un ídolo, como hace el pagano. Donde no hay el corazón sólo hay servicio de labios, pero esto no lo escucha Dios: no es oración. Saulo dijo muchas oraciones antes de encontrar al Señor en el camino de Damasco. Pero no fue hasta que su corazón estaba quebrantado que el Señor dijo: «He aquí él ora.»

Lector, ¿te sorprende el oír esto? Escúchame y te mostraré que no hablo sin motivos. ¿Crees que mis afirmaciones son exageradas? Préstame atención.

¿Has olvidado que no es «natural» que nadie ore? La mente carnal es enemiga de Dios. El deseo de la carne es mantenerse alejado de Dios, y no tener nada que ver con él. El sentimiento que muestra hacia él no es amor, sino temor. Como podría orar un hombre si no posee un sentido real de pecado, de necesidades espirituales, no tiene convicción sobre las cosas invisibles, y no tiene deseo de santidad o del cielo? Todas estas cosas, la gran mayoría de personas, no las conocen ni las sienten. Las multitudes andan por el camino ancho. No puede olvidarse esto. Por ello insisto en que pocos oran.

¿Has olvidado que no está de moda orar? Es una cosa de la que muchos se avergonzarían. Muchos preferirían desafiar una tempestad a declarar públicamente que tienen el hábito de la oración. Muchos se, avergonzarían de orar ante otro al irse a dormir en la misma habitación en una posada y preferirían meterse en la cama sin orar. El vestir elegante, ir a bailes y conciertos, todo esto se considera estimable y está de moda, pero no el orar. Por ello creo que los que no oran son la mayoría.

Hay que recordar también la clase de vidas que vive la gente. ¿Es posible suponer que oran contra el pecado noche y día, cuando se lanzan al mismo con entusiasmo, Podría decirse? ¿Podemos suponer que oran contra las asechanzas del mundo cuando se dejan atraer por él? ¿Podemos pensar que piden realmente gracia a Dios para servirle, cuando ni tienen el menor deseo de hacerlo? ¡Oh, no!, es más claro que el agua que la gran mayoría no oran, y si lo hacen, no dan ningún sentido a lo

que dicen. El orar y pecar no pueden ir juntos. O la oración consume el pecado, o el pecado ahoga la oración. Por esto creo que pocos oran.

Recuerda también la hora de la muerte de muchos. Muchos al llegar la hora de su muerte parecen totalmente extraños a Dios. No sólo no conocen su Evangelio, sino que carecen incluso del poder de hablar a Dios. Se sienten terriblemente desconcertados, tímidos cuando tienen que acercarse a Él. Se ve que no tienen la costumbre de hacerlo. Recuerdo haber oído a una señora que estaba ansiosa de que hubiera un ministro del Evangelio a su lado en su última enfermedad. Deseaba que orara por ella, pero cuando el ministro le preguntó qué es lo que quería que pidiera a Dios, la anciana no supo contestar. Ni tan sólo tenía idea de que había de pedirle a Dios la salvación de su alma. Daba la impresión que todo lo que quería era la fórmula de las oraciones del ministro. Puedo comprender esto, porque el lecho de muerte es un gran revelador de secretos. Yo mismo he visto a muchos enfermos y moribundos. Esto me conduce a creer que son pocos los que oran.

IV. Te pregunto si oras, porque la oración es el acto en la religión al que más se nos estimula.

Dios trata de hacer la oración fácil, si el hombre quiere hacer uso de ella. Todo está dispuesto por parte de Él. Ha previsto todas las objeciones y dificultades. El camino quebrado ha sido allanado y, por tanto, no queda ninguna excusa para el hombre que no ora.

Hay un camino por el que todo hombre, incluso el más pecador e indigno, puede acercarse a Dios el Padre. Jesucristo ha abierto este camino por medio del sacrificio que hizo en la cruz. La santidad y la justicia de Dios no tienen que asustar al pecador y mantenerle lejos. Sólo los que invocan a Dios en el nombre de Jesús, sólo los que se acogen a la sangre expiatoria de Jesús, hallarán a Dios en el trono de la gracia, dispuesto a escucharlos. El nombre de Jesús es un pasaporte infalible para nuestras oraciones. En este nombre, un hombre puede acercarse a Dios con confianza, y pedir con osadía. Dios se ha comprometido a escucharle. Lector, recuérdalo. ¿No te anima esto?

Hay un Abogado o Intercesor siempre esperando para presentar las oraciones de aquellos que le emplean. Este abogado es Jesucristo. Él mezcla nuestras oraciones con el incienso de su propia todopoderosa intercesión. Unidas así asciende su suave fragancia delante del trono de Dios. Aunque son pobres de por sí, son poderosas en las manos de nuestro Sumo Sacerdote y hermano mayor. Un cheque sin firma al pie carece de valor: es un pedazo de papel. Unos rasgos con la pluma le dan todo su valor. La oración de un pobre hijo de Adán es una cosa muy endeble, pero endosada por la mano del Señor Jesús, vale mucho. Había un empleado en la ciudad de Roma que estaba designado para que tuviera las puertas siempre

abiertas, para recibir a cualquier ciudadano romano que solicitara ayuda. De la misma manera el oído del Señor Jesús está siempre abierto para todos los que quieren gracia y misericordia. El cargo que tiene es para ayudarles. Se deleita en oír sus oraciones. Lector, al pensar esto, ¿no te sientes animado?

Hay el Espíritu Santo que siempre está dispuesto a ayudarnos en nuestras debilidades en la oración. Una parte de sus oficios especiales es ayudarnos en nuestros esfuerzos para hablar con Dios. No tenemos por qué estar abatidos y afligidos por el temor de no saber lo que tenemos que decir. El Espíritu nos dará palabras con sólo que busquemos su ayuda. Él nos suplirá «pensamientos que respiren y palabras que ardan». Las oraciones de los que pertenecen al Señor son inspiradas por el Espíritu del Señor: la obra del Espíritu Santo que mora en ellos como el Espíritu de gracia y de súplica. Sin duda los hijos de Dios esperan ser escuchados. No es ya que ellos oren, simplemente, sino que el Espíritu Santo ruega en ellos. Lector, Piensa en esto. ¿No te da ánimos?

Hay grandes y abundantes promesas para los que oran. Esto lo vemos cuando consideramos las palabras del Señor- Jesús: «Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad ~ se os abrirá. Porque, todo aquel que pide, recibe; Y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá.» (Mateo 7: 7, S.) «Si tenéis fe... todo lo que pidáis en oración, creyendo, lo recibiréis.» (Mateo 21:22.) «Cualquier cosa que pidáis al Padre en mi nombre, la haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si me pedís algo en mi nombre, yo lo haré.» (Juan 14:13, 14.) ¿Qué quería decir el Señor cuando les refirió a los discípulos las parábolas del amigo a medianoche, y de la viuda importuna? (Lucas 11: 5, 18: 1). Lector, piensa en estos pasajes. Son sin duda un estímulo a la oración, o no tienen sentido.

Hay maravillosos ejemplos en la Escritura sobre el poder de la oración. No hay nada que parezca demasiado grande, o demasiado difícil para que lo pueda realizar la oración. Ha obtenido cosas que parecían inalcanzables, imposibles. Ha ganado victorias sobre el fuego, el aire, la tierra y el agua. La oración abrió paso a los israelitas a través del mar Rojo. Trajo agua de la roca y pan del cielo. La oración hizo parar al sol: trajo fuego del cielo sobre el sacrificio de Elías. La oración trastornó el ejército de Senaquerib. Bien podía decir María, reina de Escocia, que «temía más las oraciones de John Knox que un ejército de diez mil hombres». La oración ha curado enfermos, ha resucitado muertos. La oración ha procurado la conversión de almas. «El hijo de muchas oraciones -dijo la madre de Agustín- nunca perecerá.» La oración, y la fe lo consiguen todo. Nada parece imposible para el hombre que tiene el espíritu de adopción. «Déjame», es la notable respuesta de Dios a Moisés, cuando Moisés estaba tratando de interceder por los hijos de Israel. (Éxodo 32: 10.) La versión caldea dice: »Deja de orar.» En tanto que Abraham siguió pidiendo clemencia por Sodoma, el Señor fue cediendo. Nunca cesó de hacerlo, hasta que Abraham dejó de pedir. Piensa esto, lector. ¿No te da ánimo para orar?

¿Qué más se necesita para inducir a un hombre a tomar cualquier paso en religión, que las cosas que acabo de decir sobre la oración? ¿Qué más puede hacerse para facilitar el acceso al propiciatorio, o eliminar toda ocasión de tropiezo en el camino del pecador? Si los demonios en el infierno tuvieran una puerta abierta así delante de ellos, saltarían de contento.

Pero, ¿dónde va a esconder el hombre su cabeza al fin de la edad si descuida estos gloriosos estímulos? ¿Qué puede decirse en descargo del hombre que muere sin oración.

Sin duda, lector, tienes por qué sentirte ansioso de no pertenecer a ellos. Sin duda, hago bien preguntándote: ¿ORAS?

V. Te pregunto si ora, porque la diligencia en la oración es el secreto de la santidad.

Es evidente que hay una gran diferencia, individualmente, entre los cristianos. Un inmenso intervalo entre la vanguardia y la retaguardia de las huestes de Dios.

Todos luchan en la misma batalla; pero, los unos pelean con más ardor que los otros. Todos hacen la obra del Señor; pero, algunos trabajan más. La luz de unos brilla más que la de otros. Algunos corren más rápido que otros en la misma carrera. Todo el mundo puede ver estas cosas.

Hay algunos, que nunca parecen progresar después de su conversión. Han nacido de nuevo, pero permanecen como niños recién nacidos toda la vida. Aprenden en la escuela de Cristo, pero no progresan más allá del A B C en sus estudios. Todos pertenecen al mismo redil, pero algunos se echan y ya no andan más adelante. Año tras año, se les ve cometiendo los mismos pecados. Su apetito espiritual es escaso, y son remilgados y difíciles: sólo aceptan leche, no se les puede dar carne espiritual fuerte: les sienta mal. Siempre en la infancia, débiles, con la mente poco desarrollada y el corazón angosto: les falta interés más allá de su pequeño círculo, como diez años atrás. Lamento tener que decirlo, pero es así.

Hay otros que siempre están progresando. Crecen como hierba después de la lluvia, como Israel en Egipto. Siempre van añadiendo gracia sobre gracia, fe sobre fe, esfuerzo a esfuerzo. Su estatura espiritual crece. Aumenta su fuerza. Cada año saben más, ven más, creen más y sienten más. Hay en ellos no sólo buenas obras para probar la realidad de su fe, sino que son celosos de las mismas. No sólo hacen bien, sino que no se cansan de hacer bien. Intentan hacer cosas grandes, y las hacen. Si fracasan, lo intentan otra vez. Y si caen, pronto se levantan. Y con todo, se consideran siervos inútiles. Son ellos los que hacen parecer la religión deseable a los ojos de los extraños. Incluso los no convertidos tienen que alabarlos. Cuando los

ves te da la impresión que, como Moisés, acaban de salir de la presencia de Dios. Cuando te separas de ellos tienes la impresión que en su compañía, tu alma ha estado junto al fuego. Sé que no hay muchos de esta clase, aunque podría haber más.

Ahora bien, ¿cómo explicar la diferencia entre estos dos tipos descritos? ¿Por qué algunos creyentes brillan más y son más santos que otros? Creo que la diferencia, en casi todos los casos, procede de sus hábitos de oración privada, que son diferentes. Creo que los que viven una vida santa oran mucho y los otros, oran poco.

Temo que esta opinión pueda sobresaltar a algunos lectores. Es indudable que muchos creen que la santidad sobresaliente es una especie de don, y que sólo unos pocos pueden aspirar al mismo. Lo admiran a distancia, en los libros. Creen que es hermoso cuando ven un ejemplo cerca. Pero nunca se les ha ocurrido que pueda tratarse de algo que todos pueden alcanzar, no un monopolio concedido sólo a unos pocos creyentes favorecidos.

Yo creo que ésta es una equivocación peligrosa. Creo que la grandeza, tanto espiritual como natural, depende mucho más del uso de medios que están al alcance de cualquiera, que de nada más. Naturalmente, no digo que tengamos el derecho a esperar una concesión milagrosa de dones intelectuales. Pero sí digo esto, que cuando un hombre se ha convertido a Dios, el que rebose en él la santidad o no, depende principalmente de su propia diligencia en el uso de los medios designados. Afirmino con fiabilidad que el medio principal por el que la mayoría de los creyentes pueden llegar a ser grandes en la Iglesia de Cristo, es el hábito de la oración privada diligente.

Considera las vidas de los siervos de Dios más notables y útiles, sea en la Biblia o fuera de ella. Ve lo que se ha escrito de Moisés, de David, de Daniel y de Pablo. Nota lo que se ha escrito de Lutero, de Bradford, de los reformadores. Observa lo que se nos dice de las devociones privadas de hombres como Whitefield, Cecil, Venn, Bickersteth v M'Chesine. Dime de uno solo de la compañía de santos y mártires que no tuviera esta marca de modo prominente: era un hombre de oración. Lector, puedes estar seguro de ello, la oración es poder!

La oración consigue nuevos y continuos derramamientos del Espíritu Santo. Sólo Él empieza la obra de gracia en el corazón del hombre. Sólo Él puede hacerla progresar. Pero el Espíritu quiere que se le suplique. Y aquellos que piden más, siempre serán los que son más influidos por Él.

La oración es el remedio más seguro contra el diablo y la tentación. Nunca puede permanecer adherido y resistirse un pecado contra el que se ora con fervor. Si invocamos al Señor para que le eche, el diablo nunca va a tener un largo dominio

sobre nosotros. Pero hemos de presentar nuestro caso delante del Médico Celestial, si nos ha de conceder alivio. Hemos de arrastrar a los diablos que nos acosan a los pies de Cristo y pedirle que los empuje al abismo.

Lector, ¿quieres crecer en la gracia y ser un cristiano santo? Puedes estar seguro que nunca se te puede hacer una pregunta más importante que ésta: ¿ORAS

VI. Te pregunto si oras, porque el descuido de la oración es una de las principales causas de que los cristianos se vuelvan atrás.

Hay algo que es volverse atrás en la religión, después de haber hecho una buena profesión de fe. Personas que van bien durante una temporada, como los gálatas, pero que luego se desvían para seguir a falsos maestros. Hombres que dan testimonio en voz muy alta, cuando sus sentimientos arden, pero que luego, como Pedro, niegan al Señor en la prueba. Personas que pierden el primer amor, como los cristianos de Efeso. Personas cuyo celo para hacer el bien se enfría, como Marcos, el compañero de Pablo. Hombres que siguen al apóstol un tiempo y, luego, como Dimas, se vuelven al mundo. Todo esto pasa.

Es muy triste ser un apóstata. Quizás es una de las peores cosas que puede sucederle a un hombre. Un barco sin timón, un arpa sin cuerdas, una iglesia en ruinas, o un jardín lleno de malas hierbas, todo esto son cosas tristes, pero un apóstata es algo más triste aún. La verdadera gracia nunca se extingue, y la verdadera unión con Cristo nunca se rompe, de esto no me cabe duda. Pero un hombre puede apartarse tanto, que pierde de vista su propia gracia y desespera de su salvación. Y si esto no es el infierno, es lo que más se le parece. Una conciencia herida, una memoria llena de reproches, un corazón atravesado por las flechas del Señor, esto es un anticipo del infierno.

¿Cuáles son las razones de este volverse atrás? Creo que, como regla general, el motivo principal es el descuido de la oración. Esta es mi opinión como ministro de Cristo, y estudioso del corazón humano.

Cuando se lee la Biblia sin oración, o se escuchan sermones, o se contrae matrimonio, o se hacen viajes, en fin, se hacen toda clase de actividades sin oración, estamos descendiendo peldaños hacia la condición de parálisis espiritual, y se llega al punto en que Dios permite que esta persona haga una tremenda caída.

Éste es el proceso que vemos en el contemporizador Lot, el inestable Sansón, el apasionado Salomón, el inconsistente Josafat, y el de tantos que podemos hallar en la Iglesia de Cristo. Con frecuencia, la historia de estos casos es simple: descuidaron la oración privada.

Lector, puedes estar bien seguro que los hombres caen primero en privado antes de caer en público. El problema fue que no doblaron las rodillas. Como Pedro, descuidaron el aviso del Señor de velar y orar y, por ello, sin fuerzas, en la hora de la tentación negaron al Señor.

El mundo toma nota de su caída y se mofa. Pero el mundo no sabe nada de la verdadera razón. Los paganos consiguieron que el anciano cristiano, Orígenes, ofreciera incienso a un ídolo cuando le amenazaron con un castigo peor que la muerte. Fue un gran triunfo para ellos el hacerle caer en la cobardía y la apostasía. Lo que los paganos no sabían y que nos cuenta el mismo Orígenes, es que aquella mañana se había levantado y dejado su cuarto de prisa, sin haber terminado sus oraciones acostumbradas.

Lector, si eres un verdadero cristiano, confío que nunca caerás en la apostasía. Pero, si no quieres hacerte atrás, recuerda la pregunta: ¿ORAS?

VII. Te pregunto, finalmente, si oras, porque la oración es una de las mejores recetas para conseguir felicidad y contento.

Vivimos en un mundo en que abundan las penas. Éste es el estado del mundo desde que el pecado entró en él. No hay pecado sin aflicción. Y hasta que el pecado sea expulsado del mundo, es en vano intentar escapar de las penalidades.

Para algunos, la copa de penas que han de beber es mayor que para otros. Pero pocos son los que se escapan de ellas. Nuestros cuerpos, propiedades, familias, hijos, amigos, vecinos, todo ello es una posible fuente de cuidados y desazón. Enfermedades, muertes, separaciones, ingratitudes... todo esto es común. Cuanto mayores son nuestros afectos, más profundas serán nuestras aflicciones, y cuanto más amor, más lágrimas.

Y ¿cuál es la mejor receta para procurarse el contento en un mundo así? ¿Cómo podemos cruzar este valle de lágrimas con un mínimo de dolor? No conozco mejor receta que el hábito de llevarlo todo a Dios en oración.

Éste es el simple consejo que da la Biblia, tanto el Antiguo Testamento como el Nuevo. ¿Qué dice el Salmista? «Llámame en el día de la angustia, y yo te libraré, y tú me glorificarás.» (Salmo 1:15.) «Echa tu carga sobre Dios y Él te sustentará: No, no dejará para siempre caído al justo.» (Salmo 55:22.) ¿Qué dice el apóstol Pablo? «Por nada os inquieteis, sino que sean presentadas vuestras peticiones delante de Dios mediante oración y ruego con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa a todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús.» (Filipenses 4:6, 7.) ¿Qué dice el apóstol Santiago? «¿Hay alguno afligido entre vosotros? Que ore.»

Esta fue la práctica de todos los santos cuya historia registra la Escritura. Fue lo que hizo Jacob cuando temía el encuentro con Esaú. Lo que hizo Moisés cuando el pueblo estaba a punto de apedrearle en el desierto. Lo que hizo Josué cuando Israel fue derrotado en Hay. Esto es lo que hizo David cuando estaba en peligro en Keila; Ezequías, cuando recibió las cartas de Senaquerib. Esto es lo que hizo la Iglesia cuando pusieron a Pedro en la cárcel, y Pablo cuando fue echado a la mazmorra de Filipos.

El único modo de ser realmente feliz en un mundo así es echar siempre todos los cuidados sobre Dios. Es el tratar de llevar las propias cargas lo que entristece a los creyentes. Si le presentaran sus cuitas a Dios, podrían llevarlas con más facilidad que Sansón llevó las puertas de Gaza. Si quieren acarrearlas sobre sus hombros están siempre abrumados.

Hay un amigo que está esperando siempre para ayudarnos, si queremos abrirle el pecho cuando estamos afligidos. Un amigo que se compadecía de los pobres, enfermos y afligidos cuando estaba sobre la tierra; un amigo que conoce el corazón del hombre, pues anduvo treinta y tres años entre nosotros, un amigo que llora con los que lloran, experimentado en quebrantos, un amigo que puede ayudarnos, pues no hay mal para el que no pueda ofrecer remedio. Este amigo es Jesucristo. El camino de la felicidad es tener siempre abierto nuestro corazón a Él. ¡Oh!, si todos fuéramos como el pobre cristiano negro a quien amenazaron castigarle: «Voy a contárselo al Señor», respondió.

Jesús puede hacer feliz a aquellos que confían en Él e invocan su nombre, cualesquiera que sean sus condiciones externas. P-1 puede darles paz en el corazón aunque estén en una cárcel, contento en medio de la pobreza, consuelo en la desolación, gozo al borde de una tumba. Hay plenitud en Él para los miembros que creen, una plenitud que está dispuesto a derramar sobre todo aquel que se lo pide en oración. ¡Oh, si los hombres quisieran entender que la felicidad no depende de las circunstancias exteriores, sino del estado del corazón!

La oración puede aligerar una cruz, por pesada que sea. Puede poner a nuestro lado a Aquel que nos ayudará a llevarla. La oración puede abrir puertas que a nosotros nos parecen cerradas a piedra y lodo. Puede traernos a Aquel que dice: «Éste es el camino, anda por él.» La oración puede dejar pasar un rayo de esperanza a través de las tinieblas más densas. Puede hacernos oír las palabras: «No te desapareceré ni te dejaré.» La oración puede aliviarnos cuando se van aquellos a quienes amamos. Puede llenar los huecos de nuestro corazón y hacer que sus olas agitadas se calmen. ¿Por qué los hombres no se darán cuenta, como Agar, de que tienen a su lado el pozo del que pueden sacar agua en abundancia, en tanto que se están muriendo de sed?

Lector, quiero que seas feliz. Lo mejor que puedo hacer para conseguirlo es preguntarte: ¿ORAS?

Y ahora, tengo que terminar. Espero que te he hecho notar cosas que debes considerar seriamente. Ruego a Dios que bendiga tu alma.

1. Sólo voy a decir unas pocas palabras a aquellos que no oran. Algunos que leen estas páginas no pertenecerán al grupo de los que oran. Quiero darles el mensaje que Dios ha puesto en mis manos para ellos.

Lector que no oras. Quiero advertirte, y muy solemnemente. Estás en grave peligro. Si mueres en tu estado presente tu alma será perdida. Te volverás a levantar, pero será para un estado de miseria eterna. Quiero decirte que de todos los cristianos profesos, tú eres el que tiene menos excusas. No hay una sola buena excusa para que vivas sin oración.

Es inútil decir que no sabes orar. La oración es el acto más simple en toda la religión. Es simplemente orar a Dios. No se necesita sabiduría ni conocimientos especiales para empezar. Lo que se requiere es corazón y voluntad. El niño más débil llora cuando tiene hambre, y el mendigo más pobre extiende la mano y no pide con lenguaje adornado. El hombre más ignorante tiene palabras para dirigir a Dios; basta con que quiera decirlas.

Es inútil decir que no hallas lugar apropiado para hacerlo. Cualquier sitio es apropiado. Nuestro Señor oraba en una montaña; Pedro en un terrado; Isaac en el campo; Natanael bajo una higuera; Jonás en el vientre de una ballena. Cualquier sitio puede ser un aposento, un oratorio, un Betel, para ponernos delante de la presencia de Dios.

Es inútil decir que no tienes tiempo. Hay tiempo en abundancia, si se quiere usar. Puede que no sobre, pero siempre basta. Daniel se cuidaba del reino y oraba tres veces al día. David era rey de una poderosa nación y, con todo, decía: «Tarde y mañana y a mediodía oraré y clamaré, y Él oirá mi voz.» (Salmo 55:17.) Cuando se quiere tener tiempo, se encuentra.

Es inútil decir que no puedes orar hasta que tengas fe y un nuevo corazón, y que tienes que aguardar hasta poseerlos. Esto es añadir más pecado al pecado anterior. Es malo no convertirse e ir al infierno. Pero aún es peor decir: «Lo sé, pero no pediré misericordia.» Éste es un tipo de argumento que no se halla respaldado en la Escritura. «Llamad a Jehová en tanto que está cercano», dice Isaías (55:6). «Llevad con vosotros palabras de súplica, y volved a Jehová, y decidle... » (Oseas 14:2.) «Arrepiéntete... y ruega a Dios», le dijo Pedro a Simón el Mago (Hechos 8:22). Si quieres tener fe y un nuevo corazón, ve al Señor y pídeselos. El mismo intento de

orar ha significado el avivamiento de muchas almas muertas. ¡Ay, no hay diablo tan peligroso como un diablo mudo!

Oh, lector que no oras! ¿Quién eres tú que no vas a pedirle nada a Dios? ¿Has hecho un pacto con la muerte y el infierno? ¿No tienes pecados para que te sean perdonados? ¿No le temes al tormento eterno? ¿No tienes deseo de ir al cielo? ¡Ojalá despertaras de tu presente locura! ¡Que consideraras tu fin! ¡Que te levantas y acudieras a Dios! ¡Ay, llega un día en que muchos dirán: «Señor, Señor, ábrenos»!, pero será tarde: en que muchos dirán a las rocas que los cubran, y a los collados que los escondan; lo dirán aquellos que nunca invocaron el nombre de Dios. Lector, con afecto te aviso. Evita este fin para tu alma. La salvación está cercana. No te pierdas ir al cielo por no pedirlo.

2. Una palabra, ahora, para aquellos que tienen verdaderos deseos de salvación, pero que no saben los pasos que han de seguir o cómo han de empezar. Deseo que muchos de mis lectores se hallen en este estado mental, Y aunque fuera para uno sólo, diría estas palabras de aviso y ánimo.

Hay que dar el primer paso en todo viaje. Tiene que haber un cambio que venza la inercia de estar quieto. El viaje de Egipto a Canaán duró cuarenta años para Israel, y fue largo y penoso; por fin atravesaron el Jordán; pero tuvieron que dar el primer paso. ¿Cuándo da el hombre el primer paso para salir del mundo y el pecado? Lo da el primer día en que ora de todo corazón.

En todo edificio hay que poner la primera piedra. Noé tardó 120 años en construir el arca, pero tuvo que dar el primer golpe de hacha. El templo de Salomón era un edificio glorioso, pero hubo que colocar la primera piedra. ¿Cuándo empieza a aparecer el edificio del Espíritu en el corazón del hombre? Empieza, por lo que podemos juzgar, el primer día que derrama su corazón a Dios en oración.

Lector, si deseas ser salvo y quieres saber lo que tienes que hacer, te advierto que vayas hoy mismo a Jesucristo, y en el primer lugar aparte que encuentres, le pidas en oración que salve tu alma.

Dile que has oído que recibe a los pecadores, y que ha dicho: «Al que a mí viene no le echo fuera.» Dile que eres un vil pecador, y que acudes a P-1 por fe en su invitación. Dile que te pones enteramente en sus manos, que te sientes ruin, impotente y sin esperanza en ti, y que a menos que él te salve, no puedes ser salvo. Pídele que te libre de tu culpa, del poder y las consecuencias del pecado. Pídele que te perdone y te limpie con su propia sangre. Pídele que te dé un nuevo corazón y ponga el Espíritu Santo en tu alma. Pídele que te dé gracia, fe y la voluntad y poder de ser su discípulo y siervo el resto de tu vida y para siempre. Lector: ve este mismo día, y dile estas cosas al Señor Jesucristo, si piensas seriamente en tu alma.

Díselo con tus propias palabras, como le dirías a un médico dónde te duele si lo necesitaras. Si tu alma se siente enferma, puedes decírselo a Cristo.

No dudes, por el hecho de que eres un pecador, de su buena voluntad para salvarte. Ésta es su misión, salvar a los pecadores. De sí mismo dice: «No he venido a llamar justos, sino pecadores a arrepentimiento.» (Lucas 5:32.)

No esperes a sentirte digno. No esperes nada ni a nadie. El esperar es del diablo. Tal como estás, ve a Cristo. Cuanto peor te consideres, más necesitas ir a él y pedirle ayuda. Por más que lo intentes tú nunca vas a mejorarte por tu cuenta sin ir a Él.

No temas, aunque tu lenguaje sea pobre, tu lengua débil, tartamuda. Jesús te entiende, como una madre entiende al niño que balbucea. Jesús puede leer un suspiro o un gemido.

No te desanimes si no recibes respuesta inmediata. Mientras estás hablando, Jesús te escucha. Si demora la respuesta es por razones de prudencia, y para ver si eres sincero. Sigue pidiendo, y la respuesta no tardará mucho en llegar. Aunque se demore algo, llegará al fin.

Lector, si tienes deseo de ser salvo, recuerda este consejo. Obra con sinceridad y serás salvo.

3. Voy a decir algo, finalmente, a los que oran. Espero que algunos que leen este libro saben bien lo que es la oración y tienen el espíritu de adopción. A los tales ofrezco unas palabras de exhortación y fraternal consejo. El incienso ofrecido en el tabernáculo tenía que ser preparado en una forma especial. No se podía usar cualquier clase de incienso. Del mismo modo, seamos cuidadosos en la forma y fondo de nuestras oraciones.

Hermano que oras, sí, yo conozco el corazón del cristiano, sé que muchas veces estás cansado de tus propias oraciones. Cuando estás de rodillas es cuando te das más cuenta de las palabras del apóstol: «Quisiera hacer el bien, pero hallo que el mal está en mí.» Puedes comprender las palabras de David: «Los pensamientos vanos aborrezco.» Puedes simpatizar con el pobre hotentote convertido que decía: «Señor, líbrame de todos mis enemigos, especialmente de esta mala persona que soy yo.» Pocos son los hijos de Dios que no encuentran a menudo la hora de oración una hora de conflicto. El diablo se llena de coraje contra nosotros cuando nos ve de rodillas. Y con todo, creo que las oraciones que no nos cuestan conflicto, deben ser consideradas con alguna sospecha. Creo que juzgamos pobremente de

la bondad de nuestras oraciones, y que la oración que menos nos complace es la que más complace a Dios. Permíteme decirte, pues, como compañero en la milicia cristiana, unas palabras de exhortación. En un punto somos de un mismo sentir: hemos de orar. No podemos dejar de hacerlo.

Insisto, pues, en la importancia de la reverencia y humildad en la oración. No olvidemos quiénes somos y cuán solemne es hablar con Dios. Nada de prisas en su presencia, nada de descuido o liviandad. Digámonos a nosotros mismos: «El lugar en que estoy es tierra santa. No es nada menos que la puerta del cielo. Si digo lo que no siento, estoy jugando con Dios. Si abrigo iniquidad en mi corazón, el Señor no me va a escuchar.» Recordemos las palabras de Salomón: «No te des prisa con tu boca, ni tu corazón se apresure a proferir palabra delante de Dios; porque Dios está en el cielo, y tú sobre la tierra.» (Eclesiastés 5:2.) Cuando Abraham habló a Dios, dijo: «Soy polvo y ceniza.» Cuando Job lo hizo, exclamó: «Soy vil.» Haz tú lo mismo.

En segundo lugar, te recuerdo la importancia de orar espiritualmente. Quiero decir que debes esforzarte siempre para tener la ayuda directa del Espíritu en tus oraciones, y abstenerte de formas huera. No hay nada tan espiritual que no pueda, con el tiempo y rutina, transformarse en una forma o molde, y esto es especialmente verdad de la oración privada. Podemos entrar en la costumbre de usar las palabras más apropiadas, y ofrecer las peticiones más escriturales y, con todo, hacerlo todo por rutina, sin sentimiento, e ir dando vueltas, como un caballo en la noria. Deseo mencionar este punto con cuidado y delicadeza. Sé que hay algunas cosas que queremos diariamente, y que no hay nada formalístico en pedirlo con las mismas palabras. El mundo, el demonio y nuestro corazón son los mismos, cada día igual. Por necesidad, pues, tenemos que pasar por terreno trillado. Pero, como dije, hemos de ser muy cuidadosos en este punto. Si el armazón de nuestras oraciones se vuelve por hábito una fórmula, esforcémonos por vestir y llenar las oraciones, en tanto que sea posible, con el Espíritu. En cuanto a orar leyendo palabras de un libro, no lo puedo aprobar. Si le podemos decir al médico el estado de nuestro cuerpo sin un libro, deberíamos poder decirle a Dios el estado de nuestra alma. No tengo nada en contra de que después de una fractura de la pierna el individuo use muletas. Es mejor usar muletas que no poder moverse. Pero si veo a estas personas en muletas toda su vida, no será una situación de la que podamos felicitarle. Lo deseable es que se ponga bastante fuerte para tirar las muletas.

Te recomiendo, luego, la importancia de hacer de la oración un asunto regular de la vida. Podría decir algo sobre el valor de las horas regulares, durante el día, para la oración. Dios es un Dios de orden. Las horas para el sacrificio matutino y vespertino en el templo judío estaban fijadas con un propósito. Uno de los frutos más visibles del pecado es el desorden. Pero no quisiera poner a nadie una camisa de fuerza. Sólo digo que es esencial para la salud del alma orar como un asunto importante

durante el día, cada día. Tal como dedicamos cierto rato a comer, dormir o a los negocios, debemos dedicarlo a la oración. Escoge tú mismo las horas y ocasiones. Por lo menos, tienes que hablar con Dios por la mañana, antes de hablar con el mundo: tienes que hablar con Dios por la noche, después de haberlo hecho con el mundo. Pero deja establecido en tu mente que la oración es una de las cosas importantes a hacer durante el día, cada día. No se trata de usar un rato perdido y ocioso, que así se aprovecha, sino que se trata de un asunto muy importante y necesita su tiempo designado.

Te recomiendo, luego, la importancia de perseverar en la oración. Una vez has empezado el hábito, no renuncies a él. Tu corazón puede decir: «Ya tengo las oraciones con la familia; ¿qué daño puede causarme si dejas las oraciones privadas?» O bien tu cuerpo puede decirte: «Estás fatigado, soñoliento; no tienes por qué orar hoy.» O tu mente dirá: «Tienes un asunto muy importante que atender: haz las oraciones más cortas.» Todas estas sugerencias proceden directamente del diablo. Es como si dijéramos: «Descuida tu alma.» No digo que todas las oraciones tengan que ser de la misma duración; pero sí que no tienes excusa para dejar de orar. «Orad sin cesar», dice Pablo. No quería decir que hemos de estar constantemente de rodilla, como alguien ha defendido en el pasado. Lo que quería decir era que nuestras oraciones tenía que ser como el holocausto continuo: algo en que hemos de perseverar cada día, que debe ser como la rotación permanente de siembra y siega, verano e invierno; algo que se hace de modo regular, como el fuego del altar, que no siempre consume sacrificios, pero que nunca se apaga. No olvides que puedes unir las devociones de la mañana y de la noche con oraciones cortitas durante el día. Incluso en compañía de otros, en los negocios, en la calle, puedes estar enviando mensajeros alados, en silencio, a la presencia de Dios, como hizo Nehemías en la misma presencia de Artajerjes. Y no pienses nunca que el tiempo que dedicas a Dios es perdido. Una nación no se vuelve más pobre porque pierde un año de trabajo cada siete, al guardar el Día de Reposo. El cristiano nunca hallará que pierde, a la larga, por el hecho de perseverar en la oración.

Luego, te recomiendo la importancia de la sinceridad y simplicidad en la oración. No es necesario gritar, ni aun hablar alto, para demostrar que se es sincero. Pero es deseable fervor y sinceridad. Hemos de asegurarnos si realmente estamos interesados en lo que hacemos. La oración «eficaz del justo, tiene mucha fuerza». Una oración no es eficaz cuando es indiferente, perezosa, indolente. Esta es la lección que nos enseñan las expresiones usadas en las Escrituras sobre la oración. Se usan palabras como «luchar, trabajar, esforzarse, clamar, llamar». Esta es, también, la lección de los ejemplos de la Escritura. Jacob lo hizo. Le dijo al ángel en Penuel: «No te dejaré si no me bendices.» (Génesis 22:26.) Daniel también. Oigamos cómo ruega a Dios: «¡Señor, escucha! ¡Señor, perdona! ¡Señor, presta atención y actúa! ¡No tardes más, por amor de ti mismo, Dios mío!» (Daniel 9:19.) Nuestro Señor Jesucristo es otro: «En los días de su carne, habiendo ofrecido

ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas ... » (Hebreos 5:7.) ¡Cuán distintas son muchas de nuestras súplicas, cuán tibias y apáticas! Es muy probable que Dios diga de muchos: «¡No quieres realmente lo que estás pidiendo!» Tratemos de corregir esta falta. Llamemos con más energía a la puerta de la gracia, como Misericordia, en El Peregrino, como si tuviéramos que perecer si no nos oyen. Hemos de dejar claro en nuestra mente que las oraciones frías son como un sacrificio sin fuego. Recordemos la historia de Demóstenes, el gran orador, a quien un individuo visitó para pedirle que defendiera su causa. El gran orador le escuchó con displicencia y sin prestar mucha atención, pues el otro le relataba su historia mostrando poco celo o afecto. El hombre se dio cuenta del desinterés de Demóstenes y, alarmado, le dijo gritando con ansiedad que todo era verdad. «¡Ah! -contestó Demóstenes- Ahora ya empiezo a creerte.»

Luego, te recomiendo que ores con fe, pues es muy importante. Deberíamos esforzarnos en creer que nuestras oraciones siempre son oídas, y que si pedimos cosas conforme a la voluntad de Dios, siempre serán contestadas. Ésta es la simple orden de nuestro Señor Jesucristo: «Por eso os digo que todo cuanto rogáis y pedís, creed que lo estáis recibiendo, y lo tendréis.» (Marcos 11:24.) La fe es a la oración como la pluma a la flecha: sin ella no dará en el blanco. Deberíamos cultivar el hábito de reclamar promesas en nuestras oraciones. Deberíamos tomar una promesa y decir: «Señor, aquí has dado tu palabra. Haz por nosotros tal como has dicho.» Ésta era la costumbre de Jacob, de Moisés y de David. El Salmo 119 está lleno de peticiones «conforme a tu Palabra». Sobre todo, deberíamos tener la costumbre de esperar respuestas a nuestras oraciones. Deberíamos hacer como el mercader que envía sus barcos al mar: no deberíamos estar satisfechos hasta que vemos que regresan. Los cristianos suelen quedarse cortos en este punto. La Iglesia de Jerusalén oraba sin cesar para Pedro en la prisión; pero cuando recibieron respuesta a la oración, les costó trabajo creerlo. (Hechos 12: 15.) «Es una marca segura de no tomar la oración seriamente el descuido en cuanto a lo que se recibe de la misma.»

Es necesario insistir, también, en la importancia de la osadía confiada en la oración. Algunas veces se ora de un modo familiar que me parece impropio. Pero la santa osadía es muy de desear. Con esta expresión quiero decir la actitud de Moisés, el cual, cuando suplicaba a Dios que no destruyera a Israel, dijo: «¿Por qué han de hablar los egipcios diciendo: Para mal los sacó, para matarlos en los montes, y para raerlos de sobre la faz de la tierra? Vuélvete del ardor de tu ira Y arrepíentete de ese mal contra tu pueblo.» (Exodo 32:12.) Quiero decir atrevimiento como el de Josué, cuando los hijos de Israel fueron derrotados en Haí, que dijo: «... ¿Qué harás tú a tu gran nombre.» (Josué 7:9.) Es la osadía con que oraba Lutero. Alguien que le había oído orar dijo: «¡Qué espíritu, qué confianza había en sus expresiones! Con qué reverencia suplicaba, como quien pide a Dios, pero al mismo tiempo con tal confianza y seguridad, como el que habla con un padre amoroso o un amigo.» Ésta

es la osadía que caracterizaba a Bruce, el gran predicador escocés del siglo xvii. Se dice que sus oraciones eran «como dardos disparados al cielo». Aquí me temo que también nos quedamos cortos. No comprendemos bastante bien los privilegios del creyente. No pedimos con la frecuencia que deberíamos: «Señor, ¿no somos tu pueblo? ¿No es para tu gloria que debemos ser santificados? ¿No es en tu honor que el Evangelio ha de prosperar?»

Te recomiendo, luego, la importancia de la plenitud y abundancia en la oración. No olvido que nuestro Señor nos advierte contra el ejemplo de los fariseos, que hacían largas oraciones para hacerse ver; y que nos manda que no usemos vanas repeticiones al orar. Pero, por otra parte, aprueba actos de devoción a fondo, pues Él mismo se pasa toda la noche orando a Dios. En todo caso, en nuestros días, no es probable que caigamos en el error de orar demasiado. ¡Lo que deberíamos temer es que muchos oren demasiado poco! ¿No son hoy día muy pocos los cristianos que se dedican a la oración? Temo que las devociones privadas de muchos sean escasas y raquíticas, sólo lo suficiente para demostrar que se está vivo, nada más. Parece que tienen poco a confesar, a pedir o de qué dar gracias. Todo esto está mal. No hay nada más común que oír a creyentes que se quejan de que no progresan. Nos dicen que no crecen en la gracia como deberían. ¿No será porque muchos no la piden? Tienen tanta gracia como piden. Si tienen poca es porque piden poca.

La causa de su debilidad se halla en que sus oraciones son minúsculas, contraídas, apresuradas, estrechas, atrofiadas. No tienen porque no piden. ¡Oh, lector! No estamos en apuros por culpa de Cristo, sino por culpa nuestra. El Señor dice: «Abre tu boca y la colmaré de bienes.» Somos como el rey de Israel que golpeó el suelo tres veces y se paró, cuando debería haber dado seis o más golpes.

Te recomiendo, luego, la importancia de ser específico en la oración. No deberíamos estar contentos con peticiones generales. Deberíamos especificar nuestras necesidades delante del trono de la gracia. No basta con confesar que somos pecadores, deberíamos mencionar aquello de que la conciencia nos dice que somos culpables. Deberíamos mencionar las gracias de las que carecemos o tenemos en escasez. No basta con decir al Señor que estamos atribulados, hemos de decir lo que nos aflige con todas sus particularidades. Esto es lo que hizo Jacob cuando temía la ira de su hermano Esaú. Le dice al Señor exactamente lo que teme. (Génesis 32: 1 l.) Es lo que hizo Eliezer, cuando fue a buscar esposa para el hijo de su amo. Presenta delante de Dios exactamente lo que quiere (Génesis 24:12). Esto es lo que hizo Pablo cuando tenía la espina en la carne. Presentó su súplica clara al Señor (2.a Corintios 12:8). Esto es verdadera fe y confianza. Deberíamos creer que no hay nada demasiado pequeño para ser nombrado delante de Dios. El paciente le dice al médico, no sólo que está enfermo, sino que entra en detalles. ¡Oh, lector! Cristo es el Esposo del alma, el Médico del corazón, el Padre de su pueblo.

Mostrémosle lo que pensamos y sentimos, no teniendo reservas en nuestra comunicación con él. No le escondamos nada. Abrámosle el corazón.

Te recomiendo, luego, la importancia de la intercesión en nuestras oraciones. Todos somos egoístas por naturaleza, y nuestro egoísmo es muy capaz de persistir en nosotros aun después de convertidos. Hay la tendencia en nosotros a pensar sólo en nuestras almas -nuestro propio conflicto espiritual, nuestro progreso religioso- y a olvidar a otros. Para contrarrestar esta tendencia tenemos que vigilar y esforzarnos, y aún más, orar. Deberíamos esforzarnos a poner a otros delante de nosotros ante el trono de la gracia. Deberíamos llevar en nuestro corazón la carga de todo el mundo, los paganos, los judíos, los católicos, el cuerpo de verdaderos creyentes, incluidas las iglesias protestantes, el país en que vivimos, la congregación a que pertenecemos, nuestra casa, los amigos y parientes con quienes nos relacionamos. Deberíamos orar por todos ellos. Esta es la caridad más elevada. El que me ama más, me ama en sus oraciones. Esto es para la salud de nuestra alma. Amplía nuestras simpatías y corazones. Es para el beneficio de la Iglesia. Las ruedas de la maquinaria para extender el Evangelio son lubricadas por la oración. El que intercede, como Moisés en el monte, por la causa de Dios, hace tanto como el que lucha como Josué en lo más reñido del combate. Esto es ser como Cristo. Él lleva los nombres de los suyos en su pecho y hombros, como su Sumo Sacerdote delante del Padre. ¡Oh, qué privilegio el ser como Jesús! Esto es ayudar verdaderamente a los ministros del Evangelio. Si he de poder escoger una congregación, dadme gente que ore.

Te recomiendo, además, la importancia del agradecimiento en la oración. Sé bien que un cosa es pedir a Dios, Y que el alabar y agradecer es otra. Pero veo en la Biblia una relación tan íntima entre la oración y la alabanza, que me atrevo a decir que la verdadera oración lleva siempre consigo la alabanza. No es en vano que Pablo dice: «Presentad vuestras peticiones delante de Dios mediante oración y ruego con acción de gracias.» (Filipenses 5:6.) «Perseverad en la oración, velando en ella con acción de gracias.» (Colosenses 4:2.) Es por su misericordia que no estamos en el infierno. Por ella tenemos esperanza del cielo. Por ella vivimos en un país con luz espiritual. Por su misericordia hemos sido llamados por el Espíritu, y no abandonados para que cosechemos el fruto de nuestros actos. Por misericordia todavía vivimos y tenemos oportunidades de glorificar a Dios de modo activo o pasivo. Sin duda deberíamos pensar en esto cuando hablamos con Dios. Nunca deberíamos abrir los labios en oración sin bendecir a Dios por esta gracia gratuita por la que vivimos, y por su longanimidad que permanece para siempre. Nunca hubo un santo que no estuviera lleno de agradecimiento. Hombres como Whitefield en el pasado siglo, y Bickersteth en el nuestro, nunca se quedaron cortos en agradecimiento. Oh, lector, si queremos que nuestras lámparas brillen en nuestros días, hemos de albergar un espíritu de alabanza. Y sobre todo, hemos de hacer de nuestras oraciones acciones de gracias.

Te recomiendo, finalmente, la importancia de velar en tus oraciones. La oración es un punto en que hay que vigilar de un modo especial. Aquí es donde empieza la verdadera religión, donde florece o se marchita. Dime lo que son las oraciones de un hombre y te diré cuál es el estado de su alma. La oración es el pulso espiritual. Por él se pone a prueba la salud espiritual. Por medio de ella sabemos lo que hay recto o torcido en nuestros corazones. ¡Oh, vigilemos nuestras oraciones privadas constantemente! Aquí se halla el tuétano y la médula del cristianismo práctico. Los sermones, los libros, los tratados, las reuniones de comités, la compañía de personas piadosas, todo es bueno a su manera, pero no compensan el descuido de la oración privada. Vigila las situaciones, circunstancias, relaciones que desconectan tu corazón de la comunión con Dios y hacen que tus oraciones se arrastren. Hay que estar alerta. Observa qué amigos u ocupaciones dejan a tu alma en la mejor actitud para hablar con Dios. A éstos tienes que adherirte. Lector, si cuidas tus oraciones, te aseguro que nada irá mal en tu alma.

Lector, te ofrezco estos puntos para tu consideración privada. Lo hago con humildad. Yo soy el que tiene que recordarlos más. Pero creo que es la verdad de Dios, y todos hemos de tenerlos presentes.

Quiero que oremos. Quiero que los cristianos de nuestros días sean cristianos que oren. Quiero que la Iglesia de nuestra época sea una Iglesia que ore. El deseo que hay en mi corazón, al escribir estas páginas, es incrementar y propagar el espíritu de oración. Quiero que aquellos que nunca han orado se levanten e invoquen el nombre de Dios, y que, los que ya lo hacen, vean que no oran en vano.

Y ahora, si alguien empieza a orar, u ora con más fervor como resultado de la lectura de este volumen, le pediré que haga un favor a su autor: que le recuerde en sus oraciones.

Capítulo 5

¿TRIGO O PAJA?

MATEO 3:12

«Su bieldo está en su mano, y limpiará con esmero su era; recogerá su trigo en el granero, y quemará la paja con fuego inextinguible.»

¿A quién se refiere la pregunta que encabeza este capítulo? ¿A labradores o mercaderes de grano, y nada más? Si piensas eso te equivocas. Afecta a todo hombre, mujer y niño del mundo. Entre ellos, a ti mismo.

La pregunta procede de un versículo de la Escritura. Son palabras de Juan el Bautista. Son una profecía sobre el Señor Jesucristo, y una profecía que todavía no se ha cumplido. Sólo Dios sabe cuándo se cumplirá.

Lector, te invito a que consideres las grandes verdades que contiene este versículo. Te invito a que me escuches cuando despleguemos su contenido y lo presentemos en orden. Es posible que sean unas palabras en sazón para tu alma. Quién sabe si mi pregunta te ayudará a que sea hoy el día más feliz de tu vida.

Escucha antes de que vuelvas a emprender el curso de tu vida diaria, antes que te entregues a la indolencia, o te lances a la locura. Escucha a alguien que ama tu alma, y quisiera ayudarte a que la salves, a que te acerques a Cristo. ¿Quién sabe lo que ocurrirá mañana. Escúchame, pues, unos minutos, con calma, y te mostraré algo de la Palabra de Dios.

I. Déjame mostrarte, en primer lugar, las dos grandes clases en que está dividido el mundo.

A la vista de Dios hay dos clases de personas, que son mencionadas en el texto. Hay los que son llamados trigo y los que son considerados como paja.

Visto con los ojos del hombre, la tierra contiene muchas clases de personas. Con los ojos de Dios, sólo contiene dos. Para el hombre lo importante es la apariencia externa; para Dios es el corazón. Seguimos con las dos clases: trigo o paja.

Lector, ¿quiénes constituyen el trigo en el mundo? Veámoslo.

El trigo son todas las personas que creen en el Señor Jesucristo, que son guiados por el Espíritu Santo, que se han sentido pecadores y han acudido al refugio que ofrece el Evangelio para su salvación; todos los que aman al Señor Jesús, y viven y sirven al Señor Jesús; que han tomado a Jesús como apoyo y la Biblia como guía, que tienen al pecado como su peor enemigo y el cielo como su único hogar. Todos éstos, de toda iglesia, raza, nación y lengua, de todo rango, clase, condición o categoría, todos éstos son el trigo de Dios.

Si me muestras personas de esta clase, donde sea, sé lo que son. No tenemos por qué estar de acuerdo en todo, pero veo en ellos la obra del Rey de reyes, y no pregunto más. No sé de dónde vienen, ni dónde hallaron su religión; pero sé a dónde van, y esto me basta. Son hijos de mi Padre celestial. Son parte de su trigo.

Todos ellos, aunque indignos y pecadores, sin valor ante sus propios ojos, son una parte preciosa de la humanidad. Son los hijos de Dios el Padre. Son el deleite de su Hijo. Son la morada del Espíritu de Dios. El padre no ve iniquidad en ellos: son los miembros del Cuerpo de su querido Hijo: le ve a Él en ellos, y se complace. El Señor Jesús discierne en ellos el fruto de su propia obra en la cruz, y se complace. El Espíritu Santo los ve como templos espirituales que Él mismo ha edificado y se goza en ellos. En una palabra, son el trigo de esta tierra.

Lector, ¿quiénes son la paja del mundo? Escúchame y te lo mostraré.

Por paja se entiende todas las personas que no tienen una fe salvadora en Cristo y carecen de la santificación del Espíritu, se trate de quien se trate. Algunos son quizás infieles, otros cristianos nominales. Algunos saduceos reticentes y burlones, otros fariseos orgullosos. Algunos mantienen una forma de religión del domingo, otros no se preocupan de nada excepto de sus placeres. Pero todos ellos carecen de fe y de santificación, las dos marcas distintivas: son paja. Desde Paine a Voltaire, a los miembros de iglesia inertes hoy día, que sólo cumplen la forma externa de las ceremonias, desde Juliano y, Porfirio al admirador de sermones de hoy, que no se ha convertido, todos ellos pertenecen a una categoría delante de Dios: son paja.

No dan gloria a Dios el Padre. No honran al Hijo, ni al Padre que le envió. Descuidan la gran salvación que millones de ángeles admiran. Desobedecen la Palabra de gracia escrita para ellos. No escuchan la voz del que descendió de los cielos para morir por sus pecados. No se preocupan de Aquel que les dio vida, aliento y todas las cosas, ni le rinden tributo. Dios no se complace en ellos, sino que los tiene por paja.

Sí: es posible que tengas grandes dones intelectuales, y hayas alcanzado logros culturales, que aconsejes a reyes, que conmuevas a millones con tu pluma, que tengas pendiente de tus labios a las multitudes; si no te has sometido al yugo de Cristo y nunca has honrado el Evangelio aceptándolo, no eres nada a la vista de Dios. Tus dones naturales son ceros sin una unidad delante: parecen mucho, pero no son nada. Un insecto cumple, en su lugar, en la creación, glorificando a su Hacedor a su manera, y tú no. No honras a Dios de corazón y voluntad, con tu intelecto y tus miembros, que son suyos. Has invertido el orden de las cosas, y vives como si el tiempo fuera más importante que la eternidad, el cuerpo que el alma. Te atreves a descuidar el gran don de Dios, su propio Hijo encarnado. Eres frío sobre un suceso que llena el universo espiritual de aleluyas. Y en tanto que sigas así, perteneces a una parte sin valor de la humanidad. Eres paja; que abunda hoy en este mundo, como nunca en la historia, como Él mismo anunció sucedería en el último tiempo (Lucas 18:8).

Lector, graba este pensamiento en tu mente y no lo olvides. Recuerda que hay dos clases de personas en el mundo: trigo y paja.

Hay muchas naciones en el mundo, cada cual con su lenguaje, leyes y costumbres. Hay muchas clases en la sociedad, ricos y pobres, encumbrados y humildes. Hay varias clases de actitudes y mentalidades en los miembros de cada congregación que se reúne para el culto religioso: algunos lo hacen por mera fórmula, otros con el sincero deseo de encontrarse con Cristo; unos para agradar al mundo, otros para agradar a Dios; algunos vienen despiertos, otros dormidos; algunos traen su corazón, otros lo dejan en casa. Pero, en resumidas cuentas, a los ojos de Jesús, sólo hay dos clases de personas: el trigo y la paja.

En la gran Exposición de Londres de 1851 había congregadas personas de todo el mundo, muchedumbres que acudían a ver lo que puede hacer la habilidad y la diligencia. Hijos de una misma familia, la de Adán, que no se habían visto antes, estaban ahora reunidos bajo un techo. Pero a los ojos de Dios sólo había dos compañías apiñadas en el gran palacio de cristal: el trigo y la paja.

Lector, graba este pensamiento en tu mente y no lo dividas a los cristianos profesos en dos clases. El mundo trata de hacer tres categorías, no dos. El ser estricto y recto, esto no acomoda al mundo; no quieren y no pueden ser santos. El no tener religión alguna no parece respetable: «Gracias a Dios no somos tan malos como podríamos ser.» Pero su idea predilecta es el ser religioso para ser salvo, pero sin ir a extremos, sin ser demasiado bueno, sin hacerse notar, sino poseyendo un cristianismo cómodo y moderado, para ir al cielo al final. Habría, pues, una clase intermedia, a la que la mayoría pretenden pertenecer.

Lector, yo me opongo a este error, de que haya una clase intermedia. Se trata de una ilusión que destruye al alma. Quiero advertirte que no te dejes arrastrar por esta idea. Es tan vacua como la invención del purgatorio. Es un refugio de mentiras, un castillo en el aire, no existe, es un sueño. De esta clase intermedia de cristianos la Biblia no dice una palabra.

Había dos clases en los días del diluvio; los que entraron con Noé en el arca, y los que se quedaron fuera; dos clases en la parábola de la red, en el Evangelio: los que son llamados peces buenos y los malos; dos clases en la parábola de las diez vírgenes: las llamadas prudentes, y las necias; dos clases en el relato del día del juicio: las ovejas y los cabritos; dos lados en el trono: los de la derecha y los de la izquierda; dos moradas cuando se pase la final sentencia: el cielo y el infierno.

Y lo mismo hay sólo dos clases en la Iglesia visible en la tierra: los que están en estado natural, y los que están en la gracia, los que van por el camino estrecho y los que van por el ancho, los que tienen fe y los que no la tienen, los convertidos y los

no convertidos, los que están con Cristo y los que están contra Él, los que con Él recogen y los que desparraman, los que son trigo y los que son paja. En estas dos categorías se dividen los que profesan pertenecer a la Iglesia de Cristo. No hay otra.

Lector, querido lector, fíjate que hay motivos para que inquieras: ¿soy paja o trigo? Es imposible ser neutro. Eres lo uno o lo otro. ¿Cuál eres de los dos?

Asistes probablemente a una iglesia. Participas de la mesa del Señor. Quieres juntarte con personas buenas. Distingues entre un buen sermón y otro deficiente. Te opones a las fórmulas religiosas vanas, y te sientes bien con tu protestantismo y lo defiendes. Estás afiliado a sociedades religiosas, y asistes a sus reuniones. Lees libros religiosos. Todo esto es excelente. Es más de lo que se puede decir de muchos. Pero, con todo, no has contestado de modo categórico a mi pregunta: ¿eres trigo o paja?

¿Has nacido de nuevo? ¿Eres una nueva criatura? ¿Te has despojado del hombre viejo y revestido del nuevo? ¿Has sentido tus pecados y te has arrepentido de ellos? ¿Confías en Cristo solamente para ser perdonado y recibir la vida eterna? ¿Amas y sirves a Cristo? ¿Odias el pecado y luchas contra él? ¿Deseas la santidad y te esfuerzas por conseguirla? ¿Has salido del mundo? ¿Tienes deleite en la Biblia? ¿Luchas en oración? ¿Procuras hacer bien en el mundo? ¿Amas a los creyentes? ¿Eres vil en tus propios ojos y estás dispuesto a tomar el último lugar? ¿Eres cristiano en tus negocios, los días de la semana, en tu hogar? ¡Oh, piensa, piensa en todas estas cosas y después, probablemente, podrás decir mejor cuál es el estado de tu alma!

Lector, te ruego que no te desvíes de la pregunta, por más que te disguste. Aunque hortigue tu conciencia, te parta el corazón. Contéstala, aunque te ponga al descubierto y te haga ver peligros que temes. No descanses hasta que sepas cuál es tu situación con Dios. Es mejor mil veces descubrir que estás en mal camino y poder arrepentirte, que vivir en la incertidumbre y perderse eternamente.

Lector, recuerda la pregunta. Medita en ella. ¿Eres trigo o paja?

II. Déjame que te muestre, en segundo lugar, el momento en que serán divididas las dos clases de la humanidad.

El texto que vimos al principio predice una separación. Dice que Cristo, un día, hará con su Iglesia lo que el campesino hace con su trigo. Lo aventará, lo limpiará. «Limpiará con esmero su era.» Y, luego, el trigo y la paja quedarán separados.

Ahora están juntos. Buenos y malos se hallan mezclados en la Iglesia visible de Cristo. Los creyentes y los no creyentes, los convertidos y los no convertidos, los

santos y los no santos, todos ellos son llamados cristianos. Se reúnen juntos, se arrodillan juntos, escuchan los sermones juntos, y reciben el pan y el vino en la mesa del Señor juntos.

Pero no siempre será así. Cristo vendrá por segunda vez, con el bieldo en su mano. Limpiará su Iglesia, como en otro tiempo purificó el templo. Y, entonces, serán separados el trigo y la paja, cada cual a su lugar.

Antes de que venga Cristo la separación es imposible. El hombre no puede hacerla. No hay pastor que pueda leer los corazones de los miembros de su congregación. Puede hablar claro y con decisión a algunos, pero esto es todo. Quién tiene aceite en su lámpara y quién no, quién posee gracia y quién no, quién es hijo de Dios y quién del diablo, esto no puede decirlo. El bieldo no está en su mano.

La gracia es a veces débil, y parece la vieja naturaleza. Ésta a veces se viste y adorna y parece la gracia. Probablemente, muchos habríamos considerado que Judas no era peor que los otros discípulos, y que Pedro no iba a negar al Maestro. Somos hombres falibles. Conocemos en parte y profetizamos en parte. Pero apenas entendemos nuestros propios corazones. No es de extrañar que no podamos leer los de los otros.

Pero no siempre será así. Hay alguien que nunca yerra en su juicio y cuyo conocimiento es perfecto. Jesús limpiará con esmero la era. Separará el trigo y la paja. Yo lo estoy esperando. Hasta entonces me apoyaré en el lado de la caridad en mis juicios. Prefiero tolerar paja en la iglesia que echar un grano de trigo. Él vendrá con el bieldo en su mano, y entonces cada uno será bien conocido.

Antes de la venida de Cristo no podemos esperar ver una Iglesia perfecta. No es posible. Paja y trigo se hallan juntos. Me dan pena los que dejan una iglesia y se unen a otra porque hallan en la suya unas pocas faltas y hay miembros no sanos. Me dan pena, porque van en busca de algo que no se puede hallar. Hay paja por todas partes, imperfecciones y debilidades. Dudo mucho que todos los que acudan a la mesa del Señor sean convertidos. Veo a creyentes de los que se habla como si fueran salvos. A veces veo creyentes contritos y santificados que parecen carecer de la gracia. Me parece que si se es demasiado escrupuloso, se puede ir de un sitio a otro, como la paloma de Noé, sin hallar nunca descanso.

Lector, ¿deseas una iglesia perfecta? Entonces espera que amanezca el día del Señor. Entonces, pero no antes, veremos la Iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga ni cosa semejante. Entonces y sólo entonces será limpiada la era.

Antes de la venida de Cristo no espero que tenga lugar la conversión del mundo. ¿Cómo es posible si Él ha de encontrar la paja y el trigo juntos cuando venga? Creo

que algunos cristianos esperan que las misiones van a llenar la tierra del conocimiento de Cristo, y que poco a poco, desaparecerá el pecado y entraremos gradualmente en un estado de santidad perfecto. Esto yo no puedo verlo. Creo que éstos se equivocan y quedarán muy decepcionados. Yo veo que ni la Biblia ni la forma en que va el mundo me dan derecho a esperarlo. No he oído nunca, en ningún país, de un pueblo o ciudad que se haya convertido por entero. Espero sólo ver a algunos levantarse como testigos de Cristo en toda nación: unos aquí, otros allá. Luego espero que venga el Señor Jesús en gloria, con el bieldo en su mano. Y entonces limpiará la era, no antes, Y empezará su Reino.

¡No habrá separación ni perfección hasta que Cristo venga! Éste es mi credo. No me considero afectado por la pregunta de los infieles de por qué no se convierte todo el mundo si el cristianismo es realmente verdadero. Mi respuesta es que nunca fue prometido que ocurriría esto en el presente estado de cosas. La Biblia me dice que los creyentes siempre serán pocos, que las corrupciones, las divisiones, las herejías abundarán siempre, y que cuando vuelva el Señor, hallará mucha paja en la tierra.

¡No habrá perfección hasta que Cristo vuelva! No me causa impresión cuando dicen: «Procurad que en nuestro país todo el mundo sea un buen cristiano antes de enviar misioneros a los paganos en el extranjero.» La respuesta es que si hemos de esperar que ocurra esto, esperaremos para siempre. La Iglesia será siempre un cuerpo mixto, contendrá paja, mucha, y trigo, poco.

Pero Cristo volverá otra vez. Más tarde o más temprano habrá una separación de la Iglesia visible en dos compañías, y la separación será tremenda. Una compañía será el trigo, la otra, la paja. Habrá una separación o abismo entre las dos, y nadie podrá pasar de la una a la otra. ¡Los justos serán bienaventurados en aquel día! Resplandecerán como las estrellas no oscurecidas por las nubes. Serán como lirios, no ahogados ya por los espinos. ¡Cuán desgraciados serán los infieles! La corrupción será tremenda sin un grano de sal para sazónarla. ¡La oscuridad no será mitigada por un rayo de luz! ¡Ah, lector!, no basta con respetar y admirar al pueblo de Dios, tienes que pertenecer a él, o un día te verás separado de ellos para siempre. No habrá paja en el cielo. Muchas serán las familias en que uno será tomado y el otro dejado.

¿Quién hay entre los lectores de estas páginas que ame al Señor Jesucristo con sinceridad? Si conozco el corazón de un cristiano, tus mayores pruebas se deben a la compañía de personas mundanas, y tus mayores gozos, a la compañía de los santos. Sí, tienes muchos días de abatimiento, cuando te sientes abrumado por el tono de la vida de los que te rodean. En otras horas te sientes animado y vivificado al reunirte con algunos hijos de Dios, de modo que te parece el cielo en la tierra. ¿Hablo a tu corazón? ¿No es esto verdad? Ya vez, pues, cuánto debes anhelar el

momento en que Cristo vendrá otra vez. Ya ves que deberías orar diariamente para que el Señor apresurara la venida de su reino y decirle: «Ven pronto, Señor Jesús.»

Entonces, y sólo entonces, habrá una comunión pura y sin mezcla. Entonces se reunirán los santos y no se separarán más. Espera un poco. Las burlas y desprecios habrán terminado. Lo mismo la risa y el ridículo, las calumnias y las falsedades. Tu Señor vendrá y defenderá tu causa. Entonces, como dijo Moisés a Coré: «El Señor mostrará quiénes son los suyos.»

Si el corazón del lector no es recto a la vista de Dios, debe pensar en la aparición de Cristo con temor y temblor. ¡Ay del hombre que vive y muere sin nada más que una capa de religión! En el día en que Cristo limpiará la era, se conocerá la verdad. Es posible engañar a los amigos, a los ministros, pero no a Cristo. El Señor es omnisciente, y Él sopesa las acciones. Hallarás que puede leer los secretos y averiguar las cosas más escondidas. Oirás las terribles palabras: «Amigo, ¿cómo has venido aquí no teniendo vestido de boda?» Tiembla al pensar en aquel día. No pretendas dar algo a Dios, como Ananías y Safira, quedándotelo para ti. Esto te fallará. Tu gozo presente durará muy poco. Tus esperanzas son sólo un sueño. Tiembla, tiembla y arrepíentete.

Lector, piensa en estas cosas. Recuerda mi pregunta. Medita en ella hoy mismo. ¿Eres trigo o paja?

III. *Déjame mostrar, ahora, la porción que recibirá el pueblo de Cristo, cuando Él venga a limpiar la era.*

El texto con el que empezamos, nos lo dice en palabras claras. Nos dice que Cristo «reunirá el trigo en el granero».

Cuando venga el Señor Jesús por segunda vez, recogerá a los suyos en un lugar seguro. Enviará a sus ángeles a recogerlos de los cuatro cabos de la tierra. El mar dará sus muertos, las tumbas también, y los vivos serán transformados. Ningún pobre pecador que se ha refugiado en Cristo por la fe será echado de menos en esta compañía. No faltará ningún grano de trigo, cuando caiga la sentencia sobre el mundo malvado. Habrá un granero para el trigo en la tierra, y allí será recogido todo.

Ah, lector, es una idea dulce y consoladora el que «el Señor cuida de los justos». Pero este hecho es poco conocido y aparece a muchos nebuloso. Los suyos tienen sus tribulaciones, no hay duda, muchas y serias. La carne es débil. El mundo, lleno de trampas. La cruz, pesada. El camino, estrecho. Los compañeros, pocos. Pero, con todo, tienen mucha consolación si sus ojos están abiertos para verla. Como Agar, tienen el pozo cerca, pero sin verlo. Como María, con Jesús a su lado, pero los ojos oscurecidos por las lágrimas.

Ten un poco de paciencia mientras trato de decirte algo del cuidado de Cristo con los pecadores que creen en Él. Vivimos en unos tiempos en que, las cosas no se dicen con el énfasis que se debiera, sino con eufemismos. El peligro del estado natural se disimula. Los privilegios del estado de gracia no son puestos en evidencia. No se anima a las almas que dudan, ni se confirma y establece a los discípulos. El hombre sin Cristo no se siente bastante alarmado, ni el cristiano edificado propiamente. El uno duerme, y nadie hostiga su conciencia. El otro se arrastra, y no comprende las riquezas de su herencia. Es triste que el pueblo de Dios no suba al monte Pisga para contemplar la extensión de su heredad. El ser hermanos de Cristo, hijos de Dios por adopción, el tener pleno y perfecto perdón y ser renovados por el Espíritu Santo, el tener un lugar en el libro de la vida, todas estas cosas son verdaderamente gloriosas. Pero no son, todavía, el total de la porción del creyente. Son manantiales arriba, pero hay otros todavía más abajo.

El Señor se complace en su pueblo que cree. Él los considera hermosos, por más que ellos no lo crean. No ve mancha, debilidad o deficiencia que quiebre su unión con ellos. Él los escogió, conociendo su corazón. Los hizo suyos, sabiendo perfectamente cuáles eran sus defectos, y no quebrantará el pacto y los echará fuera. Si caen, los levanta otra vez. Si se descarrían, los vuelve al redil. Sus oraciones le agradan. Como un padre se complace en escuchar los balbuceos de su hijo pequeño, el Señor quiere oír las débiles peticiones de los suyos. Jesús las respalda con su poderosa intercesión, y les da poder en lo alto. Sus servicios le son agradables. No se perderá un vaso de agua sino que recibirá su premio. No será olvidada una palabra de amor. Él habrá olvidado las faltas de los suyos. Lector, ¡qué bendición ser trigo para Dios!

El Señor cuida de los suyos en la vida. Su morada le es bien conocida. La calle llamada «Recta», en la casa de Judas, y donde se hospedaba Pablo; la casa junto al mar en que Pedro oraba, le eran familiares al Señor. Los hijos de Dios tienen a los ángeles como asistentes: los ángeles se gozan cuando nacen de nuevo, los ángeles ministran a sus necesidades, los ángeles acampan alrededor de ellos. Su pan es seguro y lo mismo el agua, y tienen comida para comer que el mundo no conoce. Su compañía es la del Espíritu. El Padre y el Hijo moran con ellos. Sus pasos son ordenados, de la gracia a la gloria. Los que les persiguen, persiguen a Cristo y los que los lastiman, lastiman la niña del ojo del Señor. Sus tribulaciones son medidas por un Médico sabio, no se añade una pizca de amargor a su copa que no sea para la salud de sus almas. En las tentaciones, como Job, están bajo el control de Dios: Satán no puede tocar un cabello de su cabeza sin el permiso del Señor, ni aun tentarlos más allá de lo que pueden sobrellevar. Como un padre se apiada de sus hijos, se apiada el Señor de los que le temen. Les conduce por el camino recto. Les da todo lo que es para su bien. Cuanto les ocurre es para su bien. En el crisol, son purificados. En la poda, adquieren más vigor para nuevo fruto. Si son trasplantados

es para que florezcan con más abundancia. Todas las cosas obran constantemente para su bien. Lector, ¡es una buena cosa ser trigo de Cristo!

El Señor cuida de los suyos en su muerte. Su tiempo se halla en las manos del Señor. Los cabellos de su cabeza están contados y ni uno cae al suelo sin el permiso del Padre. Son guardados en la tierra hasta que están maduros y sazonados para la gloria, ni un momento más. La hoz no siega la mies hasta que está dorada, hasta que su obra es cumplida. Un millar puede caer a su derecha, pero la plaga no puede tocarles a ellos. Cuando llegan a su lecho de muerte los brazos eternos les rodean. Al morir, mueren como Moisés, según la palabra del Señor, a su tiempo debido. Al dar su último aliento caen dormidos en Cristo y son llevados como Lázaro, al seno de Abraham. Lector, es una gran bienaventuranza el ser trigo de Cristo. La muerte cierra las puertas al no creyente y obstruye su esperanza. Pero la muerte abre las puertas al creyente y le deja entrar en el paraíso.

Y el Señor cuidará a los suyos en el día terrible de su aparición. El fuego consumidor no se acercará a ellos. La voz del Arcángel y la trompeta de Dios no proclamará terrores a sus oídos. Durmiendo o despiertos, vivos o muertos, yaciendo en el ataúd o de pie en su puesto de guardia, los creyentes se hallarán seguros e incólumes. Levantarán su cabeza con gozo, cuando vean que su redención se acerca. Serán transformados y vestidos de hermosos ropajes en un abrir y cerrar de ojos. Serán arrebatados para recibir al Señor en el aire. Jesús no va a hacer nada al mundo cargado de pecado hasta que los suyos estén a resguardo. Hubo un arca para Noé cuando empezó el diluvio. Hubo un Zoar para Lot cuando empezó a caer fuego del cielo sobre Sodoma. Hubo un Zurich para los reformadores ingleses cuando la papista María subió al trono. Y habrá un granero para todo el trigo de la tierra en el último día. ¡Ah, lector, es una bienaventuranza el ser trigo de Cristo!

A veces pienso en la triste infidelidad de que damos muestras los creyentes. Después de la dureza del corazón inconvertido, ésta es una de las cosas que más me asombra. Me asombra que con tan poderosas razones para la confianza todavía estemos tan llenos de dudas. Me asombra, sobre todas las cosas, que alguien pueda negar la doctrina de que los que son de Cristo perseveran hasta el fin, y puedan imaginarse que Aquel que los amó hasta morir por ellos en la cruz pueda algún día permitir que se pierdan. No puedo creerlo. No puedo creer que Jesús pueda perder ninguna oveja de su rebaño. No permitirá a Satán que se lleve ni a un cordero enfermo. No permitirá que sea quebrado ningún hueso de su cuerpo místico. No tolerará que se pierda una joya de su corona. Él y la esposa han sido unidos en un pacto eterno, y no pueden ser separados. Los trofeos ganados por los conquistadores humanos han pasado a veces a manos de otros; pero esto no puede decirse de los trofeos de Aquel que triunfó por nosotros en la cruz. «Mis ovejas no perecerán jamás.» (Juan 10:28.), dice Jesús. Me afirmó sobre este texto. No es

posible desmentirlo. Si las palabras tienen algún sentido, queda aquí probada la perseverancia de los que son de Cristo.

No creo que David rescatara al cordero de las garras del león para dejarlo perecer luego, herido y débil, en un yermo. No puedo creer que el Señor Jesús haya librado al alma de los lazos del diablo y que luego la deje al azar, para que luche en su debilidad contra el pecado, el diablo y el mundo.

Lector, si estuvieras presente en un naufragio, y vieras a un niño inerme arrojado de acá para allá por las olas, y te lanzaras al mar y lo salvaras arriesgando tu vida, estoy convencido que no te contentarías con llevarlo sano y salvo a la orilla. No lo dejarías sobre la arena y dirías: «Basta. Ahora ya no hago más. Está débil, hambriento, frío, pero no importa. ¡No se ha ahogado y esto es lo ;que cuenta!» No lo tratarías así. Sino que lo llevarías en tus brazos a la casa más próxima y lo dejarías rodeado de calor y cuidados. Harías todo lo posible para restaurarle la salud y el vigor. No lo dejarías hasta haberte asegurado de su recuperación.

Y, ¿puedes suponer que el Señor Jesucristo es menos compasivo y misericordioso? Puedes pensar que pudiera haber sufrido la cruz y morir y dejar en la incertidumbre de si los que creen en Él son salvos o no? ¿Puedes imaginarte que luchará contra la muerte y el infierno, y descendiera a la tumba por nosotros, y con todo permitiera que nuestra vida eterna colgara de un hilo, pues no tienen más fuerza nuestros tristes esfuerzos?

¡Oh, no! Esto no es posible. Es un Salvador perfecto y completo. Ama hasta el fin a aquellos a quienes ama. No abandona a los que han sido lavados en su sangre. Pone su santo temor en el corazón de ellos, para que no se aparten. Cuando empieza la obra la termina. A los que trasplantó a su jardín en la tierra los trasplanta luego al paraíso. A aquellos a quienes ha avivado con su espíritu los llevará con Él para que entren en su reino. Hay un granero para todo grano de trigo. Todos aparecerán en Sión delante de Dios.

Los hombres pueden caer de la falsa gracia, de un modo terminante y triste. No dudo de esto. Veo la prueba de ello. Pero, de la verdadera gracia, no pueden caer por completo. Nunca lo hicieron en el pasado ni lo harán en el futuro. Como Pedro se levantarán si caen. Si yerran del camino recto, como David, serán vueltos al mismo. No es su fuerza o poder lo que les impide caer en la apostasía. Son resguardados por el poder, amor y promesas de la Trinidad, que los amparan. La elección de Dios el Padre no será infructuosa, la intercesión de Dios el Hijo no será inefectiva, el amor de Dios el Espíritu no será en vano. Serán más que vencedores por medio de aquel que los amó. Vencerán, y ninguno morirá eternamente.

Lector, si no has tomado todavía tu cruz y te has hecho un discípulo de Cristo, no sabes los privilegios que te pierdes. La paz con Dios ahora, y la gloria después, los brazos eternos rodeándote, y el granero seguro al fin, estos privilegios te son ofrecidos gratuitamente, sin dinero y sin precio. Puedes decir que los cristianos tienen tribulaciones: te olvidas que tienen también consolaciones. Puedes decir que tienen aflicciones peculiares, pero también son peculiares sus gozos. Sólo ves la mitad de la vida cristiana. Ves la lucha, pero no el salario. Ves el conflicto del aspecto externo del cristianismo, pero no los tesoros escondidos. Como el siervo de Elías, ves a los enemigos de los hijos de Dios, pero no ves los carros y caballos de fuego que los protegen. No juzgues por las apariencias. Ten por seguro que una gota del agua de vida es mejor que todos los ríos del mundo. Recuerda el granero y avisado a tiempo.

Lector, si te consideras un discípulo débil, no pienses que la debilidad te cierra la puerta a ninguno de los privilegios de que hemos estado hablando. La fe débil es una fe verdadera, y la gracia débil, es también verdadera gracia; y ambas son el don de Aquel que nunca da en vano. No temas ni te desanimes. No dudes ni desesperes. Jesús no quiebra la caña cascada ni apaga el pabito que humea. Los niños, en la familia, son tan queridos como sus hermanos y hermanas mayores. Los corderos del rebaño son atendidos con mayor cuidado por el pastor que las ovejas recias y sanas. ¡Oh!, ten la seguridad de que lo mismo ocurre en la familia de Cristo, en el rebaño de Cristo. Todos son amados. Todos son cuidados. Y todos se hallarán en el granero al fin.

Lector, piensa en estas cosas. Empieza a meditar en mi pregunta hoy mismo: ¿Eres grano o paja?

IV. Déjame que te muestre, finalmente, la porción que corresponde a aquellos que no son de Cristo.

El texto la describe en palabras que nos hacen reteñir los oídos: Cristo «quemará la paja en un fuego inextinguible».

Cuando el Señor Jesucristo venga a limpiar su era, castigará a todos los que no sean sus discípulos de un modo espantoso. Todos los que sean impenitentes e incrédulos, que se han aferrado a su propia justicia, estén adheridos al pecado, atascados en el mundo, y hayan puesto su afecto en las cosas de aquí abajo, todos los que estén sin Cristo, éstos vendrán a un terrible fin. Cristo «quemará la paja».

Su castigo será en extremo severo. No hay dolor como el del fuego. Si dudas, pon tu dedo en una llama. El fuego es el más destructivo y devorador de los elementos. Mira la boca de un horno ardiendo, y piensa en su interior. El fuego es, de todos los elementos, el más opuesto a la vida. Las criaturas pueden vivir en el aire, la tierra y

el agua, pero no en el fuego. El fuego es la porción de los que están sin Cristo. Cristo «quemará la paja».

Su castigo será eterno. Millones de edades pasarán, pero el fuego en que arderá la paja seguirá ardiendo. Un fuego que nunca se apaga. El combustible no se consume. Es inextinguible.

Oh, lector, éstas son cosas tristes y penosas. No disfruto insistiendo en ellas. Sino que, como el apóstol Pablo digo: «Me dan pena.» Pero son cosas que hemos de saber y es necesario que las consideremos. Son parte de esta Escritura, que toda ella es beneficiosa, y que hay que escuchar. Aunque el tema del infierno sea doloroso, con todo, no se ha de pasar en silencio. ¿Quién hablaría del fuego del infierno si Dios no lo hubiera mencionado primero? Cuando Dios ha hablado de modo tan claro, ¿quién puede atreverse a callar sobre ello?

No me atrevo a cerrar los ojos al hecho de que hay un profundo escepticismo en la mente de los hombres sobre el tema del infierno. Se ve la apatía e indiferencia de algunos: comen, beben y duermen como si no existiera la ira que se acerca. Veo la indiferencia de otros sobre el alma de sus vecinos, y cuán poca ansiedad hay para arrancar sus almas del fuego. Deseo denunciar esta infidelidad y escepticismo con todas mis fuerzas. Creo que el Señor nos reserva terrores, así como recompensas y llamo la atención a todos los que profesan creer en la Biblia, para que estén alerta.

Sé que algunos no creen que exista esto que llamamos infierno. Creen que es imposible que haya un lugar así. Dicen que no es compatible con la misericordia de Dios. Dicen que la mera idea del mismo es incomprensible. El diablo, naturalmente, se regocija ante estos puntos de vista. Los fomenta. Predican su doctrina favorita: «No pereceréis.»

Sé, además, que algunos creen en el infierno, pero no que sea eterno. Consideran que es increíble que un Dios compasivo pueda castigar a los hombres para siempre. No les cabe duda que al fin un día abrirá las puertas de la prisión. Esto también es una gran ayuda para la causa del diablo. «Tórnalo con calma -susurra a los pecadores-, si hacéis una equivocación, no será para siempre.»

Sé que algunos creen que hay infierno, pero no pueden aceptar que nadie vaya allí. Para ellos, todas las personas son buenas tan pronto como mueren: eran sinceros, bien intencionados, y todos, esperan, van al cielo. ¡Ay, qué corriente es esta ilusión! Puedo comprender los sentimientos de la niña que le preguntó a su padre dónde enterraban a los malos, «porque no se mencionaban sino cosas buenas en las losas de las tumbas».

Y sé muy bien que algunos creen que hay infierno, pero que nunca hablan de él. Es un tema que debe ser guardado para uno mismo. No ven ventaja en mencionarlo, y más bien les apena el que se haga. Esto es también de gran ayuda para el diablo. «Chitón, chitón -dice Satán-, no digáis nada sobre el infierno.» El cazador no quiere que se haga ruido cuando coloca sus lazos y sus trampas. El lobo prefiere que el pastor duerma mientras merodea alrededor del redil. El diablo se regodea cuando los cristianos se callan sobre el infierno.

Lector, todas éstas son las opiniones de los hombres. Pero, ¿qué valor tienen las opiniones de los hombres en lo religioso? No será el hombre quien nos juzgue en el último día. Las imaginaciones y tradiciones del hombre no han de ser nuestra guía en esta vida. Lo único que cuenta es: «¿Qué dice la Palabra de Dios?»

¿Crees en la Biblia? ¿Te fías de ella? Entonces, el infierno es real y verdadero. Tan verdadero como el cielo, como la justificación por la fe, como el hecho que Cristo murió en la cruz. No hay doctrina de la que no puedas empezar a dudar, si dudas del infierno. Si no crees en el infierno, estás desarticulándolo todo en la Escritura. Puedes, lo mismo da, echar la Biblia entera de una vez. Desde «no hay infierno» a «no hay Dios», va sólo una serie de pasos.

¿Crees en la Biblia? Entonces, puedes estar seguro que el infierno tendrá quien habite en él. Los malos ciertamente serán echados al infierno, y todas las personas que se hayan olvidado de Dios. Éstos irán al castigo eterno. El mismo bendito Salvador, que ahora está sentado en el trono de gracia, un día estará sentado en un trono de juicio, y los hombres verán «la ira del Cordero», Los mismos labios que dicen ahora: «Venid a mí», un día dirán: «¡Apartaos, malditos!» ¡Ay, qué terrible será ser condenado por el mismo Cristo, juzgado por el Salvador, sentenciado por el Cordero!

¿Crees en la Biblia? Entonces, puedes estar seguro, el cielo será una desgracia intensa e inexpresable. Es en vano decir que todas las expresiones sobre el mismo son figuras retóricas. El abismo, la prisión, el gusano, el fuego, la sed, la negrura, la oscuridad, el lloro, el crujir de dientes, la segunda muerte, todas éstas pueden ser figuras retóricas si quieres. Pero la Biblia quiere decir algo con las figuras, no cabe duda, y aquí significarán algo que la mente del hombre no puede concebir plenamente. ¡Oh, lector, la desgracia de la mente y la conciencia es mucho peor que la del cuerpo! Lo que abarca el infierno, los sufrimientos del presente, los amargos recuerdos del pasado, la perspectiva de un futuro sin esperanza, sólo podrán ser conocidos totalmente por aquellos que estén allí.

¿Crees en la Biblia? Entonces puedes estar convencido que el infierno es eterno. Tiene que ser eterno, o la Biblia no quiere decir lo que dice. Para siempre, por los siglos de los siglos, inextinguible, que nunca muere, éstas son las expresiones que

se usan sobre el infierno, y no hay manera de aderezarlas o interpretarlas. Si el infierno tiene fin, tiene que tenerlo el cielo también. Si eliminamos al uno, eliminamos al otro. Tiene que ser, pues de otro modo quedan socavadas las doctrinas del Evangelio. Si el hombre puede escapar del infierno al fin, sin fe en Cristo, o santificación del Espíritu, el pecado ya no es un mal infinito, y no había necesidad de que Cristo hiciera su expiación. Y ¿dónde hay garantía para decir que el infierno cambia un corazón o lo hace apto para el cielo? Tiene que ser eterno, pues de otro modo dejaría de ser infierno. Si se da esperanza a un hombre, puede tolerarlo todo. Si se le da esperanza de liberación, por remota que sea, el cielo no es sino una gota de agua. ¡Ah, lector, éstas son cosas solemnes! Bien dijo Carly: «PARA SIEMPRE es la palabra más solemne de la Biblia.» ¡Ay del día que no tiene mañana! El día en que los hombres buscarán la muerte y no la hallarán, en que desearán morir, pero la muerte huirá de ellos. ¿Quién puede morar con un fuego consumidor?

¿Crees en la Biblia? Entonces, ten por seguro que el infierno es un tema sobre el que no deberíamos callar. Es sorprendente que haya tantos textos sobre él en la Escritura. Es sorprendente observar que nadie hable más de él que nuestro Señor Jesucristo, el Salvador misericordioso, y el apóstol Juan, cuyo corazón está siempre lleno de amor. Puede ponerse en duda si los ministros del Evangelio hablan de este tema tanto como debieran. No puedo olvidar las palabras de un oyente moribundo de Newton: «Señor, me ha hablado con frecuencia de Cristo y de la salvación; ¿por qué no me ha recordado con más frecuencia el infierno y el peligro?»

Que los otros se callen sobre el infierno si quieren. Yo no he de hacerlo. Veo claramente, en la Escritura, que debo hablar de él. Temo que son a millares los que van por el camino ancho que conduce al infierno y quisiera despertarlos a todos, para que se den cuenta del peligro. ¿Qué dirías de un hombre que viera un amago de incendio en la casa del vecino, y no empezara a gritar: «¡Fuego, fuego!» ¿Qué se puede decir de los ministros, que han de velar por las almas y, con todo, ven el fuego del infierno rugiendo a la distancia, y nunca dan la alarma? Se puede decir que hablar del infierno es de mal gusto. Se puede decir que es caritativo hacer las cosas agradables y lisas, y calmar a los hombres con un arrullo de paz. Dios me libre de estas ideas de lo que es buen gusto y caridad. Mi idea es advertir a los otros del peligro que corren. El buen gusto en el ministro es declarar todo el consejo de Dios. Si no se habla del infierno, se esconde algo beneficioso al otro, y si yo lo hiciera, me consideraría como un cómplice del diablo.

Lector, te ruego, por pura misericordia, que apartes de ti estas ideas sobre el infierno, de las que hemos hablado. Sospecha de las doctrinas nuevas y extrañas sobre el infierno y la eternidad del castigo. No te hagas un Dios a tu gusto, un Dios que es todo misericordia, pero no justo; un Dios que es todo amor, pero no santo; un Dios que tiene un cielo para todos y no tiene infierno para nadie; un Dios que

permite que bien y mal anclen mezclados ahora y también por toda la eternidad. Este Dios es un ídolo tuyo, como Júpiter o Juggernaut, un ídolo como un cocodrilo e, una serpiente, un ídolo como los que antes hacían de bronce o de arcilla. Las manos de tu imaginación y tu sentimentalismo lo han forjado. No es el Dios de la Biblia, y aparte del Dios de la Biblia no hay ninguno. Tu cielo no sería cielo. Sería una aglomeración indiscriminada de individuos de todas clases, un centro de discordia. ¡Ay, qué eternidad tendríamos en un cielo así! No habría diferencia entre él y el infierno. Ah, lector, hay infierno. Un infierno para la paja. Cuidado, no vayas a descubrirlo, a tu costa, demasiado tarde.

Sé prudente y haz caso de lo que he escrito. No te hagas teorías imaginarias, para intentar, luego, hacer que la Biblia se compagine con ellas. No selecciones porciones de la Biblia para que se acomoden a tus gustos, rehusando, como un niño mimado, todo lo amargo. Que esto es, en el fondo, decirle a Dios que tú sabes mejor que r_1 lo que te conviene. Esto no tiene sentido. Tienes que aceptar la Biblia tal cual es. Debes leerla toda, y creerla toda. Tienes que ir a ella con el espíritu de un niño. No digas: «Creo este versículo, porque me gusta. No quiero aceptar este otro porque no me gusta. Esto lo tomo, porque lo entiendo. Rehusó aceptar aquello porque no lo puedo reconciliar con mis puntos de vista.» No. ¿Quién eres tú, hombre, que hablas así a Dios? ¿Con qué derecho dices cosas así? Sin duda, sería mejor que sobre cada capítulo de la Palabra dijeras: «Habla, Señor, que tu siervo escucha.» ¡Ah, lector, si los hombres hicieran esto no negarían la existencia del infierno, de la paja y del fuego.

Y ahora, lector, déjame decir cuatro cosas como conclusión. Te he mostrado dos clases de personas, el trigo y la paja. Te he mostrado la separación que tendrá lugar un día entre los dos. Te he mostrado la seguridad del pueblo de Dios. Te he mostrado la espantosa porción de los que no aceptan a Cristo y de los incrédulos. Encomiendo estas cosas a tu conciencia, a la vista de Dios.

1. Primero, deja claro en tu mente que las cosas de que he estado hablando son todas reales y verdaderas.

Creo que muchos no ven nunca las grandes verdades de la religión de esta manera. Nunca escuchan lo que los ministros del Evangelio les presentan como realidades. Les parece que son sólo palabras, nada más, una sombra por no decir una gran patraña. El mundo real es lo que ven, lo que dicen los periódicos, las personas, las naciones.

Todo esto les emociona. Pero en cuanto a la Biblia y el cielo, el reino de Cristo y el día del juicio, esto les deja fríos. No creen realmente en ello.

Lector, si esto es lo que piensas, te suplico que cambies de modo de pensar. Despiértate, date cuenta que las cosas que te he dicho son reales y verdaderas. Lo que está escrito en este papel es tan verdadero y real como el mismo papel que tienes en la mano. Yo creo en el cielo y creo en el infierno. Creo todas las cosas que te he dicho y no me avergüenza decirlo. Porque lo creo lo escribo. ¡Lector, acepta el consejo de un amigo, vive en consonancia con estas cosas, porque son verdad!

2. Deja claro en tu mente que las cosas que he escrito te afectan a ti. Son asuntos tuyos, te interesan.

Hay muchos que nunca miran la religión como si les afectara en lo más mínimo. Se comportan de modo correcto y apropiado. Leen libros religiosos y escuchan sermones. Hacen bautizar a sus hijos. Pero en el fondo se dicen: «¿En qué me afecta todo esto?» Se sientan en la iglesia como lo harían en un teatro. Los libros que leen son como informes, a veces interesantes. Pero es imposible hacerles comprender, como a David, que «Tú eres el hombre».

Lector, si piensas así no vas bien. Has de poner fin a ello si quieres ser salvo. Es a ti que escribo. No escribo para los ricos ni para los pobres, sino para el que quiera leer. Se trata de tu alma, no de la de otro. Este capítulo habla de ti. Tú perteneces o bien a la paja o bien al grano. Tu porción será el fuego o el granero. Sé prudente, no juegues frívolamente, viviendo el cristianismo a medias, con buena intención, pero no dando nunca el paso, pues te despertarás cuando ya será tarde.

3. Deja claro en tu mente que si estás dispuesto a ser un grano de trigo en la tierra, el Señor Jesucristo quiere recibirte.

¿Hay alguien que crea que Jesús no quiero ver lleno su granero, que no quiera llevar a muchos a la gloria? Si es así, no conoce su misericordia y compasión. Él lloró sobre la incrédula Jerusalén Y llora sobre los que viven de modo impenitente y descuidado hoy. Te invita por medio de este libro ahora. Te invita a escuchar y a vivir, y a abandonar tus necios caminos y seguir los caminos de sabiduría. «No tengo placer en la muerte del que perece. Volveos, volveos, ¿por qué moriréis?», dice el Señor.

Oh, lector, si nunca has acudido a Cristo pidiéndole vida, ¡ven a Él hoy! Ven a Él con la oración del penitente, pidiendo misericordia y gracia. Ven sin dilación. Ven a Él mientras el tema de estas páginas es todavía reciente en tu mente. Ven a Él antes que vuelva a salir el sol sobre la tierra, y haz que la nueva mañana te encuentre una nueva criatura.

Si estás decidido a tener el mundo y las cosas del mundo, sus placeres y premios, locuras y pecados, si has de seguir su camino y no puedes renunciar a nada por

Cristo y por tu alma, si éste es tu caso, sólo hay una perspectiva para ti en el futuro: tarde o temprano te hallarás en la condenación.

Pero si estás dispuesto a aceptar la salvación, Jesucristo está dispuesto a salvarte. «Ven a mí, alma cansada -dice-, y te daré descanso. Ven, alma culpable y pecadora, y te daré perdón gratuito. Ven, alma perdida y desgraciada, y te daré vida eterna.»

Oh, lector, que este mensaje sea una palabra a tiempo. Levántate y llama al Señor. Los ángeles del cielo se regocijarán por un alma más salvada. Deja que en los atrios del cielo resuenen las buenas nuevas de que ha sido hallada otra oveja perdida.

4. Que quede claro en tu mente, finalmente, que si has encomendado tu alma a Cristo, Él nunca va a permitir que perezca.

Los brazos eternos te rodearán. Descansa en ellos y tendrás seguridad. La misma mano que fue clavada te sostiene. La misma sabiduría que formó los cielos y la tierra está empeñada en sostener tu causa. El mismo poder que redimió a Israel de servidumbre, y el mismo amor que los llevó a Canaán ha prometido guardarte. Nuestra fe reposa en calma en la omnipotencia de Cristo.

Consuélate, creyente, que dudas. ¿Por qué estás abatido? El amor de Dios es un manantial que no se agota. La compasión de Jesús, un fuego que no se apaga. Consuélate. Tu corazón puede que sienta tristeza, pero siempre puedes regocijarte en el Señor.

Dices que tu fe es pequeña. Pero, ¿dónde dice que sólo será salvo el que tenga una fe grande? Después de todo: «¿Quién te dio la fe?» El mismo hecho de que tengas fe es algo para que te sientas animado.

Puede que digas que tus pecados son muchos. Pero no hay pecado que no pueda ser limpiado por la sangre de Jesús. Y lo mismo: «¿Quién te dijo que tenías pecados?» Este sentimiento nunca vino de ti. Bienaventurado aquel que sabe y siente realmente que es un pecador.

Cobra ánimo, digo una vez más, si has acudido realmente a Cristo. Cobra ánimo en tus privilegios. Echa todas tus cargas sobre Jesús. Dile lo que necesitas. Descarga sobre Él tus dudas, tus temores, tu ansiedad. Él quiere que lo hagas. Él es tu Sumo Sacerdote. Quiere ver que la gente cese en su vano empeño de llevar sus propias cargas.

Si eres trigo de Cristo ahora, estarás en el granero de Cristo después.

Capítulo 6

¿ERES UN HEREDERO?

ROMANOS 8:14-17

«Por que todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios.

»Pues no habéis recibido espíritu de servidumbre para recaer en el temor, sino que habéis recibido espíritu de adopción, como hijos, por el cual clamamos ¡Abba, Padre!

»El Espíritu mismo da juntamente testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios.

»Y si hijos, también herederos, herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con Él seamos glorificados.
»

Una vez has leído los versículos anteriores, te invito a que consideres conmigo una pregunta solemne: ¿Eres heredero de la gloria?

Fíjate bien en lo que pregunto. No estoy hablando de cosas que sólo afectan a los ricos, grandes y nobles. No te pregunto si has de heredar dinero o tierras. Sólo te pregunto si eres heredero de la gloria.

La herencia de que hablo es la única que realmente vale la pena poseer. Las otras son insatisfactorias y decepcionantes. Son causa de muchos cuidados. Pueden ser causa de mucha pena. No pueden aligerar tu conciencia ni evitar los problemas en la familia. No pueden prevenir las enfermedades, separaciones, muertes. Pero entre los herederos de la gloria, no puede haber decepciones.

La herencia de que hablo es la única herencia que podemos retener para siempre. Todas las demás las tenemos que abandonar a la hora de la muerte, si es que no nos las han quitado antes. Nadie se lleva a la otra vida sus posesiones materiales. La herencia de que hablamos es eterna.

La herencia de que hablo es la única que está al alcance de todos. Aun trabajando mucho toda su vida, pocos obtienen riquezas y grandeza, pero la gloria, honor y vida eterna son ofrecidas a toda persona de modo gratuito, si está dispuesto a aceptarlas en los términos prescritos por Dios. «Todo aquel que quiera» puede ser hecho heredero de la gloria.

Lector, si deseas tener porción en esta herencia, debes ser miembro de la familia, en la tierra, a la cual pertenece, esto es, a la familia de los verdaderos cristianos. Has de pasar a ser uno de los hijos de Dios en la tierra, si deseas tener parte en la gloria del cielo. Escribo para persuadirte que pases a ser un hijo de Dios hoy mismo, si no lo eres todavía. Escribo para persuadirte de que te asegures de ser un heredero, si en este momento sólo tienes esperanzas vagas, y nada más. Sólo los verdaderos cristianos son hijos de Dios. Sólo los hijos de Dios son herederos de la gloria. Préstame atención, mientras te presento estas verdades y te muestro las lecciones que contienen los versículos que hemos leído.

I. Déjame mostrarte la relación de todos los verdaderos cristianos a Dios. Son «hijos de Dios».

II. Déjame que te muestre las evidencias especiales de esta relación. Los cristianos son «guiados por el Espíritu». Tienen el «Espíritu de adopción». Tienen el «testimonio del Espíritu». «Sufren con Cristo.»

III. Déjame que te muestro los privilegios de esta relación. Los verdaderos cristianos son «herederos de Dios y coherederos con Cristo», y serán «glorificados juntamente» con Él.

I. Primero quiero mostrarte la relación de los verdaderos cristianos a Dios. Son HIJOS de Dios.

No encuentro una palabra más alta y consoladora que ésta. El ser siervo de Dios, súbditos, soldados, discípulos, amigos, todos éstos son títulos excelentes. Pero el de hijos de Dios es un paso más. ¿Qué dice la Escritura? «El siervo no queda en la casa para siempre; el hijo sí queda para siempre» (Juan 8:35).

El ser hijo de los ricos y nobles de este mundo, de príncipes y reyes, es considerado un privilegio. Pero el ser hijo del Rey de reyes, y Señor de señores, un hijo del Altísimo que habita en la eternidad, es algo más elevado todavía. P-sta es, con todo, la porción de todo verdadero cristiano.

El hijo de un padre terrenal espera de modo natural de su padre afecto, sostén, provisión y educación. Hay una casa siempre abierta para él. Hay el amor que no se extingue nunca completamente ni aun por la mala conducta del hijo. Todas estas cosas pertenecen al ser hijo en este mundo. Piensa en los grandes privilegios que el pobre pecador puede considerar como suyos si puede decir: «Dios es mi Padre.»

Pero, ¿cómo puede pasar a ser un hijo de Dios el hombre pecador? ¿Cuándo entra en esta gloriosa relación? No somos hijos de Dios de modo natural. No lo somos cuando venimos a este mundo. Nadie puede de este modo natural considerar a Dios

como su Padre. Es una herejía decir esto. Los hombres nacen poetas y pintores, pero no hijos de Dios. La Epístola a los Efesios dice: «Éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás» (Efesios 2:3). La Epístola de San Juan dice: «En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no practica justicia no es de Dios» (I Juan 3: 10). El Catecismo de la iglesia anglicana sigue con sabiduría la doctrina de la Biblia y nos enseña a decir: «Por naturaleza nacidos en el pecado, hijos de ira.» Sí, todos más bien hijos del diablo que hijos de Dios. El pecado se hereda, y pasa por la familia de Adán. La gracia, en cambio, no es hereditaria, y los santos, como es natural, no tienen hijos santos. ¿En qué forma, pues, y cuándo se realiza este cambio en el hombre? ¿Cuándo y en qué forma son transformados en hijos del Señor Omnipotente los pecadores?

Los hombres pasan a ser hijos de Dios el día que el Espíritu los guía a creer en Jesucristo para su salvación, no antes. (No nos referimos a los que mueren en la infancia o los anormales mentalmente.) ¿Qué dice la Epístola de los Gálatas? «Pues todos sois hijos de Dios mediante la fe en Cristo Jesús» (Gálatas 3:26). ¿Qué dice la Epístola a los Corintios? «Mas por obra suya estáis vosotros en Cristo Jesús» (1.a Corintios 1:30). ¿Qué dice el Evangelio de Juan? «A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios» (Juan 1: 12). La fe une el pecador al Hijo de Dios, y le hace uno de sus miembros. La fe hace que el Padre no vea mancha alguna en él y se complazca. La fe le une al Hijo de Dios, y le da derecho a ser considerado entre los hijos. La fe le da comunión con el Padre y el Hijo. La fe le injerta en la familia del Padre, y le abre las puertas de la casa del Padre. La fe le da vida en vez de muerte, hace de él un hijo en vez de un siervo. Si me muestras un hombre que tiene fe en Cristo, cualquiera que sea la iglesia o denominación a que pertenezca, te diré que es un hijo de Dios.

Lector, éste es uno de los puntos que no debes olvidar. Nosotros no sabemos nada de la filiación de un hombre hasta que cree. No hay duda que los hijos de Dios han sido predestinados y escogidos desde la eternidad. (Efesios 1:5). Pero, recuerda, no es hasta que son llamados que podemos estar ciertos de que son hijos. No es hasta que se arrepienten y creen que los ángeles de Dios se regocijan sobre ellos. Los ángeles no pueden leer el libro de la elección de Dios. Pero cuando ven que un pobre pecador se arrepiente y cree, hay gozo entre ellos, porque ha sido añadido un nuevo hijo al Padre en los cielos.

Lector, te advierto de lo ilusoria que es la idea que todos los hombres son igualmente hijos de Dios, tanto si tienen fe en Cristo como si no. Esta teoría que muchos aceptan hoy no puede ser probada por la Palabra de Dios. Es un sueño peligroso, con el que muchos quieren sosegarse, pero del que despertarán viendo ante sí una amarga realidad. Dios es, en cierto sentido, el Padre universal de toda la humanidad, esto no lo niego. Es el Creador de la humanidad, y a Él deben su ser todos los hombres, cristianos o paganos. Todo esto es verdad. Fue en este sentido

que Pablo dijo a los atenienses, con uno de sus poetas: «Somos también linaje suyo» (Hechos 17:28). Pero esta filiación no da al hombre derecho al cielo. La filiación que tenemos por creación es la misma que la de las piedras, animales y aun de los diablos.

No cabe duda que Dios ama a toda la humanidad con un amor de clemencia y compasión. Sus tiernas misericordias se extienden a todas sus obras. No quiere que nadie perezca, sino que vengan a arrepentimiento. No se complace en la muerte de los que mueren. Todo esto es así. En este sentido, nuestro Señor Jesús nos dice: «De tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él crea no se pierda, mas tenga vida eterna» (Juan 3:16).

Pero el que Dios sea un Padre perdonador para quienes no son miembros de su Hijo Jesucristo, y que todos son miembros de Jesucristo, aunque no crean en Él para su salvación, ésta es una doctrina que tengo que negar de modo rotundo. La santidad y justicia de Dios están contra esta doctrina. No es posible que el pecador se acerque a Dios si no es por un mediador. Dios, sin Cristo, es fuego consumidor. Todo el Nuevo Testamento está contra una doctrina así, que enseña que el hombre puede decir que posee intereses en Cristo, sin recibirle como su Mediador y sin creer en Él como su Salvador. Cuando no hay fe en Cristo es una presunción y locura el decir que un hombre puede considerar a Dios como su Padre. Dios es un Padre perdonador, pero sólo a los miembros de Cristo.

Es insensato decir que este punto de vista que defiende es estrecho de miras y cruel. El Evangelio deja la puerta abierta a todos. Sus promesas son amplias y plenas. Sus invitaciones tiernas e insistentes. Sus requisitos simples y claros. Sólo el que cree en el Señor Jesucristo, sea quien sea, puede ser salvo. Pero el decir que el hombre orgulloso, que no quiere doblar su cerviz al yugo de Cristo, o el mundano, que quiere hacer su vida de pecado, tengan derecho a reclamar sus intereses en Cristo y el derecho a llamarse hijos de Dios, esto es verdaderamente absurdo. Dios les ofrece ser su Padre, pero las condiciones son claras: a través de Cristo. El requisito es simple: tienen que encomendarle su alma y entregarle su corazón. Si rehúsan aceptar los términos no pueden llamar Padre a Dios. Dios es su Padre, y Cristo su Salvador, ¡bajo las condiciones estipuladas! No puede decirse que esto no sea razonable. ¿Por qué este orgullo? ¿Qué hay más opuesto de la santidad que una doctrina así? Lector, apártate de ella, aunque sea muy popular hoy. Se presenta de modo engañoso como si fuera caritativa y hermosa, la enseñan los poetas, los escritores y personas sentimentalistas. Cuidado, a menos que estés dispuesto a echar la Biblia por la borda y erigirte en más sabio que Dios. Mantente firme en el viejo terreno escritural. ¡No hay filiación sin Cristo! ¡Nadie tiene parte en Cristo sin la fe!

Quisiera que no hubiera necesidad de dar este aviso. Pero hay una escuela de teología hoy que, para mí, sólo fomenta la infidelidad y ayuda al diablo a captar y retener almas. Quiere profesar ser caritativa, generosa. Dios es todo misericordia y amor según ella. Su justicia y su santidad son puestas completamente de lado. No se habla nunca del infierno en ella. Sólo se habla del cielo. No se menciona la condenación. Todos los hombres son salvos. La fe y la obra del Espíritu se vuelven tan sutiles que no son nada. Todo el que piensa algo tiene el Espíritu. Todo el mundo va recto. Nadie tiene la culpa de algo malo que haya hecho. Los actos resultan de las circunstancias en que uno se encuentra. No se puede hacer a nadie responsable por sus opiniones, ¡como no lo es por el color de su piel! ¡Todo hombre tiene que ser lo que es! La Biblia es un libro imperfecto anticuado, caduco. Podemos creer de él lo que queramos, ¡no más! Lector, te pongo en guardia contra esta teología. A pesar de las palabras altisonantes: liberalidad, caridad, miras anchas, luz, liberación del fanatismo, etc., esta teología conduce al infierno.

Los hechos están en contra de los maestros de esta teología. Si subimos a las montañas hallamos rastros del diluvio de Noé. En la orillas del Mar Muerto vemos aguas amargas misteriosas. Miremos a los judíos desparramados por el mundo. Y luego que nos digan, si se atreven, que Dios es tan misericordioso y amante que nunca castiga el pecado.

La conciencia del hombre está en contra de estos maestros de modo directo. Que vayan al lecho de muerte de una persona y le consuelen con sus doctrinas. Que vean si con sus teorías pueden calmar su ansiedad sobre el más allá y permitirle partir en paz. Que nos muestren casos auténticos de gozo y felicidad en la muerte sin las promesas de la Biblia, sin conversión, y sin esta fe en la sangre de Cristo, que la teología antigua permite. ¡Ay, cuando el hombre va a dejar el mundo, su conciencia hace trizas de estos nuevos sistemas. La conciencia no se convence fácilmente en la hora de la muerte de que no existe el infierno.

Toda concepción razonable que podamos formar de un estado futuro va directamente en contra de estos maestros. Imagínate un cielo en que hubiera toda la humanidad. Imagínate un cielo en que hubiera santos e impíos, buenos y malos, juntos todos en promiscuidad. ¿Qué punto de contacto habría entre gente de una compañía así? ¿Qué simpatía y hermandad? ¿Qué deleite común en algún servicio? ¿Qué concordia, qué armonía, qué paz y unidad de espíritu? Sin duda, la mente se rebela ante la idea de que no se distinguiera entre justos e injustos, entre Faraón y Moisés, entre Abraham y los habitantes de Sodoma, entre Pablo y Nerón, entre Pedro y Judas Iscariote. Una eternidad así, entre una muchedumbre confusa, sería peor que la misma aniquilación. No sería mejor, desde luego, que el infierno.

Los intereses de toda santidad y moralidad van en contra de estos maestros. Si todos van a ir al cielo, vivan como vivan, ¿qué sentido tiene el esforzarse en pos de

la santidad? ¿Qué incentivo hay para vivir sobria, justa y piadosamente? ¿Qué importa la conducta del hombre si, después de todo, nadie va al infierno? Sin duda, los mismos paganos de Grecia y Roma nos enseñaban doctrinas mejores y más sabias que ésta. Ésta es una doctrina subversiva para la santidad y la moralidad. Es de la tierra, no del cielo; es del diablo, no de Dios.

La Biblia está en contra de ella también. Hay centenares de textos que se oponen diametralmente a esta teoría. Hay que rechazarlos si es que la Biblia se ha de ajustar a la teoría. En todo caso, la autoridad de la Biblia queda destruida. ¿Y qué nos dan en lugar de ella? Nada, absolutamente nada. Nos roban el pan de vida y nos dan una piedra en su lugar.

Lector, una vez más, te advierto contra esta teología. Recuerda que no hay herencia de gloria sin filiación de Dios. Y no hay filiación de Dios sin tener parte en Cristo. Y no se tiene parte en Cristo sin fe personal en Él. Ésta es la verdad de Dios. No la olvides.

¿Quién entre los lectores de este libro desea saber si es hijo de Dios? Pregúntate, hoy mismo, si te has arrepentido y crees. Mira si estás en relación de experiencia personal con Cristo, y te has unido a Él de corazón. Si no, puedes estar seguro que no eres hijo de Dios. No has nacido de nuevo todavía. Estás todavía en tus pecados. Dios es tu Padre por Creación pero no es un Padre con el que te hayas reconciliado y te haya perdonado. No importa que la Iglesia y el mundo digan lo contrario, aunque todos los ministros del Evangelio se pusieron de acuerdo en afirmarlo, tu filiación es sin valor a la vista de Dios. Que Dios sea verdadero y todo hombre mentiroso. Sin fe en Cristo no se es hijo de Dios no se ha nacido de nuevo.

¿Cuál de los lectores de este libro desea llegar a ser hijo de Dios? Que esta persona reconozca su pecado y acuda a Cristo para su salvación y en este día será colocado entre los hijos. Sólo reconociendo tu iniquidad, y aceptando la mano que Jesús te tiende, podrán ser tuyos la filiación y todos sus privilegios. Sólo confesando tus pecados y presentándolos a Cristo, pues Dios es fiel y justo para perdonarnos los pecados y limpiarnos de toda iniquidad. Hoy mismo las cosas viejas pasarán, y todas serán hechas nuevas. Hoy mismo serás perdonado, aceptado entre los amados. Hoy mismo recibirás un hombre nuevo desde el cielo. Al abrir este libro eras hijo de ira; podrás acostarte siendo hijo de Dios. Si tu deseo de filiación es sincero, estás contrito por tus pecados, hay consuelo para ti. Es prometido en las Escrituras, aunque lo hayas rechazado hasta ahora. No hay barreras entre ti y Dios. Puedo decirte: Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo, y serás un hijo. Hoy mismo.

¿Cuál de los lectores de este libro es ya un hijo de Dios verdadero? Gózate, pues tienes motivo para estar satisfecho y agradecido por tus privilegios. Recuerda las

palabras del apóstol: «Mirad qué amor tan sublime nos ha dado el Padre que podamos ser llamados hijos de Dios» (La Juan 3:1). ¡Qué maravilloso que los cielos miren a la tierra, que el santo Dios ponga su afecto en el hombre, y lo admita en su familia! Qué importa que el mundo no lo entienda. Qué importa que los hombres se burlen. Que se rían. Dios es tu Padre. No tienes de qué avergonzarte. Las instituciones del mundo pueden crear nobles, obispos, diáconos, pero nadie puede crear un hijo de Dios, o una dignidad superior a la de hijo de Dios. El hombre que puede llamar Padre a Dios, y Hermano mayor a Cristo, este hombre, por pobre y humilde que sea, no tiene de qué avergonzarse.

II. Déjame que te muestre, en segundo lugar, las evidencias especiales de la relación del verdadero cristiano con Dios.

¿Cómo puede estar seguro un hombre de su filiación? ¿Cómo puede averiguar si ha ido a Cristo con fe y ha nacido de nuevo? ¿Cuáles son las marcas, señales y pruebas por las que son conocidos los hijos de Dios? Ésta es una pregunta que todo los que aman la vida eterna deberían hacerse. Es un asunto al que los versículos de las Escrituras que voy a considerar, junto con otros, dan respuesta.

1. Los hijos de Dios son guiados por el Espíritu. ¿Qué dice la Escritura? «Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios» (Romanos 8:14).

Todos están bajo la guía y enseñanza de un poder que es todo poderoso, aunque invisible, a saber, el poder del Espíritu Santo. No van cada uno por su lado y a la luz de sus propios ojos siguiendo los deseos naturales del corazón. El Espíritu los guía. Hay un movimiento en su corazón su vida y afectos, que sienten, aunque no lo puedan explicar, y un movimiento que va siempre más o menos en la misma dirección.

Son apartados del pecado y de la propia justificación, así como del mundo. Ésta es la ruta por la que el Espíritu guía a los hijos de Dios. Dios enseña y entrena a los que adopta. Les muestra lo que es su corazón. Hace que se cansen de seguir sus caminos. Les hace desear la paz interior.

Son conducidos por Cristo. Son llevados a la Biblia, a la oración y a la santidad. Éste es el camino trillado a lo largo del cual los hace avanzar el Espíritu. Dios siempre santifica a aquellos que adopta. Les hace el pecado amargo y la santidad dulce.

Es el Espíritu el que los guía a Sinaí, y primero les muestra la ley, para quebrantar sus corazones. Es Él el que los guía al Calvario y les muestra la cruz, para que sus corazones puedan ser vendados y curados. Es Él que los dirige a Písga, y les da una vista distante de la Tierra de Promisión, para que sus corazones se animen.

Cuando son llevados al desierto, y se les hace ver su propia vaciedad, lo hace la guía del Espíritu. Cuando son llevados al Tabor, y elevados con visiones de la gloria venidera, lo hace la dirección del Espíritu. Cada uno de los hijos de Dios es objeto de esta guía. Cada uno cede voluntariamente a ellos. Y cada uno es dirigido por el camino recto, para que pueda llegar a la ciudad celestial.

Lector, que quede claro en tu corazón y no se borre. Los hijos de Dios son las personas guiadas por el Espíritu de Dios, y siempre conducidos más o menos en la misma dirección. Su experiencia coincidirá maravillosamente cuando comparen notas en el cielo. Ésta es una marca de la filiación.

2. Además, los hijos de Dios tienen los sentimientos de hijos adoptados hacia su Padre en el cielo. ¿Qué dice la Escritura? «Pues no habéis recibido espíritu de servidumbre para recaer en el temor, sino que habéis recibido espíritu de adopción, como hijos, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! »

Los hijos de Dios están libres del temor del esclavo hacia Dios, que el pecado engendra en el corazón natural. Son redimidos del sentimiento de culpa, que hizo que Adán se escondiera entre los árboles del huerto, y Caín se alejara de la presencia del Señor. Ya no le tienen miedo a la santidad de Dios, ni a su justicia y majestad. Ya no tienen la impresión de que hay un gran abismo o barrera entre ellos y Dios, como si Dios estuviera enojado con ellos, por causa de su pecado. Los hijos de Dios están libres de estas cadenas del alma.

Sus sentimientos hacia Dios son ahora de paz y con fianza. Ven a Dios como un Padre reconciliado en Jesucristo. Le ven como un Dios cuyos atributos están satisfechos por el gran Mediador y Pacificador, el Señor Jesús, como un Dios que es justo y que justifica a todos los que creen en Jesús. Como Padre, se acercan a Dios con libertad. Han cambiado el espíritu de servidumbre por el de libertad, y el espíritu de temor por el de amor. Saben que Dios es santo, pero ellos no tienen miedo. Saben que son pecadores, pero no tienen miedo. Aunque es santo, creen que Dios ha sido reconciliado por completo. Aunque son pecadores, creen que están revestidos de Jesucristo. Éste es el sentimiento de los hijos de Dios.

Estoy de acuerdo que algunos de ellos tienen este sentimiento más vívido que los otros. Algunos de ellos llevan consigo restos y migajas del antiguo espíritu de servidumbre, hasta el día de su muerte. Muchos tienen paroxismos de la antigua queja del viejo hombre, el miedo, que recurre a intervalos. Creo que serían muy pocos los hijos de Dios que no dijeran, si se les preguntara, que desde que conocen a Cristo sus sentimientos hacia Dios han sido muy distintos de los que tenían antes. Es para ellos como si se hubiera puesto en vigor entre ellos y su Padre en el cielo la antigua forma romana legal de adopción: «¿Quieres ser mi hijo?», a lo que sus corazones han replicado a Dios: « Quiero serlo.»

Lector, procura comprender esto también y no lo dejes. Los hijos de Dios son un pueblo cuyos sentimientos hacia Dios son distintos de los de los hijos del mundo. No sienten el temor del esclavo hacia Él. Lo consideran como un padre reconciliado. Ésta es, pues, otra marca de filiación.

3. También los hijos de Dios tienen el testimonio del Espíritu en su conciencia. ¿Qué dice la Escritura? «El Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios» (Romanos 8:16).

Tienen algo dentro de su corazón que les dice que hay una relación entre ellos y Dios. Algo que les dice que las cosas viejas pasaron y todas son hechas nuevas, que su culpa ha desaparecido, su paz ha sido restaurada, que el infierno del mundo no tienen: una esperanza positiva, razonable, cierta. Tienen lo que el apóstol Pablo llama el «sello» y «arras» del Espíritu (2.a Corintios 1:22; Efesios 1:13).

Lector, ni por un momento niego que este testimonio del Espíritu sea muy variado en cuanto a la extensión en que lo poseen los hijos de Dios. Para unos es claro y distinto, en la conciencia: «Yo soy de Cristo y Cristo es mío.» Para otros es un susurro tartamudeante y débil, que el diablo y la carne a veces casi imposibilitan oír. Algunos de los hijos de Dios avanzan rápidamente en su curso hacia el cielo con plena seguridad. Algunos son llevados de acá para allá en su camino, y apenas creen que tengan fe. Pero toma el más pequeño y débil de los hijos de Dios. Pregúntale si quiere renunciar a la esperanza religiosa que ha conseguido. Pregúntale si quiere cambiar su corazón con todas sus dudas y conflictos, y cambiarlo por el de alguien claramente mundano e indiferente. Pregúntale si estaría contento de regresar al mundo. Y la respuesta será: «No puedo hacerlo. No sé si tengo fe: no estoy seguro que tenga gracia: pero tengo algo dentro de mí de lo que no me quiero separar.» Y ¿qué es este algo? Te lo diré: es el testimonio del Espíritu.

Lector, trata de entender esto. Los hijos de Dios tienen el testimonio del Espíritu en su conciencia. Ésta es otra marca de filiación.

4. Me falta decir aún una cosa. Todos los hijos toman parte en los sufrimientos de Cristo. ¿Qué dice la Escritura? «Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con Él» (Romanos 8:17).

Todos los hijos de Dios llevan la cruz consigo. Tienen tribulaciones, pruebas y aflicciones, por las que tienen que pasar por causa del Evangelio. Pasan por pruebas en cuanto a los sentimientos (relaciones con los amigos). Tienen pruebas del mundo, de la carne y del diablo. Tienen pruebas en cuanto al carácter, calumnias, mofas, malentendidos. Tienen pruebas en cuanto a los intereses del mundo.

Muchas veces tienen que decidir si quieren agradar a los hombres y perder la gloria o ganar la gloria y ofender a los hombres. Tienen pruebas en su propio corazón. Tienen su espina en la carne, su demonio casero, que es el peor enemigo. Ésta es la experiencia de los hijos de Dios.

Algunos sufren mucho, otros poco, algunos de una forma, otros de otra. Dios les distribuye las porciones como sabio médico y no puede errar. Pero nunca, creo, hubo un sólo hijo de Dios que llegara al paraíso sin una cruz.

El sufrimiento es la comida de la familia de Dios. «El Señor, a quien ama, disciplina. Si estáis sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos y no hijos.» «Es menester que pasemos por muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios» (Hebreos 12:6, 8; Hechos 14:22). Cuando le dijo al obispo Latimer, el dueño de la casa en que vivía, que nunca había tenido una prueba, le contestó: «Entonces Dios no puede estar aquí.»

El sufrimiento es una parte del proceso por el cual los hijos de Dios son santificados. Son disciplinados para apartarlos del mundo y hacerles partícipes de la santidad de Dios. El Capitán de su salvación fue perfeccionado por medio de sufrimientos, y lo mismo ellos. Nunca hubo un gran santo que no tuviera grandes aflicciones. Felipe Melancthon dijo muy bien: «Cuando no hay cuidados y preocupaciones, generalmente no hay oraciones.»

Lector, trata de fijar esto en tu corazón. Los hijos de Dios tienen que llevar una cruz. Un Salvador que ha sufrido tiene discípulos que sufren. El Esposo era un varón de dolores. La esposa tiene que tener también experiencia de quebrantos. Benditos son los que lloran. No nos quejemos de la cruz. Éste es otro signo de filiación.

Lector, te advierto que nunca pienses que eres un hijo de Dios a menos que tengas las marcas escriturales de la filiación. No te fíes de la filiación sin evidencias. De nuevo te digo: Vigila. Cuando un hombre no puede mostrarme que tiene la guía del Espíritu, esto es, carece prácticamente del Espíritu de adopción, no tiene testimonio del Espíritu en su conciencia; no hay cruz en su experiencia, ¿es este hombre un hijo de Dios? ¡Dios no permita que yo diga que sí! Su lugar no se halla entre los hijos de Dios. No es heredero de la gloria.

No me digas que has sido bautizado y te han enseñado el Catecismo, y por tanto «tienes que ser» un hijo de Dios. Te digo que el registro de la parroquia no es el libro de la vida. Te digo que el ser considerado como hijo de Dios y llamado regenerado en la infancia según lo dice el libro de oración de la iglesia es una cosa; pero el ser un hijo de Dios de verdad es otra muy distinta. Lee el Catecismo otra vez. Es una «muerte al pecado y un nuevo nacimiento a la justicia» lo que hace a

los hombres hijos de la gracia. Si no tienes esto por experiencia, no eres hijo de Dios.

No me digas que eres miembro de la Iglesia de Cristo y que por tanto tienes que ser un hijo. Te contesto que los hijos de la Iglesia no son de modo automático hijos de Dios. Una filiación así no es la del capítulo ocho de Romanos. Ésta es la filiación que necesitas, si has de ser salvo.

Y ahora, me pregunto si algunos de los lectores de estas páginas quieren saber si pueden ser salvos sin el testimonio del Espíritu.

Contesto: Si por el testimonio del Espíritu quieres decir la plena seguridad de la esperanza, puedes ser salvo sin lugar a dudas. Pero si quieres saber si un hombre puede ser salvo sin tener el menor sentido interno, o conocimiento o esperanza de la salvación, te diré que, en general, no puede serlo. Te advierto claramente que resuelvas cualquier indecisión en cuanto a tu estado ante Dios, y que confirmes tu vocación. Aclara tu posición y relación. No creas que sea digno de elogio el dudar siempre. No creas que es prudente el vivir en la frontera, en terreno dudoso. «La seguridad se puede alcanzar», dijo un antiguo puritano. «¿Qué es lo que hemos estado haciendo toda nuestra vida, desde que nos hicimos cristianos, si no la hemos conseguido?»

No dudo que algunos de los verdaderos cristianos que leen estas páginas estarán dudando de la evidencia de su propia filiación, y se acusarán con amargura de sus deficiencias. Voy a tratar de darle ánimo. ¿Quién te dio los sentimientos que posees? ¿Quién te hizo aborrecer al pecado? ¿Quién te hizo amar a Cristo? ¿Quién hizo que desearas y te esforzaras para ser santo? ¿De dónde vinieron estos sentimientos? En el corazón del hombre natural no existen ¿Vinieron de la naturaleza? No es producen efectos así en el corazón del hombre natural. ¿Vinieron del diablo? El diablo, de buena gana ahogaría estos sentimientos. Así que, ten ánimo, no desmayes. No temas. Sigue adelante. Hay esperanza para ti. Esfuérzate. Trabaja. Pide. Llama. Sigue. Verás al fin que eres hijo de Dios.

III. *Déjame que te muestre, finalmente, los privilegios de la relación del verdadero cristiano con Dios.*

No se puede concebir nada más glorioso que la perspectiva de los hijos de Dios. Las palabras de la Escritura que encabezan este capítulo contienen una mina rica de cosas buenas y consoladoras: «Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo... para que seamos con él glorificados» (Romanos 8:17).

Los verdaderos cristianos son, pues, «herederos»; hay algo que está preparado para ellos y que todavía no ha sido revelado.

Son «herederos de Dios». Son «coherederos con Cristo». Participan de su majestad, tendrán parte en su gloria. Serán glorificados juntamente con Él.

Y recuerda que esto es para todos los hijos. Abraham procuró proveer para todos sus hijos, y Dios también provee para los suyos. Ninguno será desheredado. Ninguno será expulsado. Cada uno estará en su lugar, y tendrá su porción en el día en que el Señor lleve a sus hijos a la gloria.

Lector, ¿quién puede describir la plena naturaleza de la herencia de los santos en luz? ¿Quién puede decir la gloria que ha de ser revelada todavía y que será de los hijos de Dios? Fallan las palabras. La mente no puede concebirlo, ni la lengua expresar las cosas que están comprendidas en la gloria que ha de venir para los hijos del Señor Todopoderoso. En verdad dice el apóstol Juan: «Aún ha de manifestarse lo que hemos de ser» (1.1 Juan 3:2).

La misma Biblia sólo descubre un poco el velo que cubre este tema. ¿Qué más podría hacer? No podríamos entender bien nada más, aunque nos lo dijera. Nuestra constitución es todavía demasiado terrena, nuestra comprensión es todavía demasiado carnal para apreciar más, aunque lo viéramos. La Biblia en general trata de este tema en términos negativos sin darnos todos los detalles. Describe lo que no constituye esta gloriosa herencia, para que así nos formemos una leve idea de lo que será. Describe la ausencia de ciertas cosas, a fin de que podamos captar un poco la bienaventuranza de las que hay. Nos dice que esta herencia es incorruptible, inmaculada y que no desaparece. Nos dice que la corona de gloria no se marchita. Nos dice que el diablo será atado, y que no habrá más noche, ni maldición, que la muerte será echada en el lago de fuego, que nuestras lágrimas serán todas enjugadas, y que los habitantes del cielo no dirán más: «Estoy enfermo.» ¡Todas estas cosas son verdaderamente gloriosas! Sin penas, ni corrupción. Sin maldición del pecado. ¡Sin lágrimas, enfermedad, dolor o muerte! Ciertamente la copa de los hijos de Dios está rebosando.

Pero, lector, hay también cosas positivas que se nos dicen sobre la gloria venidera de los hijos de Dios, y no debemos olvidarlas. Son dulces consuelos, que los cristianos tienen que tener presentes. Como un cordial para el desmayado peregrino son las muchas expresiones de las Escrituras a que debemos recurrir en tiempo de necesidad.

¿Nos es agradable el conocimiento ahora? Es precioso lo que sabemos de Dios, de Cristo y de la Biblia, precioso para nuestras almas, y anhelamos saber más. Lo tendremos perfecto en la gloria. «Entonces conoceré como soy conocido» (I Corintios 13:12). ¡Bendito sea Dios, no habrá desacuerdos entre los creyentes! Episcopales y presbiterianos, calvinistas y arminianos, partidarios del bautismo infantil y defensores del de adultos... y así podríamos continuar. Todos veremos las

cosas del mismo modo, pues la ignorancia presente habrá desaparecido. Nos maravillaremos de lo infantiles y ciegos que hemos sido.

¿Es la santidad agradable ahora? ¿Es el pecado una carga y amargura en la vida? ¿Anhelamos la total conformidad a la imagen de Dios? La tendremos de modo perfecto en la gloria. ¿Qué dice la Escritura? «Cristo se entregó a sí mismo por ella (la Iglesia)... a fin de presentarla él a sí mismo como una Iglesia gloriosa, que no tenga mancha, ni arruga, ni cosa alguna semejante, sino que sea santa y sin mancha» (Efesios 5:27). ¡Oh, qué bienaventuranza decir un eterno adiós al pecado! ¡Esta incorregible corrupción que se pega a todos nuestros motivos, pensamientos, palabras y sanciones! Todo esto será cambiado.

¿Nos gusta el servicio ahora? ¿Desmayamos en él? ¿Anhelamos un mundo en que no haya siempre necesidad de vigilar y combatir? Lo tendremos perfecto en la gloria: «Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios» (Hebreos 4:9). El conflicto continuo con el mundo, el demonio y la carne llegará a su fin. El enemigo será atado. La lucha terminada. Los malos dejarán de causar dificultades. Los cansados alcanzarán el lugar de descanso. Allí tendrán reposo.

¿Nos gusta el servicio ahora? ¿Hallamos que es dulce trabajar para Cristo, aunque gimamos agobiados por la carga de un cuerpo débil? ¿Se ve nuestro espíritu impedido por una carne débil, a pesar de que está dispuesto? ¿Arde nuestro corazón dentro del pecho cuando hemos podido dar un vaso de agua en nombre de Cristo? ¿Hemos suspirado con tristeza al pensar en que somos siervos inútiles? Levanta el ánimo. Seremos perfectos en el servicio en la gloria, sin cansancio alguno. ¿Qué dice la Escritura? «Le servirán día y noche en su templo» (Apocalipsis 7:15).

¿Nos complacemos en la satisfacción que hallamos en Cristo ahora? ¿Hallamos el mundo vacío? ¿Anhelamos llenar los vacíos de nuestro corazón? Podremos hacerlo de modo perfecto en la gloria. Allí no habrá espinas en nuestras rosas, ni heces en nuestra copa. No tendremos que lamentarnos como Jonás, por la calabacera marchita. Ni decir con Salomón: «Vanidad de vanidades. Todo es vanidad y aflicción del espíritu.» No exclamaremos como el viejo David: «He visto fin a toda perfección.» Diremos con la Escritura: «Al despertar, me saciaré de tu semblante» (Salmo 17: 15).

¿Nos es agradable la comunión de los santos? ¿Nos sentimos felices cuando estamos con ellos? ¿Nos sentimos como en casa a su lado? Lo mismo haremos, pero de modo perfecto, en la gloria. ¿Qué dice la Escritura? «Enviaré el Hijo del Hombre a sus ángeles y recogerán de su reino todo lo que sirve de tropiezo y a los que hacen iniquidad.»

«Y enviará a sus ángeles con gran voz de trompeta, y reunirán a sus escogidos de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo o otro» (Mateo 13:41; 24:31). ¡Alabado sea Dios! Veremos a todos los santos de que habla la Biblia y es cuyos pasos hemos andado. Apóstoles, profetas, patriarcas, mártires, reformadores, misioneros y ministros, de los cuales el mundo no era digno. Veremos el rostro de los que hemos conocido y amado en Cristo en la tierra, y por cuya partida derramamos amargas lágrimas. Los veremos más brillantes y gloriosos que antes. Y lo mejor de todo, los veremos sin prisas, sin ansiedad, sin el sentimiento de que vamos a separarnos de ellos otra vez. ¡En la gloria no habrá muerte, ni partidas, ni separaciones!

¿Nos es agradable la comunión con Cristo ahora? ¿Hallamos su nombre precioso? ¿Sentimos arder el corazón al pensar en su gran amor? Estaremos en perfecta comunión con Él en la gloria. «Estaremos siempre con el Señor» (I Tesalonicenses 4:17). Estaremos con Él, en el paraíso. Veremos su faz, en el reino. Nuestros ojos contemplarán sus manos y sus pies, que fueron taladrados, y su cabeza, que fue cubierta de espinas. Donde Él está, estaremos nosotros. Cuando Él vuelva, sus hijos volverán con Él. Cuando se sienta en su gloria, se sentarán a su lado. ¡Bienaventurada perspectiva! ¡Estoy muriendo en un mundo que perece! ¡Todo es oscuro ante mí! ¡El mundo venidero es un puerto desconocido! Pero Cristo está allí y esto me basta. Ciertamente, hay descanso y paz siguiéndole por la fe en la tierra. Habrá más paz y descanso cuando le veamos cara a cara. Si hemos tenido por bueno el seguirle en la columna de nube y fuego en el desierto, hallaremos mil veces mejor el estar sentados en nuestra heredad eterna, con nuestro Josué, en la Tierra de Promisión.

Lector, si no perteneces a los hijos y herederos, siento compasión por ti. ¡Cuánto te pierdes! ¡De cuán poco consuelo disfrutas! Aquí estás luchando y esforzándote, afanándote por cosas meramente terrenas, persiguiendo sombras sin nunca alcanzarlas, considerando por qué no eres feliz, y rehusando ver la causa, hambriento y sediento, vacío y ciego a la plenitud que está a tu alcance. ¡Oh, si abrieras los ojos y fueras sabio! ¡Ojalá que escucharas la voz de Jesús!

Lector, si eres uno de los hijos y herederos, regocíjate. Puedes esperar, como Paciencia en «El Peregrino». Lo mejor aún no ha llegado. Puedes llevar la cruz sin murmurar. Tu leve aflicción durará sólo un momento. Tus sufrimientos presentes no son dignos de ser comparados con la gloria que ha de ser revelada. Cuando Cristo, nuestra vida, aparezca, entonces también aparecerás con Él en gloria. No tienes por qué envidiar a los transgresores en su prosperidad. Tú eres verdaderamente rico. Un miembro de mi iglesia dijo en su lecho de muerte: «Soy más rico que nunca.» Tú puedes decir, en el espíritu de Mefiboset cuando David regresó a Jerusalén: «Pueden llevárselo todo: mi rey vuelve en paz.» Puedes decir como Alejandro, cuando repartió a otros todas sus riquezas, y le preguntaron: «Y a ti, ¿qué te

quedará?» «Tengo esperanza.» No tienes por qué sentirte abatido por la enfermedad. Lo eterno en ti está seguro y bien provisto, suceda lo que suceda a tu cuerpo. Puedes contemplar la muerte con calma. Te abre la puerta a la herencia. No tienes por qué sentirte desolado ante las pérdidas de este mundo, pérdidas y cruces. El día de la gran reunión está a la vista. Tu tesoro no puede sufrir quebranto. El cielo está más lleno cada año de aquellos a quienes amas, y la tierra más vacía. Puedes gloriarte en tu herencia. Es tuya, toda suya, si eres hijo de Dios. «Y si hijos, también herederos.»

Y ahora, lector, para concluir este tema, déjame que te pregunte: «¿De quién eres hijo, de la naturaleza o de la gracia? ¿Eres un hijo del diablo o un hijo de Dios? No puedes ser los dos a la vez.

Decide este asunto porque tienes que morir al fin. Resuelve este asunto, porque es locura permanecer en duda. El tiempo es corto y te estás acercando al trono del juicio de Cristo. Resuelve, porque la muerte se acerca: el Señor está a mano, y ¿quién puede decir lo que nos traerá el día? Que no descanses hasta resolver esta cuestión. Que no tengas sosiego hasta que puedas decir: «He nacido de nuevo. Soy hijo de Dios.»

Lector, si no eres hijo y heredero de Dios, quiero invitarte a que pases a serlo. ¿Quieres ser rico? Hay riquezas inescrutables en Cristo. ¿Quieres ser noble? Serás un rey. ¿Quieres ser feliz? Tu paz sobrepasará todo conocimiento, y será una paz que el mundo ni puede dar ni quitar. Ven, toma tu cruz y sigue a Cristo. Sal de entre el mundo y escucha la Palabra de Dios: «Yo os acogeré, y seré para vosotros por Padre, Y vosotros me seréis por hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso» (2.a Corintios 6:18).

Lector, si eres hijo de Dios, te ruego que andes de modo digno de la casa de tu Padre. Te encargo solemnemente que le honres en tu vida, y sobre todo, que le honres obedeciendo de modo implícito todos sus mandamientos y amando de corazón a todos sus hijos. Esfuérzate en peregrinar por el mundo como un hijo de Dios y heredero de su gloria. Que los hombres puedan darse cuenta de la semejanza de familia que hay entre ti y el que te engendró. Vive una vida celestial. Busca las cosas de arriba. No te preocupes demasiado por tu nido aquí abajo. Compórtate como quien busca una ciudad invisible, como aquellos cuya ciudadanía está en el cielo, y que no se afectan mucho por las penalidades que pasan antes de llegar al hogar.

Procura sentirte hijo de Dios en toda condición en que Él te coloque. No olvides que estás en terrenos de tu Padre en tanto que te hallas en la tierra. No olvides que la

mano del Padre envía bienes y cruces. Echa tu carga sobre Él. Ten tu contento en Él. ¿Por qué tienes que estar triste si eres hijo de un Rey? ¿Por qué tienes que hacer dudar a los otros, cuando te miran, de si es agradable o no ser hijo de Dios?

Esfuérzate para portarte con los demás como un hijo de Dios. Sé irreprochable con todos. Busca la paz en cuanto te sea posible. Procura que tus propios hijos lo sean de Dios, por encima de todo. Procúrales una herencia en el cielo, además de todo lo que hagas para ellos aquí. Nadie deja a sus hijos tan bien provistos como el que los deja siendo hijos y herederos de Dios.

Persevera en tu vocación cristiana, si eres hijo de Dios, y sigue adelante. Deja todo obstáculo y el pecado que te asedia. Ten los ojos fijos en Jesús. Permanece en Él. Recuerda que sin Él no eres nada, y con Él lo puedes todo. Vela v ora diariamente. Mantente firme, inmovible y siempre abundando en la obra de Dios. No olvides que ni un vaso de agua dado en su nombre perderá su recompensa, y que cada año estás más cerca del hogar.

Un poco, y Él vendrá, y no tardará, Entonces habrá la gloriosa libertad y la plena manifestación de los hijos de Dios. Entonces el mundo reconocerá que los que se acogieron a Él fueron en realidad sabios. Entonces los hijos de Dios llegarán a su plenitud. Entonces vendrá la mayoría de edad. Ya no serán herederos en expectativa, sino herederos en posesión. Y oirán con gozo estas consoladoras palabras: «Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo» (Mateo 25:34). ¡Sin duda, aquel día lo compensará todo!

Que el que lea estas páginas pueda ver el valor de la herencia de la gloria y hallarse en posesión de ella a su debido tiempo. Éste es el deseo de mi corazón v mi oración.

Capítulo 7

«MOSTRAD CELO»

GÁLATAS 4: 18

«Bueno es mostrar celo en lo bueno siempre.»

El tema que vamos a considerar es de gran importancia. Es el tema del celo religioso.

Es un tema que, como muchos otros en religión, es a veces mal entendido. Muchos se avergonzarían de ser considerados «celosos». Muchos piensan que las personas que muestran celo son como dijo Festo de Pablo: «Estás fuera de ti. Estás loco» (Hechos 26:24).

Pero no se puede esquivar este tema si se es un lector de la Biblia. Si hacemos de la Biblia nuestra regla de fe y de conducta, no podemos ponerlo de lado. ¿Qué dice el apóstol Pablo de Tito? Cristo «se dio a sí mismo por nosotros, para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo de su propiedad, celoso de buenas obras» (Tito 2:14). ¿Qué dice el Señor Jesús a la iglesia de Laodicea? «Sé, pues, celoso, y arrepiéntete» (Apocalipsis 3:19).

Lector, lo digo claramente, quiero defender la causa del celo en la religión. No tengo miedo de él. Lo amo y lo admiro. Creo que es una gran bendición. Quiero atacar el cristianismo soñoliento, fácil y perezoso en estos días, que no ven belleza en el celo, y que sólo usan esta palabra como objeto de reproche. Quiero recordar a los cristianos que «celoso» (en griego Zelotes) fue el nombre que Jesús dio a uno de los apóstoles, y que les persuadió a ser celosos.

Préstame, pues, atención mientras hablo sobre el celo. Escúchame por amor a ti mismo, por amor a la Iglesia de Cristo, por amor al mundo. Escúchame, y verás que ser celoso es ser sabio.

I. Voy a mostrarte en primer lugar qué es celo en la religión.

II. Voy a mostrarte cuándo se puede llamar celoso propiamente a un hombre en religión.

III. Voy a mostrarte por qué es bueno que un hombre sea celoso en religión.

I. Primero voy a contestar la pregunta: «¿Qué es celo en la religión?»

Celo en la religión es un deseo ardiente de complacer a Dios, de hacer su voluntad, de hacer aumentar su gloria en el mundo, en todas las formas posibles. Es un deseo que el hombre no siente por naturaleza, que el Espíritu pone en el corazón de todo creyente cuando se convierte, pero que algunos creyentes sienten más que otros, tanto, que sólo éstos pueden ser llamados celosos.

Este deseo es tan fuerte que cuando domina a un hombre lo impele a hacer cualquier sacrificio: a soportar cualquier sufrimiento, a negarse a sí mismo, trabajar

denodadamente, gastarse si es necesario en el empeño, incluso morir, si con ello puede agradar a Dios y dar honor a Cristo.

Una persona celosa en religión es de modo preeminente una persona dedicada a una cosa. No basta con decir que es sincero, decidido, íntegro, ferviente de espíritu. Sólo ve una cosa, tiene interés en una cosa, vive y está absorbido por una cosa, y esta cosa es agradar a Dios. No hay nada más que le importe, las riquezas o la enfermedad, sufrir ofensas, que le tengan por sabio o necio, que le den la culpa de algo o le alaben y lo honren, al hombre celoso todo esto no le importa nada. Sólo quiere agradar a Dios y aumentar su gloria. Sólo cuando trabaja en ello está contento. Se considera una lámpara que ha de arder, consumirse para ser lo que debe ser. Para esto le ha designado Dios. Esta persona siempre encuentra oportunidad para desplegar su celo: si no puede predicar y trabajar y dar dinero, suspira, llora y ora. Si está enfermo en cama pondrá dificultades al progreso del pecado por medio de la intercesión. Pero no cesará nunca. Esto es lo que llamo celo en la religión.

Esta característica, la dedicación total a una causa la han mostrado muchos grandes hombres; pongamos como ejemplo Alejandro, Cromwell, Napoleón. Se lanzaban impetuosamente en su empeño. No les importaba nada más. Todo lo otro lo ponían de lado. Este hábito mental, aplicado al servicio del Señor Jesús, da por resultado el celo religioso.

Vemos también este rasgo en grandes hombres de ciencia: Arquímedes, Galileo, Newton. Enfocaban todo el poder de su mente en un solo punto, y se abstraían de todo lo demás. Éste es el secreto de sus éxitos. Este hábito mental consagrado al servicio de Dios es el celo religioso.

Otros, con esta característica, se hacen ricos y acumulan fortunas, que luego tendrán que dejar. Se concentran totalmente en su negocio, descuidan todo lo demás por amor al mismo. Le dan su atención, sus pensamientos, su tiempo. Se dedican cuerpo, alma y mente al negocio. No viven para nada más. Este hábito mental al servicio de Dios y de Cristo da lugar al celo religioso.

Además, querido lector, este hábito mental, este celo ora la característica de todos los apóstoles. Pongamos por ejemplo a Pablo. Oigamos lo que dice al dirigirse a los ancianos de Efesio por última vez: «De ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar solemne testimonio del Evangelio de la gracia de Dios» (Hechos 20:24). Escucha lo que escribe a los Filipenses (3:13): «Una cosa hago: olvidando lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo hacia la meta, para conseguir el premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.» Vemos que Pablo, el día de su conversión, renuncia a un brillante porvenir,

todo por amor a Cristo, y se lanza a predicar al Mismo Jesús a quien antes despreciaba. Le vemos ir acá para allá por el mundo, en medio de persecuciones, oposición, prisiones, cadenas, aflicciones, llegando a punto de muerte, y al fin sellando su fe con su sangre, ya que murió en Roma, como mártir del Evangelio que hab proclamado durante tanto tiempo. Esto es verdadero celo.

Ésta era también la característica de los cristianos primitivos. Eran hombres de los cuales hablaban en contra todo el mundo. Tenían que esconderse en cuevas y catacumbas. Con frecuencia perdían todo lo que tenían en el mundo por causa de su religión. Generalmente lo que con seguían era la cruz, la persecución, la vergüenza y el reproche. Pero raramente se hacían atrás. Si no podían con vencer a sus adversarios con argumentos, por lo menos podían morir y demostrar sus convicciones. Vemos a Ignacio dirigiéndose al lugar donde iba a ser devorado por los leones, diciendo por el camino: «Ahora empiezo a ser discípulo del Maestro. » Oigamos a Policarpo delante del gobernador romano, diciendo con osadía cuando le dijeron que negara a Cristo: «Durante ochenta y seis años he servido a Cristo, y nunca me ha ofendido en nada, y ¿ahora queréis que vitupere a mi Rey?» Esto es verdadero celo.

Ésta era también la característica de Martín Lutero. Desafió las jerarquías más poderosas que el mundo había visto hasta entonces. Puso al descubierto la corrupción de la Iglesia con dedo inflexible. Predicó la verdad olvidada de la justificación por la fe a pesar de los anatemas y excomunicaciones, que le caían encima como granizo.

Vedle en la Dieta de Worms, defendiendo su causa ante el emperador, el legado del papa y una hueste de hijos de este mundo. Oídle diciendo, cuando trataban de disuadirle de seguir adelante en su camino a Worms y le recordaban el martirio de Huss: «Aunque haya un demonio debajo de cada teja en los tejados de Worms, en el nombre del Señor iré.» Esto es verdaderamente celo.

Ésta fue también la característica de los reformadores ingleses. Tenemos al primer reformador, Wycliffe, que echado de su lecho de enfermedad, dijo a los frailes que querían que se retractara de lo que había dicho ante el papa: «No voy a morir, sino a vivir, para denunciar las villanías de los frailes.» Tenemos a Cranmer, contento de morir en la hoguera antes que negar el Evangelio de Cristo, extendiendo la mano con que en un momento de debilidad había firmado una retractación Y metiéndola en las llamas primero: «¡Esta mano indigna, primero!» Tenemos al viejo Latimer, de pie sobre la leña, a la edad de setenta años, diciendo a Ridley: «¡Ánimo, hermano Ridley!

Ésta es también la característica de todos los grandes misioneros. Vemos a Mrs. Judson, a Carey, a Morrison, Schwartz, Brainerd y Elliot. Vemos a Henry Martyn, un

hombre que había alcanzado los mayores honores en Cambridge, que podía elegir cualquier profesión con deslumbrantes posibilidades de éxito. Volvió la espalda a todo y se fue a predicar el Evangelio a los paganos. Descendió a la tumba joven aún, en un país extraño. Cuando llegó allí y vio la condición de la gente, dijo: «Podría tolerar que me hicieran pedazos si con ello oyera los sollozos de penitencia de esta gente, si pudiera ver los ojos de la fe dirigidos al Redentor.» Esto es celo.

Pero, lector, para apartarnos de todos los ejemplos terrenales, recuerda que ésta fue de modo preeminente la característica de nuestro Señor y Salvador Jesucristo mismo. De Él se escribió, centenares de años antes de su venida al mundo, que «se cubrió de celo como de manto» (1saías 59:17), «el celo de tu casa me ha consumido». Y sus propias palabras fueron: «Mi comida es hacer la voluntad de mi Padre y que termine su obra» (Juan 4:34).

¿Dónde empezaremos si hemos de dar ejemplos de su celo? ¿Dónde terminaremos una vez hayamos empezado? Podemos seguir los relatos de su vida en los cuatro Evangelios. Leer la historia de su ministerio desde el principio al fin. Sin duda fue el ejemplo perfecto de su celo. Él es nuestro ejemplo en todo, nuestra Cabeza, nuestro Sumo Sacerdote, el Gran Pastor, el Señor Jesucristo.

Lector, si estas cosas son así, deberías procurar que tu celo no decayera, pero, además, deberías evitar que el celo decayera en tu presencia. Cuando es inoportuno y mal dirigido, puede ser calamitoso pero si se encauza a fines elevados, entonces es una gran bendición. El celo, como el fue go, fuera de control es un amo avasallador, pero como el fuego también, bien dirigido, es un de nuestros mejores siervos. No escuches a los que hablan del celo como debilidad y entusiasmo. No escuches a los que no ven hermosura en las misiones, que se ríen de todos los esfuerzos para la conversión de las almas, que dicen que las sociedades para enviar el Evangelio al mundo son inútiles, que consideran la propagación del Evangelio locura y fanatismo. No te unas al griterío de los que condenan al mismo Señor Jesucristo. Vigila, no sea que hables contra Aquel que nos «ha dejado un ejemplo para que sigamos sus pasos.»

Temo que muchos cristianos profesos hoy, si hubieran vivido en los días en que nuestro Señor y sus discípulos andaban sobre la tierra, habrían llamado entusiastas y fanáticos a Jesús y a sus seguidores. Hay muchos que tienen más en común con Anás y Caifas, con Pilato y Herodes, con Festo y Agripa que con Pablo y con el Señor Jesucristo.

II. Paso ahora al segundo punto de que quiero hablar. ¿Cándo es un hombre verdaderamente celoso en religión?

No hay ninguna gracia que Satanás no haya conseguido falsificar. Nunca hubo una moneda que los falsificadores no hayan imitado. Una de las grandes ideas de Nerón fue coser a los cristianos dentro de pieles de animales salvajes y luego azuzarles los perros. Una de las ideas de Satán es colocar copias falsas de las gracias del creyente delante de los ojos de los hombres, a fin de conseguir que las verdaderas gracias sean despreciadas. Ninguna gracia ha sufrido tanto en esta forma como el celo. De ninguna ha habido tantas falsificaciones. Hemos, pues, de limpiar el terreno de toda clase de basura y desechos. Hemos de averiguar primero cuándo el celo en la religión es realmente bueno, verdadero, de Dios.

1. Lector, si el celo es auténtico, será un celo según conocimiento. No puede ser ciego, ignorante, sino razonable e inteligente, que pueda mostrar la base escritural de cada paso que dé. Los judíos inconvertidos tenían celo. Pablo dice: «Puedo dar testimonio de que tienen celo de Dios, pero no según conocimiento.» Saulo tenía celo cuando era un fariseo que perseguía a los cristianos. Dice de sí mismo dirigiéndose a los judíos: «Celoso de Dios, como hoy lo sois vosotros» (Hechos 22:3). Manasés, que sacrificó a sus propios hijos al fuego, a Moloc, tenía celo, quería expiar el pecado de su alma. Santiago y Juan tenían celo cuando querían hacer descender fuego del cielo sobre un poblado samaritano, pero el Señor los reprendió. Lo mismo, Pedro cuando cortó la oreja de Malco, pero se equivocaba. Bonner y Gardiner tenían celo cuando quemaron a Latimer y a Cranmer. Para ellos era justicia. Eran celosos, aunque de una religión no basada en la Escritura. Los miembros de la Inquisición de España tenían celo cuando torturaban a otros hombres, y les daban muerte por no retractarse de sus convicciones. Al hacer avanzar la solemne procesión hacia la hoguera, lo llamaban un «acto de fe», y creían prestar servicio a Dios. Los hindúes que se echaban bajo las ruedas del carro de Juggerrikut, que aplastaban su cuerpo, ¿no tenían celo? Las viudas indias que eran quemadas en la pira funeraria de sus esposos difuntos; los católicos romanos que perseguían a los valdenses, y echaban a hombres y mujeres desde rocas y precipicios porque eran herejes, ¿no tenían celo? Los sarracenos, los cruzados, los jesuitas, los anabaptistas de Munster, los seguidores de Joanna Southcote, ¿no tenían celo? Sí, sí. No lo niego. Todos éstos tenían celo sin la menor duda. Pero su celo no era el celo que Dios aprueba, no era «celo conforme a conocimiento».

2. Además, si el celo es auténtico, tiene que ser celo por motivos verdaderos. La sutileza del corazón es tal que los hombres con frecuencia hacen cosas bien hechas, por motivos malos en sí. Amasías y Joás, reyes de Judá, son prueba de ello. De la misma manera, un hombre puede tener celo sobre cosas buenas y rectas, pero por motivos de segundo orden, y no con el deseo de complacer a Dios. Este celo no vale nada. Es defectuoso. No llega al peso cuando es colocado en las balanzas de Dios. El hombre sólo piensa en la cantidad de obra hecha. Dios considera el corazón del que la hace.

Hay que considerar lo que se llama el espíritu de partido. Es del todo posible que un hombre se muestre incansable en fomentar los intereses de su propia iglesia o denominación, y con todo no tenga gracia en su propio corazón; se halle dispuesto a morir por ciertas opiniones de su propia sección del cristianismo y carezca de amor verdadero a Cristo. Un celo así era el de los fariseos. «Recorréis el mar y la tierra para hacer un prosélito, y cuando llega a serlo, le hacéis dos veces más hijo del infierno que vosotros» (Mateo 23:15). Este celo no es auténtico.

Hay otra forma de celo que es mero egoísmo. Hay ocasiones en que al hombre le interesa mostrarse celoso en religión. A veces las personas piadosas son tenidas en más respeto y consideración o poseen otras ventajas que los demás les conceden. Las cosas buenas de este mundo a veces se consiguen llevando la capa de la religión. Y cuando éste es el caso, no falta el falso celo. Tal era el celo de Joab, cuando ser-vía a David. Y el de muchos ingleses, en los días de la «Commonwealth», cuando los puritanos estaban en el poder.

Hay otra forma de celo por amor a la alabanza. Éste era el celo de Jehu, cuando destruía el culto a Baal. Recordemos que cuando encontró a Jonadab le dijo: «Ven conmigo y verás mi celo por el Señor.» Éste es el celo que menciona Bunyan en El Peregrino cuando habla de algunos que fueron «por alabanza» al monte de Sión. Algunos se nutren de la alabanza de sus compatriotas. Prefieren tenerla de los cristianos que no tenerla.

Lector, es triste y humillante y prueba la corrupción del hombre que no haya grado de abnegación y sacrificio personal a que no se someta el hombre por motivos falsos. Del hecho que alguien «dé su cuerpo para ser quemado», o «entregue todos sus bienes para alimentar a los pobres», no se sigue que su religión sea verdadera. El apóstol Pablo nos dice que un hombre puede hacer todas estas cosas y carecer de la verdadera caridad. No se sigue del hecho que el hombre vaya al desierto, y se haga un ermitaño, que sepa lo que es verdadera abnegación. No se sigue del hecho que haya personas que se encierren detrás de muros en monasterios y conventos, o se hagan incluso hermanas de la caridad, el que conozcan la verdadera crucifixión de la carne y el sacrificio personal tal como lo ve Dios. Todas estas cosas las pueden hacer por motivos o principios falsos. Puede que con ello satisfagan su orgullo o su amor a ser notados, pero no lo hacen por el verdadero motivo que es la gloria de Dios. Todo este celo hemos de hacernos cargo que es falso. Es de la tierra, no del cielo.

3. Además, si el celo es auténtico, será un celo sobre cosas conforme a la voluntad de Dios, y sancionado por ejemplos claros de la Palabra de Dios. Tomemos por ejemplo la forma de celo más elevada y mejor: me refiero al celo por nuestro crecimiento personal en la santidad. Este celo hará que el hombre sienta incesantemente que el pecado es el mayor de los males, y que la conformidad a

Cristo es la mayor de las bendiciones. Hará que considere que no se debería abstener de hacer nada que contribuyera a mantenerse en contacto íntimo con Dios. Hará que esté dispuesto a cortarse la diestra, o arrancarse un ojo, o hacer cualquier sacrificio con miras a obtener una comunión más íntima con Jesús. ¿No es esto lo que vemos en el apóstol Pablo? Pablo dice: «Trato severamente a mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo proclamado a otros, yo mismo venga a ser reprochado.» «Yo mismo no considero haberlo ya alcanzado, pero una cosa hago, olvidando lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo hacia la meta» (I Corintios 9:27; Filipenses 3:13, 14).

Pongamos otro ejemplo: el celo por la salvación de las almas. Este celo hace que el hombre arda en deseo de iluminar la oscuridad que cubre las almas de las multitudes y llevar a todo hombre, mujer y niño a que vea el conocimiento del Evangelio. No es esto lo que vemos en el Señor Jesús? Se dice que Él no se daba descanso, ni aun para comer, y que tampoco lo tenían los discípulos (Marcos 6:31). ¿No es esto lo que vemos en el apóstol Pablo? Dice: «A todos me he hecho todo, para que de algún modo salve a alguno» (I Corintios 9:22).

Pongamos otro ejemplo: el celo contra las prácticas pecaminosas. Este celo hace que el hombre aborrezca lo que Dios aborrece, y procure barrerlo de la faz de la tierra. Le hará celoso de la honra y gloria de Dios, y así considerará todo lo que las disminuye como una ofensa. ¿No es esto lo que vemos en Fineas, el hijo de Eleazar, o en Ezequías y Josías, cuando exterminaron la idolatría?

Pongamos otro ejemplo: celo para mantener puras las doctrinas del Evangelio. Este celo hará que el hombre aborrezca la enseñanza no escritural, del mismo modo que aborrece el pecado. Hará que considere el error religioso como una pestilencia que debe ser controlada a toda costa. Le hará escrupulosamente cuidadoso de toda jota y tilde del consejo de Dios, para que no se desvirtúe el Evangelio por alguna omisión o error. ¿No es esto lo que vemos en Pablo en Antioquia, cuando resistió a Pedro a la cara, porque era digno de represión? (Gálatas 2:11). Éstas son las cosas en las cuales se emplea el celo auténtico y legítimo. Este celo, entendámoslo bien, da honor a Dios.

4. Además, si el celo es genuino, será un celo templado por la caridad y el amor. No será un celo acerbo. No será una fiera enemistad contra las personas. No será celo pronto a tomar la espada y dar golpes con armas carnales. Las armas del verdadero celo no son carnales sino espirituales. El verdadero celo aborrece al pecado, pero ama al pecador. El verdadero celo aborrece la herejía, pero ama al hereje. Rompe el ídolo pero compadece al idólatra. Aborrece la maldad, pero se esfuerza en hacer bien incluso al más ruin de los transgresores. El verdadero celo advertirá, como Pablo advirtió a los gálatas, y al mismo tiempo será tierno, como una madre con el hijo que yerra. Pondrá al descubierto a los falsos maestros, como

hizo Jesús con los escribas y fariseos, pero llorará con ternura, como hizo Él mismo sobre Jerusalén, cuando se acercó a ella por última vez. El celo verdadero será decidido como un cirujano que trata una pierna gangrenada, pero será suave y amable como el que venda las heridas a un hermano. El verdadero celo habla con osadía contra el mundo, Y no se preocupa de quién se ofende; pero se esfuerza en todo lo que dice, en decir la verdad con amor.

5. Además, si el celo es verdadero, irá unido a una profunda humildad. Un hombre verdaderamente celoso será el último en descubrir la grandeza de sus propios logros. Todo lo que es y hace quedará tan corto de sus deseos que estará saturado de un sentimiento de inutilidad, y asombrado de que Dios quiera obrar por medio de él. Como Moisés, cuando descendió del monte, no se dará cuenta de que su rostro resplandece. Como los justos, en el capítulo veintiocho de Mateo, no se habrá dado cuenta de sus propias buenas obras. El doctor Buchanan, elogiado por todos, uno de los primeros que emprendió la defensa de la causa de los paganos, dedicó su vida a despertar a los cristianos dormidos para que vieran la importancia de las misiones. Con todo, dice en una de sus cartas: «No sé si nunca he tenido lo que los cristianos llaman celo.» Whitefield fue uno de los predicadores más celosos del Evangelio que ha conocido el mundo; ferviente en espíritu, en sazón y fuera de sazón, era una luz ardiente y resplandeciente, por la cual a millares se volvieron a Dios. Dice, después de predicar treinta años: «Señor, enséñame la manera de empezar.» M'Cheyne fue una de las mayores bendiciones que Dios ha enviado a la iglesia de Escocia. Un ministro con un deseo insaciable de salvar almas. Pocos han hecho tanto como él, aunque murió a los veintinueve años. No obstante, dice en una de sus cartas: «Nadie sino Dios sabe qué abismo de corrupción hay en mi corazón. Es una maravilla asombrosa que Dios pudiera bendecir mi ministerio.» ¡Ah, lector, donde hay jactancia hay poco celo verdadero!

Lector, te pido de modo especial que recuerdes la descripción del celo auténtico que acabo de darte. Es celo según conocimiento, celo por verdaderos motivos, celo motivado por ejemplos de la Escritura, celo templado por la caridad, celo acompañado de humildad, éste es el verdadero celo, el que Dios aprueba. De este celo tú y yo nunca podremos tener demasiado.

Te pido que recuerdes la descripción, debido a los tiempos en que vivimos. Vigila, no supongas que la sinceridad sola puede compensar la falta de celo verdadero; no creas que, a pesar de la ignorancia, un hombre puede ser celoso a la vista de Dios, con tal que sea sincero. Hay una generación en estos días que hace un ídolo de lo que llaman «sinceridad» en la religión. Éstos consideran que un «hombre sincero» es intachable. Sean las que sean sus opiniones teológicas, con tal que el hombre sea sincero, basta para estas personas; no preguntan nada más. Esta gente pasa por alto toda cuestión de detalle de doctrinas y cuestiones sobre palabras y nombres, que son causa de discordia entre los cristianos. Lo único que les interesa

es la sinceridad. Esta virtud, para ellos, cubre multitud de pecados. Tengo que advertirte de modo solemne que te guardes de una doctrina espuria así. En el nombre del Evangelio y de la Biblia protesto de esta doctrina, que dice que la mera sinceridad hace a un hombre sincero, celoso y pío a la vista de Dios.

Estos idólatras de la sinceridad quieren convencernos que Dios no hace diferencia entre la verdad y el error, que el verdadero estándar, la Biblia es un libro tan oscuro que nadie puede hallar la verdad simplemente acudiendo a ella. Desprecian la Palabra, la Palabra escrita, y por tanto están equivocados.

Estos idólatras de la sinceridad quieren que condenemos a los testigos de la verdad y a los que se oponen a las doctrinas falsas, desde los tiempos del Señor Jesús hasta nuestros días. Los escribas y fariseos eran sinceros, y a pesar de ello nuestro Señor se opuso a ello. Y, ¿nos atreveremos a decir que habría sido mejor que los hubiera dejado en paz? La reina María y Bonner y Gardiner eran sinceros cuando restauraban el papismo y trataban de destruir el protestantismo, y con todo, Ridley y Latimer se opusieron a ellos hasta la muerte. ¿Y nos atreveremos a decir que, como los dos bandos eran sinceros, los dos tenían razón? Los adoradores del diablo y los idólatras hoy en día son sinceros, y nuestros misioneros se esfuerzan por eliminar sus errores. ¿Nos atreveremos a decir que la sinceridad los llevara al cielo y que los misioneros que van a los países paganos y católico-romanos harían mejor quedándose en casa? ¿Vamos a admitir realmente que la Biblia no nos muestra la verdad? ¿Vamos a poner esta vaga noción llamada «sinceridad» en lugar de Cristo, y defender que ningún hombre sincero puede equivocarse? Dios no permita que cedamos ante una doctrina así. Me horroriza una teología semejante. Doy mi solemne aviso de estar alerta para no dejarse arrastrar, porque es una teoría común y seductora en nuestros días. Es sólo una forma nueva de un antiguo error que dice que un hombre «no puede equivocarse si su vida es recta». Admira el celo. Búscalo. Elógielo Y estímulo. Pero que el celo sea verdadero. Procura que el celo que admiras en los demás sea un celo «según conocimiento», un celo por motivos rectos, que pueda dar capítulo y versículo de la Biblia donde se funda. Cualquier otro celo es falso. No ha sido encendido por el Espíritu Santo.

III. Paso ahora al tercer puesto. Quiero mostrar por qué es bueno que un hombre sea celoso.

Es cierto que Dios nunca da al hombre un mandamiento cuya obediencia no sea en interés del hombre, aparte de que es su deber obedecerlo. Nunca pone una gracia ante su pueblo creyente por medio de la cual los suyos no hallen su mayor felicidad en seguirla. Esto es verdad de todas las gracias del carácter cristiano. Quizá esto es verdad de modo especial en el caso del celo.

El celo es bueno para la propia alma del creyente. Todos sabemos que el ejercicio es bueno para la salud y que el ejemplo regular de los músculos y de las extremidades contribuye al confort físico y aumenta el vigor del cuerpo. Ahora bien, lo que el ejercicio hace para el cuerpo lo hace el celo para las almas. Ayuda en gran manera a aumentar los sentimientos de gozo, paz, bienestar y felicidad. Nadie se goza más en Cristo que aquellos que son celosos de su gloria, celosos de la forma en que ellos mismos andan, tiernos en cuanto a su conciencia, llenos de afán por las almas de los demás, siempre velando, obrando, esforzándose para extender el conocimiento de Jesucristo sobre la tierra. Estos hombres viven a plena luz del sol, y por tanto su corazón está siempre caliente. Estos hombres riegan a los otros, y al hacerlo se riegan a sí mismos. Su corazón es como un jardín refrescado diariamente por el rocío del Espíritu Santo. Honran a Dios y por ello Dios les honra a ellos.

Que nadie se equivoque al leer esto. No quiero que parezca que hablo con ligereza de los creyentes corrientes. Sé que el Señor se complace en todos los suyos. No hay uno, del mayor al menor en el reino del cielo, del recién nacido al guerrero veterano en la lucha contra Satanás, en quien el Señor Jesucristo no se complazca. Todos somos hijos suyos, y por débiles que seamos, se compadece de sus hijos, como un padre. Todos somos plantas en su jardín, plantadas por su mano, y aunque algunas crezcan raquílicas, el jardinero ama lo que ha plantado y Jesús ama a los pobres pecadores que confían en Él. Pero al decir esto creo también que el Señor tiene un placer especial en aquellos que son celosos de Él, los que le dan cuanto tienen: cuerpo, alma y espíritu, para extender su gloria en el mundo. A ellos se revela como no lo hace a los otros. Les muestra cosas que los otros no ven. Los bendice, los anima con consolaciones espirituales que los otros sólo conocen de oído. Son hombres gratos a su corazón porque son más como Él que los demás. Por otra parte, nadie tiene más gozo y paz en sus convicciones, más consuelo en su religión que los que son celosos, sinceros, íntegros y devotos. Por amor a sus propias almas, si no por otra razón, es bueno ser celoso, ser celoso en la religión.

Lector, así como el celo es bueno de modo individual, es también bueno para la Iglesia profesada de Cristo, de modo general. No hay nada que dé vida a la verdadera religión como la levadura de los cristianos celosos esparcidos por la Iglesia. Como la sal, evitan que el cuerpo entero caiga en estado de corrupción. Sólo esta clase de cristianos pueden avivar a las iglesias cuando decaen. Es imposible exagerar la deuda que todos los cristianos debemos al celo. La mayor equivocación de los que rigen la Iglesia es hostigar a los cristianos celosos. Al hacerlo se quitan la sangre de sus propias venas, y aceleran la declinación y muerte de la Iglesia.

El celo es en verdad la gracia que Dios parece deleitarse en honrar. Mira la lista de los cristianos que han sido eminentes por su utilidad. Los que han dejado huellas más profundas en la Iglesia de su día. Los hombres de Dios que han edificado los muros de Sión. No suelen ser hombres de estudios sino hombres celosos.

El obispo Latimer no era un erudito tan profundo como Cranmer o Ridley. No conocía a fondo los Padres como ellos. Rehusaba entrar en argumentos y discusiones sobre la antigüedad. Se adhería a la Biblia. Sin embargo, no hay reformador en nuestro país que haya dejado una impresión más duradera en la nación que el vicio Latimer. ¿Cuál es la razón? El simple celo.

Baxter el puritano no podía compararse a algunos de sus contemporáneos en talante intelectual. Sin embargo, pocos ejercieron una influencia tan amplia en la generación en que vivieron. ¿La razón? Su celo ardiente.

Whitefield, Wesley, Berridge y Venn no podían presentar logros mentales comparables a los de los obispos Butler y Watson. Pero el efecto que produjeron en su pueblo es superior al de cincuenta Butlers juntos. Salvaron a la Iglesia de Inglaterra de la ruina. Y, ¿cuál fue el secreto de su poder? Su celo.

Estos hombres estaban en encrucijadas de la historia de la Iglesia. Eran inmovibles ante las tempestades de oposición y persecución. No tenían miedo a quedarse solos. No les importaba que se interpretaran mal sus motivos. Contaban todas las cosas como pérdida por amor a la verdad. Sólo se preocupaban de una cosa: la gloria de Dios y defender su verdad en el mundo. Eran fuego que se propagaba a los otros. Estaban despiertos y sacudían a los otros. Vivos, y vivificaban a los otros. Trabajaban siempre y avergonzaban a los demás que trabajaran como ellos. Dieron al mundo algo de la fragancia del cielo.

En un sentido, el celo es contagioso. No hay nada más útil para los cristianos que ver a otro vivo realmente, un hombre de Dios verdaderamente celoso. Puede que se mofen de él y le critiquen. Puede que no le entiendan, pero sin que ellos se den cuenta un hombre celoso les hace bien. Les abre los ojos. Les obliga a ver su propia esterilidad. Les fuerza a pensar: «¿Qué estoy haciendo?» Un cristiano celoso puede hacer mucho bien. Uno solo en la ciudad, en la congregación, en la familia. Pone en marcha a los otros. Las palabras del apóstol: «Vuestro celo ha estimulado a la mayoría» (II Corintios 9:2), son una mina de verdad.

Pero, así como el celo es bueno para la Iglesia y para los individuos, es bueno también para el mundo. ¿Dónde estarían nuestras misiones locales, y toda otra clase de actividades de carácter social de la iglesia? ¿Qué sería de nuestras sociedades para desarraigar la ignorancia y el pecado y para recobrar las almas perdidas? ¿Dónde estarían estos gloriosos instrumentos para el bien, si no fuera por El celo ha dado existencia a estas instituciones y las mantiene activas. El celo evita que se amodorren y al crecer empiecen a contemporizar con el mundo. El celo levanta nuevos obreros cuando los anteriores son recogidos en el granero de Cristo.

¿Qué sería de las masas ignorantes que pululan en nuestras enormes ciudades si no fuera por el celo cristiano? Los gobiernos no hacen nada hoy día por ellas. No se pueden hacer leyes para resolver sus problemas. La vasta mayoría de los cristianos profesos no tienen ojos para ver, son como el sacerdote y el levita que pasan de largo. Pero el celo tiene ojos para ver, corazón para sentir y cabeza para pensar. Tiene, también, lengua para suplicar, manos para trabajar y pies para viajar. Así se pueden rescatar almas. El celo sólo piensa que hay almas que perecen. El celo siempre espera que llegara a «poseer la tierra». El celo no espera a que le den una mano, ni que el hacer buenas obras se ponga en moda. Va adelante solo y confía que los demás seguirán. ¡Ah, lector, cuánto le debe el mundo al celo de los cristianos! ¡Cuántos crímenes ha evitado y cuánto descontento y desobediencia a la ley ha impedido! ¡Cuántas almas ha salvado! ¡Por amor al mundo, esforzaos más, cristianos celosos!

Cuidado con poner trabas al celo. Hay que estimularlo. Procura encender este fuego en tu propio corazón. No eches agua fría sobre las almas celosas. Si eres padre, no pongas dificultades a tus hijos; si eres ministro, a tus miembros. Es un tallo celestial: no lo aplastes, por amor a Cristo. El celo puede hacer equivocaciones, puede necesitar dirección, control y aviso. A veces causa daño en su propio campo, como los elefantes en las antiguas campañas de guerra. Pero un mundo corrupto, frío y desgraciado como el nuestro lo necesita. Es imposible obrar con osadía sin herir las susceptibilidades de algunos. Knox alarmó a los de su generación en muchas formas, pero, al fin, causó mucho más beneficio a la causa cristiana que el daño que causó con algunos de sus actos, como el derribar los monasterios de Escocia. La Iglesia necesita estímulo, que se la epolee; raramente necesita freno, que se mitigue su ardor.

En resumen, quiero tratar de aplicar este terna a la conciencia de los lectores. Es un tema de advertencia, un tema estimulante, de ánimo, según sea el estado de nuestro corazón. Deseo que Dios me ayude a dar su porción a cada lector.

1. Primero quiero dar un aviso a todos los que no han hecho una decidida profesión religiosa. Son a millares y millares los que se hallan en esta condición. Lector, si eres uno de ellos, el tema ante ti es un solemne aviso. ¡Que el Señor en su misericordia incline tu odio a recibirlo!

Te pregunto con afecto: ¿Qué tal es tu celo en la religión? Con la Biblia delante, me atrevo a preguntar. Pero con tu vida delante, tiemblo mientras espero la respuesta. Te pregunto otra vez: ¿Qué celo tienes para la gloria de Dios? ¿Dónde está tu celo para extender la causa del Evangelio de Cristo por el mundo? Celo que era la característica del Señor Jesús, de los ángeles, que brilla en los cristianos destacados; ¿dónde está tu celo, lector inconvertido? Sabes bien que no existe. No ves hermosura en él. Es despreciado por muchos y probablemente tu también lo

desechas. No tiene lugar en la religión de tu alma. Tú también tienes celo, pero se aplica en otras direcciones: a lo terrenal, a las cosas del tiempo, no a la gloria de Dios. No es celo para la salvación de las almas. Tienes celo para leer el periódico, pero no la Biblia. Para repasar tu cuenta corriente, pero no el Libro de Vida. Celo por tu familia, tus placeres, tus negocios, pero no celo de Dios, del cielo y la eternidad.

Lector, si éste es tu caso, despierta te ruego, para que veas tu gran locura. No vas a vivir para siempre. No estás preparado para morir. Despierta, sé celoso y arrepíentete. Mira el daño que causas. Pones argumentos en la boca de los infieles con tu frialdad. Ayudas al diablo. No eres consecuente, pues las cosas eternas son más importantes y digna de celo que las temporales y materiales. ¡Despierta: Ve a leer tu Biblia descuidada! Lee el Nuevo Testamento. Su contenido te hará sentir celo por tu alma. Mira la cruz de Cristo. Ve cómo derrama su preciosa sangre por ti, cómo ofrece su alma por el pecado, para que tú, hermano pecador, no perezcas, sino que tengas vida eterna. Ve a la cruz, y no descanses hasta que sientas celo por tu propia alma, celo por la gloria de Dios, celo por la extensión del Evangelio por el mundo.

2. Déjame luego decir algo para despertar a los que dicen ser cristianos pero que son tibios en la práctica de su religión. Son demasiados, lamento decir, los que se encuentran en este estado. Lector, si eres uno de ellos hay mucho en este tema que requiere que escudriñes tu corazón.

Déjame hablar a tu conciencia. Quiero preguntarte estas cosas con afecto de hermano. ¿Dónde está tu celo? ¿Dónde está tu celo por la gloria de Dios y para la extensión del Evangelio por el mundo? Sabes bien que es muy escaso. Es una débil chispa, que apenas tiene existencia, y que puede expirar fácilmente. Éste no debería ser tu estado. Hijo de Dios, eres redimido a un precio glorioso, la preciosa sangre de Cristo, eres un heredero de la gloria, algo que no hay lengua que pueda ponderar con justicia; deberías ser otra clase de hombre. Tu celo no debería ser tan pequeño.

Éste es un tema penoso y lo toco sólo porque me considero obligado. Al hacerlo, tengo presente que yo no doy mucho provecho tampoco. Sin embargo, debo decir la verdad. La verdad es que muchos creyentes en nuestros días parece que hacen más daño que beneficio. Hay muchos que abundan en objeciones, pero son estériles en acciones: sólo sirven para echar agua al fuego cristiano. Al mirar alrededor, en la Iglesia de Cristo, uno puede casi pensar que ya ha venido el reino de Dios, al considerar el ínfimo celo con que sus miembros proclaman su venida. ¿Se hace ya la voluntad de Dios en la tierra? Es inútil mostrar la apatía de los creyentes en su deber que se haga esta voluntad. Las sociedades misioneras y benéficas carecen de apoyo, en el extranjero y en nuestro propio país. Hay suscripciones prometidas que no son entregadas ¿Es esto generosidad cristiana?

¿Es celo? ¿Qué diremos de la falsa doctrina que se introduce en las iglesias, sin que nadie se esfuerce por cerrarle el paso y a la que sólo se opone un vago deseo general de que sería mejor que no existiera. ¿Es esto celo? Se contentarían los apóstoles con este estado de cosas? Yo diría que no.

Lector, si tu conciencia es culpable de contribuir a estas deficiencias, te llamo, en el nombre del Señor, para que te despiertes, te arrepientas y tengas celo. El celo no tiene que confinarse a los bancos y a las tiendas. Lo necesitamos en la Iglesia de Cristo, para enviar el Evangelio a los paganos, para extenderlo en los países católico romanos, para iluminar todos los lugares oscuros en el mundo. Nunca ha habido tantas puertas abiertas sin que nadie aproveche estas oportunidades para hacer bien. Me da pena que algunos rehúsen ayudar a la obra religiosa si creen que hay alguna mancha, aunque sea casi invisible, en el instrumento por medio del cual tiene que realizarse la obra. A este paso no haríamos nunca nada. Hay que resistirse a este impulso, si uno lo siente. Se trata de una añagaza de Satán. Es mejor hacer la obra con instrumentos débiles que no hacerla. En todo caso, procura hacer algo por Dios y por Cristo, algo contra la ignorancia y el pecado. Da ofrendas, recógelas, enseña, exhorta, visita, ora, haz según Dios te capacite. Basta con que te des cuenta de que puedes hacer algo, y te decidas a hacerlo, sea lo que sea. Si tienes sólo un talento no lo entierres. Trata de vivir de modo que cuando no estés te echen de menos.

Piensa en las almas preciosas que perecen mientras tú estás durmiendo. Interésate en tus propios conflictos si quieres, y analiza tus propios sentimientos, y tus deficiencias, pero recuerda durante todo este tiempo que hay almas que van al infierno y que tú podrías salvarlas si trabajaras, dieras ofrendas, escribieras, suplicaras y oraras. ¡Oh, despierta, sé celoso y arrepiéntete!

Piensa en lo corto del tiempo. Pronto te irás. No tendrás oportunidad para hacer obras de misericordia en el otro mundo. En el cielo no habrá personas ignorantes a las que se pueda instruir, o inconvertidos a los que puedas rescatar. Todo lo que hagas tienes que hacerlo ahora. ¿Cuándo vas a empezar? Despierta, sé celoso y arrepiéntete.

Piensa en el demonio y en su propio celo para causar daño. El viejo Bernard dijo que «Satán se levantaría en juicio contra algunas personas en el último día, porque él había mostrado más celo para destruir almas que ellos en salvarlas». ¡Despierta! Sé celoso y arrepiéntete.

Piensa en el Salvador, y en su celo por ti. Piensa en Getsemaní, y el Calvario, en que derrama su sangre por los pecadores. Piensa en su vida y su muerte, en sus sufrimientos y sus obras. Todo esto fue hecho por ti. ¿Qué vas a hacer tú por Él?

¡Oh, decide que ha llegado el momento de que trabajes y dediques tu vida por la causa de Cristo. Despierta, sé celoso y arrepiéntete.

3. Finalmente, quiero animar a los lectores de estas páginas que son cristianos celosos verdaderos.

Sólo quiero hacerles una petición y es la de que perseveres. Te ruego que no te vuelvas atrás de tus primeras obras, que no dejes tu primer amor, que no se diga que lo primero fue mejor que lo último. No te dejes enfriar. Basta con que te entregues a la indolencia y estés quieto para que tu voluntad pierda pronto su ardor. Pronto serás una persona distinta de ahora. ¡Lector!, no creo que ésta sea una advertencia innecesaria.

Puede ser verdad que los creyentes jóvenes no suelen ser prudentes. Pero no lo es menos que los cristianos viejos celosos son muy raros. No creas nunca que quizá hagas demasiado, que vas a gastarte o gastar demasiado por la causa de Cristo. Hay cien mil que no hacen bastante por cada uno que hace demasiado. Piensa más bien que se acerca la noche, cuando nadie puede trabajar, y dedícate a tu obra, la que sea, como si fuera la última oportunidad. Pon tu corazón en las palabras de aquel noble jansenista que cuando le dijeron que debía descansar un poco contestó: «¿Por qué? ¿No tenemos toda la eternidad para descansar?»

No temas el reproche del hombre. No desmayes cuando te injurien. No hagas caso de los que te llamen fanático, entusiasta, loco y necio. No hay nada vergonzoso en estos nombres. Han sido aplicados con frecuencia a los hombres más sabios y dignos. Si sólo has de ser celoso cuando te alaben por ello, tu celo va a durar poco. No te preocupes de la alabanza o el ceño fruncido de los hombres. Hay algo más valioso que todo ello y es la alabanza de Dios. Sólo debes hacerte una pregunta respecto a tus acciones: «¿Cómo serán juzgadas en el día del juicio?»

Lector, pongo estos pensamientos delante de ti y te pido seriamente que los consideres.

Si no eres una persona celosa, ruego a Dios que te conceda esta gracia. Si lo eres, ora para que tu celo sea incrementado en tanto vivas.

Capítulo 8

GEORGE WHITEFIELD

Conferencia dada ante la Sociedad de Jóvenes de la Iglesia de Inglaterra, en Freemasons' Hall, en Londres, el 26 de enero de 1852.

Hay muchos hombres cuya grandeza nadie disputa. Descuellan sobre el resto de la humanidad, como las pirámides, el Partenón o el Coliseo entre los edificios. Se trata de hombres como Lutero y Agustín, Gustavo Adolfo y George Washington, Colón y Newton. El que pone en duda su grandeza se muestra ignorante, parcial o excéntrico. La opinión pública ha llegado a la conclusión de que son grandes hombres.

Pero también hay grandes hombres cuya reputación se halla ahora sepultada bajo un montón de mala voluntad y malentendidos. El mundo no los aprecia porque no conoce su valor real. Sus retratos han sido pintados por la mano de sus enemigos. Sus faltas han sido exageradas. Sus cualidades han sido maliciosamente suprimidas. Como las esculturas que los arqueólogos desentierran, necesitan que alguien quite montañas de desechos para que sus nombres aparezcan al mundo bajo su justa perspectiva. Puede decirse esto de Wickliffe. Lo mismo de Oliver Cromwell y muchos de los puritanos. Y otro es George Whitefield, del cual pienso hablar ahora.

Hay pocos hombres cuyo carácter haya sufrido tanto por la ignorancia y las falsedades como el de Whitefield.

Casi todo lo que nosotros, sus compatriotas, conocemos de él hoy es que era un famoso metodista, un aliado de John Wesley en el siglo pasado; y que le seguía mucha gente ignorante, por su predicación: muchos le consideraban un entusiasta y un fanático.

Pero que fue uno de los principales campeones de la religión «evangélica» en nuestro propio país en el siglo xviii: que fue uno de los predicadores más poderosos y efectivos conocidos; que fue un hombre de extraordinaria integridad y devoción a los intereses de la verdadera religión; que era un clérigo ordenado regular de la iglesia de Inglaterra, y habría trabajado siempre en la Iglesia, si la Iglesia no le hubiera cerrado las puertas con un criterio errado; de todas estas cosas hay pocos que estén enterados. Y con todo, después de examinar con calma su vida y sus escritos, estoy convencido que ésta es la verdadera historia que debería contarse de George Whitefield.

Mi principal deseo hoy es facilitar el poder formar una apreciación justa del valor de Whitefield. Deseo dar una mano con miras a levantar su nombre del humilde lugar que se le ha asignado. Deseo colocarle ante vuestros ojos como un ejemplo noble

de lo que la gracia de Dios puede permitir hacer a un hombre. Quiero que su nombre sea atesorado en vuestra memoria como uno de los más brillantes en la compañía de santos ya partidos, que fueron en su día ejemplo de buenas obras, y de los cuales el mundo no era digno.

Me propongo, pues, daros un breve bosquejo de los tiempos de Whitefield, de su vida, de su religión, de su predicación y de la obra real de Whitefield en la tierra.

1. La historia de los tiempos o época de Whitefield debería ser contada en ocasiones como la presente. Sin ella nadie puede formar opinión del hombre o de sus actos. La conducta en una época puede parecer precipitada, exagerada, indiscreta y en otra, prudente, sabia y aun necesaria en absoluto. Al formar opinión de los méritos relativos de un cristiano, es conveniente no olvidar la antigua regla: «Hay que distinguir entre diferentes épocas» Hay que colocarse en la posición del hombre. No se puede juzgar de lo que parecía un curso de acción recto en otros, cuando lo que parece un curso recto a seguir puede haber variado.

Ahora bien, el período en que vivió Whitefield era, sin duda, el peor de los que hemos conocido en nuestro país desde la Reforma protestante. Nunca hubo una mayor equivocación que el hablar de los «buenos tiempos pasados». Los años del siglo xviii eran «malos tiempos» sin la menor duda. Whitefield nació en 1714 y murió en 1770. Es justo decir que éste fue precisamente el período más oscuro que Inglaterra ha atravesado durante los últimos trescientos años. Es difícil concebir una condición más deplorable en el país en cuanto a la religión, moralidad y principios, que en la época que va desde 1700 hasta la era de la Revolución francesa.

El estado de cosas, por lo que se refiere a la religión vital en la iglesia establecida, sólo puede compararse a un esqueleto, congelado o paralizado. Había los formularios, honrados por la tradición, que había provisto la sabiduría de los reformadores. Había los servicios y lecciones de la Escritura, en el mismo orden que tenemos ahora. Pero en cuanto a la predicación del Evangelio en la iglesia establecida, no había prácticamente nada. Las doctrinas distintivas del cristianismo - la expiación, la obra y oficios de Cristo y el Espíritu eran prácticamente desconocidas. La mayoría de los sermones eran ensayos morales lamentables, completamente incapaces de despertar, convertir, salvar o santificar las almas. La maldición del negro día de San Bartolomé parecía descansar sobre la Iglesia. Por lo menos, un siglo después de echar a dos mil de sus mejores ministros en Inglaterra, nuestra iglesia establecida no había prosperado aún.

Había algunos obispos entendidos y hombres de conciencia en esta época, no cabe duda. Estos hombres eran Secker, Gibson, Lowth, Warburton, Butier y Horne. Pero incluso el mejor de ellos confundía tristemente los requerimientos de la época en que vivía. Gastaban sus fuerzas escribiendo apologías del cristianismo, y

contendiendo con los infieles. No podían ver que sin la predicación directa de las doctrinas esenciales del Evangelio de Cristo, su labor era vana. Y en cuanto a la mayoría de los obispos, eran capaces de mal negativo, pero incapaces de bien positivo; hábiles para parar lo que consideraban desorden, pero niños en su capacidad para promover un orden real, capaces de reprimir intentos súper celosos de evangelización, pero débiles para poner en acción ningún remedio para los males de su época, con vista de águila para errores de liturgia, pero ciegos como murciélagos ante la avalancha de indolencia y doctrinas falsas de que estaban inundadas las diócesis.

Había muchas personas cultas, respetables y honorables entre los clérigos de las parroquias en este período, no es posible negarlo. Pero pocos, entre ellos, predicaban a Cristo crucificado con simplicidad y sinceridad. Muchos, cuyas vidas eran decentes y morales, eran notorios arios, si no socinianos. Muchos estaban absorbidos en pesquisas seculares; ni hacían bien ellos mismos ni querían que otros lo hicieran por ellos. Cazaban, bebían, juraban, se ocupaban en fruslerías, cuidaban tierras, brindaban por la Iglesia y el rey y no se preocupaban ni poco ni mucho de salvar almas. En cuanto al hombre que se atrevía a predicar la doctrina de la Biblia, los artículos y las homilías, se le consideraba sin falta como un entusiasta y un fanático.

El estado de la religión entre los disidentes era sólo un poco mejor que el de la iglesia establecida. La tolerancia que habían disfrutado desde a época de Guillermo III había producido un mal efecto espiritual en ellos, como cuerpo. Tan pronto como dejaron de ser perseguidos pareció que se habían dormido. Los bautistas y los independentistas todavía podían señalar a Gill, a Guyse, a Doddridge y Watts, y a otros hombres semejantes. Pero los presbiterianos habían caído en el socinianismo. En cuanto a la mayoría de los no conformistas, es en vano negar que había hombres muy distintos, desde Baxter a Flavel, Gurnall y Traill. Se levantó una generación de predicadores muy ortodoxos, pero penosamente fríos; muy concienzudos, pero carentes de espiritualidad, muy constantes en sus objeciones a la iglesia establecida, pero incapaces de extender el cristianismo vital.

Siento la dificultad de transmitir una impresión correcta de los años en que vivió Whitefield. No me gustan las exageraciones, pero estoy plenamente persuadido que sería difícil exagerar al dar una evaluación en esta parte de mi tema.

Era una época en que los personajes encumbrados vivían abiertamente en contradicción con las leyes de Dios, y nadie los reprendía, No puede imaginarse tribunales más distintos que los de Jorge I y Jorge II, y los de la corte de la actual reina Victoria.

Aquellos eran tiempos en que el libertinaje y la falta de religión eran considerados respetables. Juzgando por la descripción que tenemos de los hombres y estilo de vida de aquellos días, un noble o un caballero podía ser definido como una criatura que se emborrachaba, jugaba, juraba, reñía duelos y quebrantaba el séptimo mandamiento sin cesar. Todo esto no le acumulaba una mala reputación.

Éstos eran tiempos en que los hombres a quienes honraban los reyes eran Bolingbroke, Chesterfield, Walpole y Newcastle. El ser un infiel o un escéptico, el obtener poder por medio de intrigas y retenerlo por el soborno más burdo y evidente eran considerados como algo natural. Tal era la ausencia de religión, moralidad y principios en el país que hombres así no sólo eran tolerados, sino alabados.

Eran los días en que Hume, el historiador, publicó su obra, se hizo famoso y ganó una pensión. Era un conocido incrédulo. Éstos eran los días en que Sterne y Swift escribían sus obras agudas, pero indecentes. Ambos eran clérigos y con reputación en la Iglesia, pero el público no veía nada malo en ello. Eran los días en que Fielding y Smollet eran autores populares, y el gusto literario del día era regido por Roderic Random, Peregrine Pickle, Joseph Andrews y Tom Jones.

Éstos eran días de los que Knox dice, en su Historia de la filosofía cristiana: «Algunos de los hombres más ilustres, los escritores que eran lumbreras en temas teológicos, ignoraban totalmente el cristianismo. Eran filósofos pagados ingeniosos, que asumían el nombre de cristianos, y con vigor pagonizaban el cristianismo por amor a complacer al mundo.» Eran los días en que el arzobispo Drummond (1760) podía hablar de «cuestiones intrincadas y sin sentido sobre la influencia del Espíritu, el poder de la gracia, la predestinación, la justicia imputada, la justificación sin obras y otras opiniones que desde el principio han tenido perplejo, han pervertido, rebajado, manchado y dañado el cristianismo.» Éstos eran días en que el obispo Warburton consideraba el oficio de enseñanza del Espíritu Santo como completado en las Santas Escrituras, y que sus oficios de santificación y consolación se limitaban principalmente a la caridad. ¡Éstos eran los ministros dirigentes! ¡Éstos eran los pastores del tiempo de Whitefield! ¿Qué se puede decir del pueblo?

Éstos eran los días en que había una falta total de sana producción teológica. Las doctrinas de los reformadores eran pisoteadas por los hombres que se sentaban en sus sillas. El pan de la iglesia era comido por hombres que contradecían de plano sus artículos de fe. Los apetitos de las personas religiosas se satisfacían con los «Sermones de Tillotson» y el libro Todo el deber del hombre. Se le dio a Blair, de Edinburgo, una pensión de 200 libras por escribir sus sermones, típicamente no cristianos. La producción teológica del siglo xviii, hablando en general, se puede decir que carece de valor.

En resumen, éstos eran días en que no había ninguna sociedad por el fomento de la verdadera religión, excepto la «Sociedad del Conocimiento Cristiano» y la «Sociedad para la Propagación del Evangelio». Y aun su obra era relativamente mínima. No se hacía nada entre los judíos. Nada por los paganos. Nada, o casi nada, en las colonias. Nada en las partes destituidas de nuestro propio país. Nada en favor de la educación. La Iglesia dormía. Los disidentes dormían. El púlpito y la prensa religiosa dormían. Las puertas estaban abiertas y las murallas sin guardas. La impiedad se desparramaba. El demonio iba sembrando cizaña y andaba libre de un sitio a otro. La nobleza se gloriaba en su desvergüenza, y nadie les indicaba su maldad. La gente común pecada a troche moche, y nadie les enseñaba a no hacerlo. La ignorancia, el libertinaje, la falta de religión y la superstición reinaban por todas partes. Éstos fueron los tiempos en que creció Whitefield.

Sé que estoy pintando un cuadro desconsolador. Me maravilla que Dios no barrierá a la Iglesia del todo. Pero creo que este cuadro no es exagerado en lo más mínimo. Es penoso poner al descubierto un estado de cosas así. Pero para hacer justicia a Whitefield es necesario decirlo. No se le ha hecho justicia debido a que n, se ha considerado la condición de los tiempos en que vivió. Éstos eran extraordinarios y requerían que fueran usados medios extraordinarios. Y un hombre quieto y sosegado, sentado junto al fuego del hogar en 1852 puede decir lo que quiera, y negarlo, pero yo creo que Whitefield era el hombre apropiado para su tiempo.

2. La historia de la vida de Whitefield, que forma esta segunda parte de la conferencia, se puede contar con brevedad. Los hechos e incidentes de esta vida son pocos y simples, y no nos ocuparán mucho.

Whitefield nació en 1714. Como es el caso de muchos otros grandes hombres, su origen fue humilde. Sus padres regentaban la Bell Inn, una posada, en la ciudad de Gloucester. No sé si todavía existe, pero a juzgar por el relato de las circunstancias del mismo Whitefield, no debió de ser muy importante.

Los primeros años de la vida de Whitefield no parecen haber sido religiosos, aunque de vez en cuando aparece un acceso de sentimiento de devoción. Habla de sí mismo como adicto a mentir, hablar sucio y hacer bromas pesadas. Confiesa que quebrantaba el día de reposo, iba al teatro, jugaba a cartas y leía novelas. Todo esto duró hasta los doce o quince años.

A la edad de doce años fue colocado en la escuela elemental de Gloucester. No se sabe mucho de su progreso allí, exceptuando el hecho curioso de que incluso entonces era notable por su excelente elocución y memoria, y fue escogido par hacer discursos delante de la corporación en las visitas anuales.

Parece que a los quince años se cansó del latín y del griego y renunció a ser más que un mercader. Dejó de tomar lecciones, excepto de redacción. Empezó a ayudar a su madre en la posada. Por lo menos dice: «Me puse mi delantal azul, y fregué suelos, limpié habitaciones, y en una palabra, trabajé así durante casi un año y medio.»

Pero Dios, que ordena las cosas en el cielo y en la tierra, y llamó a David, que vigilaba ovejas, para que fuera rey, destinó a Whitefield para algo mejor que mozo de taberna y lavaplatos. Los desacuerdos de la familia impidieron que siguiera en Bell Inn. Un antiguo compañero de curso le estimuló a que asistiera con él a la Universidad. Al fin, después de varias circunstancias providenciales que facilitaron las cosas, entró en Oxford a la edad de dieciocho años, en una posición que entonces era mucho más humillante que ahora, la de «Servitor» en Pembroke College.

La carrera de Oxford parece que fue el punto crucial en la vida de Whitefield. Según su propio diario no había estado sin convicciones religiosas durante los dos o tres años que precedieron a su entrada en Oxford. A partir de su entrada en Pembroke College, estas convicciones maduraron rápidamente y decidió hacerse cristiano. Se hizo notar por su asiduidad al uso de todos los medios de gracia que estaban a su alcance. Ocupada su tiempo libre visitando las prisiones de la ciudad, y haciendo bien. Estableció amistad con John Wesley y su hermano Charles, lo cual dio color a todo el curso subsiguiente de su vida. Hubo un tiempo en que por poco se hizo semicatólico, ascético o místico. Parece que se libró de esto en parte por el consejo de cristianos más prudentes y experimentados y en parte leyendo libros como el de Scougal: Vida de Dios en el alma del hombre, el de Law: Llamada seria, el de Baxter: Llamada a los no convertidos, y el de Alleine: Alarma del pecador no convertido. Por fin, en 1736, a la edad de veintidós años fue ordenado diácono por el obispo Benson, de Gloucester, y empezó su carrera ministerial en que nunca cesó de esforzarse, hasta el día que fue depositado en la tumba.

Su primer sermón lo predicó en St. Mary-le-Cript, en Gloucester. Se dice que hizo indignar a quince personas. El obispo Benson comentó que esperaba que esta indignación continuara. Luego aceptó un cargo temporal en la Capilla de la Torre, en Londres. Mientras estaba allí predicaba constantemente en muchas de las iglesias de Londres, entre ellas las iglesias parroquiales de Islington, Bishopgate, St. Dunstan's, St. Margaret, Westminster y Bow, Cheapside. A partir del mismo comienzo de su predicación alcanzó un grado de popularidad que muy pocos predicadores, antes o después, han alcanzado. Decir que las iglesias donde predicaba estaban llenas a reborar es decir poco. Estaban llenas hasta el punto que la gente no podía respirar. Un testigo presencial dijo: «Se podía andar sobre las cabezas de la gente.»

De Londres fue durante unos meses a Dummer, una pequeña parroquia rural de Hampshire, cerca de Basingstoke. De Dummer se embarcó para la colonia de Georgia, en América del Norte, después de visitar Gloucester y Bristol, donde predicó a iglesias repletas de gente en una y otra población. El objeto de su viaje a la América del Norte fue ayudar a los Wesley en el cuidado de un orfanato, que habían establecido en Georgia, para los hijos de los colonos que morían allí. La administración del orfanato recayó finalmente del todo en Whitefield, y le causó grandes responsabilidades y ansiedad toda su vida. Aunque hecho con buena intención, parece que fue un plan no muy juicioso.

Whitefield regresó de Georgia después de dos años de ausencia, en parte para obtener órdenes sacerdotales, que le fueron conferidas por el obispo Benson, y en parte por asuntos de negocios relacionados con el orfanato. Y ahora llegamos a la época de su vida en que se vio obligado por las circunstancias a seguir una línea de conducta, como ministro, que probablemente no tenía intención de seguir, pero que fue absolutamente necesaria a causa de la forma como se le trató.

Parece que al llegar a Londres, después de su visita a Georgia, halló que la opinión de muchos de los clérigos hacia él no era favorable, al revés de lo que había sido antes. Se habían asustado de algunas expresiones en cartas suyas, que se habían publicado y de algunos informes de su conducta en América. Se escandalizaron de la forma en que predicaba sobre la doctrina de la regeneración, algo que muchos de sus fieles necesitaban. Se le rehusó francamente el púlpito en muchas iglesias. Los capilleros de las iglesias, que no se fijaban en las herejías y las borracheras, se llenaron de santa indignación por sus faltas en el orden. Los obispos que toleraban el arianismo y el socinianismo se alarmaron ante un hombre que predicaba el simple Evangelio y le advirtieron en contra el fanatismo y el entusiasmo. En resumen, el campo de utilidad de Whitefield dentro de la Iglesia se estaba reduciendo por todas partes.

El paso que parece haber decidido el curso de acción de Whitefield en este período de su vida fue la adopción de la predicación al aire libre. Había ido a Islington, un domingo de abril de 1739, para predicar para el vicario, su amigo el señor Stonehouse. En medio de las oraciones, el capillero se le dirigió y le pidió su licencia para predicar en la diócesis de Londres. Whitefield, naturalmente, no la tenía, como no la tiene ningún clérigo que no oficia regularmente en una diócesis. El resultado del asunto fue que como se le prohibió predicar en el púlpito, después del servicio, salió y predicó en el campo santo adyacente. A partir de aquel día hizo de la predicación al aire libre una práctica regular. Doquiera había un campo libre bastante grande, alrededor de Londres, doquiera había una buena cantidad de gente ociosa, que no tenían interés en ir a la iglesia ni observar el domingo. allí iba Whitefield y levantaba la voz. El Evangelio así proclamado era escuchado y recibido por avidez por centenares que nunca hubieran soñado visitar un lugar de culto. En

Moor Fields, en May Fair, en Smithfield, en Kermington Cornmon, en Blackheath, domingo tras domingo, Whitefield predicaba a muchedumbres enormes. Diez mil, quince, veinte y hasta treinta mil personas se dice que algunas veces acudían a oírle. La causa de la religión pura progresaba sin la menor duda. Las almas eran arrebatadas de las garras de Satán, como tizones ardientes. Pero aquello iba demasiado deprisa para la Iglesia de aquellos días. El clero, con muy pocas excepciones, no quería saber nada de este extraño predicador. En resumen, las ministraciones de Whitefield en los púlpitos de la iglesia establecida terminaron a partir de entonces con alguna rara excepción. Él amaba la Iglesia. Se gloriaba en sus artículos y formularios. Usaba el Libro de Oración con deleite. Pero la Iglesia no le amaba a él, y perdió el uso de sus ser-vicios. La verdad sencilla y llana es que la Iglesia de Inglaterra de aquel día no estaba madura para un hombre como Whitefield. La Iglesia estaba adormecida hasta un punto en que no podía comprenderle.

A partir de entonces, hasta el día de su muerte, un período de treinta y un años, en la vida de Whitefield hubo sólo una ocupación uniforme. Desde el domingo por la mañana al sábado por la noche, desde el 1.º de enero al 31 de diciembre, con la única excepción de los períodos en que estuvo enfermo en cama, estaba predicando, casi de modo incesante. Hubo apenas alguna ciudad de Inglaterra, Escocia y Gales que no visitara. Cuando le abrían las iglesias, predicaba de buena gana en ellas. Cuando le ofrecían las capillas, lo hacía en ellas. Cuando las dos estaban cerradas, estaba dispuesto a predicar al aire libre. Durante treinta y cuatro años trabajó de esta manera, siempre proclamando el mismo glorioso Evangelio, y siempre, en tanto que se puede juzgar con los ojos de los hombres, con un resultado asombroso. Es una sola semana de Pascua de Pentecostés después de haber estado predicando en Moorfields, recibió un millar de cartas de personas interesadas espiritualmente, y admitió a la mesa del Señor trescientas cincuenta y cinco personas. En los treinta y cuatro años de su ministerio se calcula que predicó públicamente unas dieciocho mil veces.

Sus viajes son prodigiosos, en tiempos en que las carreteras eran pésimas y las comunicaciones no eran fáciles. Visitó catorce veces Escocia. Cruzó el Atlántico siete veces. Dos veces fue a Irlanda. En cuanto a Inglaterra y Gales, atravesó cada condado, desde la Isla de Wighth a Berwickon-Tweed, y desde Land's End a North Foreland.

Su obra ministerial regular, en Londres, cuando no estaba viajando, fue extraordinaria. Sus actividades en el Tabernáculo de Totenham-Court Road, que fue construido para él cuando se le cerraron los púlpitos de la iglesia establecida, son como sigue:

Cada domingo por la mañana administraba la Mesa del Señor a varios centenares de comunicantes, a las seis -, media. Después de esto leía las oraciones, predicaba, por la mañana y por la tarde -predicaba de nuevo a las cinco y media- y terminaba dirigiéndose a una gran cantidad de personas viudas, casadas, jóvenes y mujeres solteras de edad, todos ellos sentados en lugares separados en el tabernáculo, con exhortaciones apropiadas a sus estados respectivos. El lunes, martes, miércoles y jueves por la mañana predicaba de modo regular a las seis. Los domingos, martes, miércoles, jueves y sábados por la noche daba conferencias. Esto significa trece sermones por semana. Durante todo este tiempo llevaba una correspondencia activa con personas de todas partes del mundo.

Parece extraordinario que una persona pueda resistir una cantidad de trabajo así. Y el que su vida no terminara antes de modo violento, no es menos maravilloso. Una vez fue casi apedreado a muerte por la muchedumbre fanática papista en Dublín. Otra, casi fue asesinado en la cama por un teniente de Marina de guerra en Plymouth airado. Otra, escapó de ser apuñalado por un joven de familia noble en Moorfields. Pero no podía morir hasta haber terminado su labor. Murió en Newbury Port, en América del Norte, de un ataque de asma, a la edad de cincuenta y seis años. Predicó su último sermón sólo veinticuatro horas antes de su muerte. Fue un sermón al aire libre que duró dos horas. Como el obispo Jewell, casi murió predicando. No dejó hijos. Se casó una vez, pero el matrimonio no parece que contribuyera mucho a su felicidad. Pero dejó un nombre mucho mejor que el de hijos e hijas. No creo que haya habido otro hombre del cual se pueda decir de modo tan exacto como de él que gastó totalmente su vida para Dios.

3. La historia de la religión de Whitefield es la parte del tema que sigue, y que no carece de interés.

¿Qué clase de doctrinas enseñaba este hombre extraordinario? ¿Cuáles eran los estándares de fe a los que se adhería bajo la Biblia? ¿Cuáles eran los puntos esenciales peculiares de su enseñanza religiosa, de los cuales hablaba tan en contra, de modo general, el clero de aquellos días?

La respuesta a todas estas preguntas es breve y simple. Whitefield era un hijo genuino de la Iglesia de Inglaterra. Como tal fue criado en su juventud. Como tal fue educado en Oxford. Como tal predicó, en tanto que se le permitió, dentro de las iglesias establecidas. Como tal predicó cuando quedó fuera de ella. En sus escritos y sermones abundan las referencias al Libro de Oración, los artículos y las homilías. Su respuesta constante a sus numerosos adversarios era que ÉL era quien era consecuente con los formularios de su propia Iglesia en tanto que ELLOS no lo eran. No es exagerado decir que, aun cuando fue prácticamente expulsado de la iglesia establecida, Whitefield fue un hombre de Iglesia infinitamente mejor que los diez mil

hombres que recibían emolumentos de la Iglesia de Inglaterra, y se quedaban atrás cómodamente.

Whitefield no era sin duda un eclesiástico de la estampa del arzobispo Laud y su escuela. No era hombre que diera una interpretación católica romana a nuestros excelentes formularios, ni que pusiera la Iglesia y los sacramentos delante de Cristo. No era un eclesiástico del tipo de Tillotson y de la escuela que le siguió. No puso de lado la justificación por la fe, y la necesidad de la gracia, para divagar con disquisiciones semipaganas sobre la moralidad, el deber, la virtud y el vicio. Y tenía razón. Laud y sus seguidores se hallaban a mil leguas de las doctrinas de la Iglesia. Tillotson y su escuela cayeron mucho más bajo.

Pero si se considera un hombre de Iglesia el que lee los artículos, la liturgia y las homilias en el sentido en que lo hicieron los hombres que las compilaron, que simpatiza con Cranmer, Latimer, Hoper y Jewell, si este hombre honra las doctrinas y ordenanzas en el orden y proporción en que los Teinta y nueve Artículos las honran, si ésta es la verdadera definición de un hombre de Iglesia, entonces Whitefield pertenece a los mejores entre los mejores, un hombre de Iglesia auténtico, como pocos ha habido. En cuanto a los adversarios de Whitefield eran poca cosa más que falsarios e impostores. Tenían el poder y los cargos de su lado, pero apenas merecen que se les llame hombres de Iglesia.

Quizá la mejor prueba de las opiniones religiosas de Whitefield puede darse con la lista de autores en divinidades que hizo para el uso de un College relacionado con su Orfanato en Georgia. De los hombres de la Iglesia de Inglaterra la lista incluye el arzobispo Lighton, el obispo Hall, y Burkitt; de los puritanos: Pool, Owen y Bunyan; de los disidentes: Matthew, Henry y Doddridge; de los presbiterianos escoceses: Willison y Boston. Todos éstos son hombres alabados aún hoy en todas las iglesias. Éstos fueron los hombres con los cuales estaba de acuerdo en la doctrina.

En cuanto a la sustancia de su enseñanza teológica, el relato más simple que puede hacerse de la misma es que era puramente «evangélica». Había cuatro puntos principales que nunca faltaban en sus sermones. Éstos eran: la corrupción total del hombre por el pecado y la consiguiente corrupción natural de su corazón; la completa redención del hombre por Cristo y la completa justificación delante de Dios por la fe en Cristo; la necesidad de la regeneración por el Espíritu y la entera renovación del corazón y la vida, y la total incapacidad e invalidez de ningún título para que el hombre pueda ser considerado un cristiano en vida, a menos que esté muerto al pecado y viva una vida santa.

Whitefield no tenía intención de halagar a los hombres, y decirles palabras suaves y placenteras, por el mero hecho que estaban bautizados y se llamaban cristianos y a veces asistían a la iglesia. Sólo consideraba un rasgo prominente en los millares

que veía a su alrededor: y éste era el carácter general de sus vidas. Veía las vidas de estas multitudes totalmente opuestas a la Biblia, y totalmente opuestas a los principios de la Iglesia a la que profesaban pertenecer. No necesitaba nada más. No quería más evidencias. Juzgaba los árboles por sus frutos. Les decía a estos millares, al instante, que estaban en peligro de perderse para siempre, que andaban por el camino ancho que conduce a la destrucción, que estaban muertos y tenían que volver a la vida, que estaban perdidos y tenían que ser hallados. Les decía que si amaban su vida tenían que arrepentirse inmediatamente, que tenían que pasar a ser nuevas criaturas, tenían que convertirse, tenían que nacer de nuevo. Creo que los apóstoles habrían hecho lo mismo.

Pero Whitefield era tan explícito y osado al presentar el camino al cielo como el del infierno. Cuando veía que las conciencias de los hombres eran despertadas y aparecía el temor, les hablaba los tesoros de misericordia del Evangelio y presentaba ante la congregación sus riquezas inagotables. Les presentaba el asombroso amor de Dios el Padre a un mundo caldo, este amor por el que dio a su Hijo unigénito, y por el cual, cuando éramos aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Les mostraba el asombroso amor de Dios el Hijo al tomar nuestra naturaleza, y sufriendo por nosotros, el justo por los injustos. Les hablaba de Jesús, capaz de salvar hasta lo sumo a cuantos acuden a Dios por medio de Él; Jesús y su eterna justicia, en la cual los pecadores más viles pueden descansar de modo completo y perfecto delante del trono de Dios; Jesús y la sangre rociada, que limpia de los pecados más negros; Jesús, el Sumo Sacerdote, que espera para recibir a todos los que acuden a Él, no sólo poderoso sino también dispuesto para salvar. Y toda esta gloriosa salvación les decía que estaba a su disposición. No se hallaba por encima de ellos, como el cielo. No debajo de ellos, como el infierno. Estaba a mano. A su alcance. Y les instaba a que la aceptaran al instante. El hombre que sentía sus pecados y deseaba liberación tenía que creer solamente para ser salvo; pedir y recibir; ser limpiado y quedar limpio. ¿Y no decía la verdad Whitefield? ¿No habrían dicho lo mismo los apóstoles?

Pero cuando Whitefield se dirigía a las masas descuidadas e indiferentes en este estilo, nunca dejaba de instar a los que hacían profesión de religiosos a que se dieran cuenta de su responsabilidad y de estimularlos a andar dignamente de su vocación. Nunca toleraba a hombres que hablaban sobre religión pero vivían vidas incompatibles con ella. Estos hombres, que sin duda abundaban a su alrededor, no recibían cuartel de él, no les dejaba en paz. Al contrario, uno de sus biógrafos nos cuenta que tenía un interés especial en dejar clara a todos los miembros de su congregación la necesidad absoluta de mostrar las doctrinas de Dios en todas las relaciones en la vida. Amos y siervos, ricos y pobres, jóvenes y viejos, casados y solteros, todo ellos eran exhortados de modo claro a glorificar a Dios en sus respectivas situaciones. Un día les decía a los jóvenes de su congregación que no se comportaran como uno de quien había oído, cuyo tío le describía como una

mezcolanza de religión y negocios, pero que no era apto para ninguno de los dos, Otro día presentaba el ejemplo de una viuda, notable por su confianza en Dios. Otro, les decía: «Dios os haga abandonar el quedaros en la cama echados por la mañana; os convierta de vuestra tibieza; os convierta de vuestra conformidad al mundo; os convierta en cada hora del día.» Otro día advertía a los jóvenes contra el peligro de dejar su religión atrás a medida que iban encumbrándose en el mundo. «Vigilad -les decía- de empezar como oro cuando sois aprendices, ser de plata cuando oficiales y de cobre cuando maestros.» En breve, nunca ha habido mayor error que el pensar que había algo antinomiano o licencioso en la enseñanza de Whitefield. Los pecadores recibían su porción, pero también los santos. ¿Y qué hacía, al obrar así, sino que andar en los mismos pasos que el apóstol Pablo?

La cumbre de la excelencia de la enseñanza de Whitefield aparecía cuando hablaba de hombres, cosas y doctrinas en la forma en que la Biblia habla de ellas. Dios, Cristo y el Espíritu, el pecado, la justificación, la conversión y la santificación, los pecadores impenitentes como las personas más desgraciadas, los santos fieles como la más privilegiadas, el mundo como algo vano y vacío, el cielo el único descanso para el alma inmortal, el diablo un enemigo poderoso y astuto, la santidad la única felicidad, el infierno una porción real y cierta para los no convertidos; éstas eran las cosas que llenaban la mente de Whitefield y formaban la marca de su ministerio. El decir que no daba valor a los sacramentos es simplemente falso. Sus servicios de comunión semanales en el tabernáculo hablan por sí mismo. Pero nunca puso las cosas primeras del cristianismo en segundo lugar, ni las cosas de segundo lugar en el primero. Nunca puso la doctrina debajo de los sacramentos o los sacramentos encima de la doctrina. ¿Y quién se atreve a acusarle de esto? Sólo seguía la pauta de la Biblia.

Es de justicia añadir que Whitefield era un ejemplo en la práctica de la religión que predicaba. Tenía sus faltas, es indudable; no quiero hacer ver que era perfecto. A veces erraba en sus juicios. A veces dejaba correr con demasiada prisa la lengua o la pluma. No se abstenía de decir cosas como: «El arzobispo Tillotson sabe más o menos tanto de religión como Mahoma.» Se equivocaba al presentar a ciertas personas como enemigos del Señor, y a otros como amigos, de un modo tan precipitado como hacía a veces. No hacía bien cuando llamada a muchos en el clero «fariseos ilustrados» porque no podían aceptar la doctrina del nuevo nacimiento. Pero, con todo, después de haberlo dicho todo, no puede haber duda que en lo principal era un hombre santo, abnegado y consecuente. Ni sus peores enemigos pueden negarlo.

Fue abnegado en alto grado, hasta su mismo fin. Su estilo de vida era muy simple. Rehusaba el dinero que le ofrecían, y una vez por la cantidad de 7.000 libras. No acumuló ninguna fortuna; do dejó sino poco dinero en legados a los amigos.

Era un hombre desinteresado e íntegro. Parecía vivir sólo con dos objetivos: la gloria de Dios y la salvación de las almas inmortales. No tuvo seguidores que llevaran su nombre. No estableció ningún sistema, como Wesley, del cual sus propios escritos fueran los elementos cardinales. Una expresión suya frecuente y característica de él era: «Que perezca el nombre de George Whitefield, en tanto que Cristo sea exaltado.»

Finalmente, y muy importante, fue un hombre de extraordinaria catolicidad y amplitud en su religión. Nunca mostró la menor estrechez de miras, que impulsa al hombre a imaginarse que fuera de su propio campo todo es estéril, y que su partido o grupo tiene el monopolio de la verdad y del cielo. Amaba a todos los que amaban al Señor Jesucristo con sinceridad. Lo medía todo con la medida que usan los ángeles de Dios: «¿Daban muestras de arrepentimiento hacia Dios, fe en el Señor Jesucristo y santidad en su conducta?» Si mostraban estos rasgos eran sus hermanos. Su alma se hallaba con estas personas, sin que le importara el nombre con que le llamaban. Las diferencias pequeñas eran despreciables para él. Las marcas del Señor Jesús eran lo único que le interesaba. Su catolicidad era más noble aun considerando el espíritu de los tiempos en que vivía. Los Erskines, en Escocia, querían que predicara sólo para su denominación, la iglesia de secesión. Whitefield les preguntó: «¿Por qué sólo para vosotros?», y recibió la notable respuesta: «Porque somos el pueblo de Dios.» Esto era más de lo que Whitefield podía tolerar. Les preguntó si no había otro pueblo de Dios además de ellos. Y añadió: «Si los otros fueran el pueblo del diablo, entonces habría con más razón necesidad de que les predicara.» Y terminó diciéndoles que «si el mismo papa le prestara su púlpito, de buena gana proclamaría la justicia de Cristo en él». Esta catolicidad de espíritu la mantuvo toda la vida. Y no puede haber un testimonio de más peso contra toda la estrechez de espíritu entre los creyentes que su petición, poco antes de su muerte, que, al morir, John Wesley predicara el sermón de su entierro. Wesley y él habían acabado discrepando en los puntos de vista calvinistas. Pero, como Calvino dijo de Lutero, lo mismo Whitefield estaba resuelto a pensar de Wesley. Estaba decidido a despreciar las diferencias pequeñas a «conocerlo como un buen siervo de Jesucristo».

Ésta era la religión de George Whitefield. No creo que sea necesario comentar. El tiempo me apremia, además. Pero quiero mostrar lo suficiente para justificar mi deseo de que tuviéramos muchos ministros como George Whitefield en la Iglesia de Inglaterra.

4. La última parte del tema es algo más difícil de tratar para mí: me refiero a la predicación de Whitefield.

Encuentro que en este punto hay muchas diferencias de opinión. Muchos creen que el éxito de Whitefield hay que atribuirlo en parte a la novedad de las doctrinas del Evangelio en la época que predicaba, y en parte a sus dotes extraordinarios de voz y de elocución, o sea, oratoria, que poseía, y que la forma y estilo de sus sermones no tiene nada de particular. Me inclino a diferir de esta opinión. Después de examinar con calma el asunto, he llegado a la conclusión que Whitefield era uno de los predicadores más poderosos y extraordinarios que han existido. Creo, pues, que no se le ha dado el mérito que le corresponde en este punto.

Una cosa es indudable, y es que sus sermones eran efectivos en grado sumo. Ningún predicador ha conseguido llamar la atención de muchedumbres tan enormes como las que se congregaban constantemente en su barrio en Londres. Ningún predicador ha sido tan universalmente popular en todos los países que visitó - Inglaterra, Escocia y América- como él. Ningún predicador ha retenido su poder sobre los oyentes de modo tan completo durante treinta y cuatro años como él. Su popularidad nunca menguó. Esto en sí es un hecho extraordinario. El captar a la gente durante treinta y cuatro años sin mengua o interrupción, predicando incesantemente durante todo este tiempo, es algo que no se explica solamente por la novedad de su mensaje. La teoría de que su predicación era popular porque era nueva par mí es insuficiente.

Otra cosa indudable sobre su predicación es que producía un efecto poderoso en gente de todos los estados. Ganaba a los elevados y a los humildes, a los ricos y a los pobres, a los cultos como a los incultos. Si su predicación hubiera sido sólo popular entre las masas analfabetas podríamos creer que lo que contaba más en su habla era lo sorprendente de la elocución y una buena voz. Pero esto no basta para explicar los hechos.

Sabemos que muchos nobles y alta clase media se admiraban de su predicación. Podríamos dar una larga lista de nombres, que incluyen a caballeros y damas. Es un hecho que un estadista eminente como Bolinabroke y también Chesterfield eran frecuentes oyentes suyos. Bolingbroke dijo: «Es el hombre más extraordinario de nuestros tiempos. No he oído elocuencia semejante en ninguna otra persona.»

Es un hecho que hombres objetivos como Hume el historiador y Franklin el filósofo hablaron en términos muy favorables de sus poderes en la predicación. Franklin escribió un largo relato sobre el efecto que sus sermones produjeron en Filadelfia. Hume declaró que valía la pena viajar veinte millas para oírle.

Éstos son hechos simplemente históricos y probados. ¿Qué diremos de ellos? Digo que demuestran que la eficacia de Whitefield no era debida sólo a su elocución y su voz, como algunos creen. Los hombres que hemos mencionado últimamente eran buenos jueces sobre la elocuencia. Quizá los mejores críticos de su tiempo. Digo,

con firmeza, que su opinión sólo puede explicarse si Whitefield era, realmente, un predicador extraordinario.

Pero todavía queda por contestar una pregunta: ¿Cuál era el secreto sin paralelo de Whitefield como predicador? ¿Cómo podemos explicar el efecto que sus sermones producían, sin comparación, antes o después de sus días? Encuentro muy difícil contestar esta pregunta. Sus sermones no eran montones de cosas buenas. Tampoco podemos decir que Whitefield fuera un hombre de poder intelectual extraordinario: nadie lo pretende. Entonces, ¿cómo podemos explicar la eficacia de su predicación?

El lector que para hallar una respuesta a la pregunta se dirige a los setenta y cinco sermones publicados bajo su nombre probablemente se quedará decepcionado. No hallará en ellos pensamientos audaces o sorprendentes. No descubrirá nuevas exposiciones de la doctrina evangélica. La verdad es que la mayor parte de ellos fueron tomados en taquigrafía, por periodistas, sin que lo supiera Whitefield y publicados sin corregir. No hay ningún lector inteligente que no se dé cuenta que estos periodistas eran a la vez ignorantes de la gramática, de poner puntos y comas, y del Evangelio. El resultado es que estos sermones parecen ser, con la expresión que Latimer usaba: un «batiburrillo», o en otras palabras, una mezcla confusa y discordante.

Sin embargo, me atrevo a decir que con todas sus faltas, los sermones impresos de Whitefield merecen ser leídos por lo que son. Que el lector recuerde lo que he dicho y corrija él mismo las deficiencias. Recuérdese también que la lengua escrita y la lengua hablada son dos cosas distintas, y que los sermones eran par ser escuchados. En general, el cambio de escuchar a leer tiene un efecto devastador sobre la calidad literaria. Teniendo en cuenta esto, creo que hay mucho digno de admiración en algunos sermones de Whitefield. Yo he aprendido mucho de ellos, por más que esto pueda alarmar a algunos respecto a mi buen gusto. Sin embargo, sería un ingrato si no lo dijera.

Y ahora quiero indicar lo que me parece a mí fueron las características típicas de los sermones de Whitefield. Puedo equivocarme, pero creo que presentan una combinación de puntos excelentes para hacer de él un predicador eficaz.

En primer lugar y por encima de todo, Whitefield predicaba un Evangelio singularmente puro. Pocos predicadores dieron nunca a sus oyentes tanto trigo con tan poca paja. No subía al púlpito para hablar de su causa, sus intereses, sus ideas. Estaba perpetuamente hablándoles de sus pecados, su corazón, de Jesucristo, en la forma en que la Biblia habla de estas cosas. «¡Oh, la justicia de Jesucristo! -decía con frecuencia-, debo excusarme si es que la menciono en casi todos mis

sermones.» Esto, podemos estar seguros, es la piedra angular de toda predicación que Dios honra. Tiene que ser de modo eminente una manifestación de la verdad.

La predicación de Whitefield era también lúcida y simple. Quizá no lo guste a uno su doctrina. Pero no es posible equivocarse en cuanto a lo que significa. Su estilo era fácil, sencillo, conversacional. Parecía tenerle ojeriza a las frases largas y complicadas. Iba directamente al blanco. Raramente cargaba a sus oyentes con argumentos complicados y razones intrincadas. Simples afirmaciones bíblicas, anécdotas apropiadas, ilustraciones aptas, éstas eran las armas comunes con que se defendía. Como resultado, sus oyentes siempre le entendían. No disparaba por encima de sus cabezas. Parecía haber asimilado la sabiduría del dicho del arzobispo Usher: «El hacer que las cosas sencillas parezcan difíciles es fácil, pero el hacer las cosas difíciles sencillas, ésta es la marca del gran predicador.»

Por otra parte, Whitefield era un predicador directo y osado. Nunca usaba esta expresión indefinida, «nosotros», que parece tan peculiar de la oratoria de púlpito inglesa, y que deja en la mente del oyente una cierta confusión respecto al significado de lo que dice el predicador. Su confrontación con los hombres era directa, como quien tiene un mensaje de Dios para ellos, como un embajador con noticias del cielo: «He venido a hablaros de vuestra alma.» Nunca se dejaba nada por decir o hablaba en eufemismos, sino que iba al grano al atacar los pecados prevalecientes en su tiempo. Su gran objetivo parecía ser descubrir las enfermedades espirituales que más probablemente sufrían los oyentes, y luego apelar directamente a sus corazones. El resultado era que centenares de oyentes tenían siempre la impresión de que los sermones eran dirigidos especialmente para ellos. No se contentaba, como muchos, con añadir al final de un gran mensaje un apéndice o coletilla de aplicación práctica. A través de todo el sermón corría una vena de aplicación: «Esto es para ti, esto es para ti.» Sus oyentes no se quedaban a solas. No había nada más sorprendente, sin embargo, que sus llamadas directas a toda clase de personas en la congregación, cuando avanzaba hacia la conclusión. Con todas las faltas de sus sermones impresos, las conclusiones de algunos de ellos son, a mi juicio, los párrafos más emocionantes y escudriñadores de las almas que se pueden hallar en lengua inglesa.

Otro rasgo típico de la predicación de Whitefield era su tremenda sinceridad. Un hombre sencillo dijo de él que «predicaba como un león». Quizá no haya habido otro predicador que haya conseguido convencer a sus oyentes de modo tan perfecto como él, que, por lo menos, él creía lo que decía, y que ponía a contribución todo su corazón, alma y fuerzas, para conseguir que ellos creyeran también. Nadie podía decir de sus sermones que eran pólvora en salvas. Eran todo vida, todo fuego. No había manera de escabullirse de ellos. El dormirse era casi imposible. Había que escucharle, pues poseían una santa violencia y la atención M oyente era arrebatada. Un señor en Norteamérica fue a escucharle por primera vez, como resultado de su

fama como predicador. El día era lluvioso, la concurrencia inferior a la usual, y al principio el sermón más bien se arrastraba. Nuestro amigo se dijo: «Este hombre no es una maravilla, después de todo.» Dio una mirada alrededor y vio que la congregación estaba tan poco interesada como él. En uno de los primeros bancos se había dormido un hombre. De repente, Whitefield paró en seco. El aspecto de su rostro cambió. Y de súbito proclamó en un tono distinto: «Si hubiera venido a hablar en mi nombre, podríais poner los codos en las rodillas y la cabeza entre las manos y dormir un poco; y de vez en cuando abrir los ojos y decir: ¿De qué estaba hablando este charlatán? Pero no he venido en mi nombre. ¡No! He venido en nombre de Jehová de los Ejércitos!» -y al decirlo dio un golpe tremendo con un puño y un pie, que hizo retemblar el edificio-; por lo tanto voy a ser escuchado.» La congregación se sobresaltó y el que dormía despertó. «¡Ay, ay! -gritó Whitefield fijando en él los ojos-: Le he despertado, ¿no? Esto es lo que quería. No he venido a predicar a los bancos. He venido en el nombre de Jehová de los ejércitos y vais a escucharme.» Los oyentes se desprendieron de su apatía en un segundo y escucharon hasta la última palabra del sermón. El señor curioso nunca lo olvidó.

Otra característica notable de la predicación de Whitefield fue su singular poder de descripción. Los árabes tienen un proverbio que dice: «El mejor orador es el que transforma los oídos en ojos.» Si alguien ha personificado este ideal fue Whitefield. Presentaba cuadros tan vívidos que sus oyentes creían que los estaban viendo. «En una ocasión -dice uno de sus biógrafos- se hallaba entre los oyentes Lord Chesterfield. El predicador, al describir la condición desgraciada de un pobre pecador ignorante, ilustraba su tema describiendo a un mendigo ciego. El pobre ciego había perdido su perro y el camino estaba lleno de peligros y tropiezos y se hallaba cerca de un precipicio. El pobre ciego tenía que tentar a ciegas su camino con el bastón. Pero Whitefield estaba tan entusiasmado con su tema, y lo presentaba con tal vigor gráfico, que la audiencia estaba arrobada en silencio, siguiendo los movimientos del viejo ciego. Al fin, cuando el mendigo iba a dar el paso fatal que le habría lanzado a su destrucción, Lord Chesterfield en realidad dio un paso adelante para salvarlo, exclamando: «¡Se cayó, se cayó!» El noble Lord había sido arrojado por la imaginación y poder descriptivo del predicador y había olvidado que todo era una ilustración.

Un rasgo más de la predicación de Whitefield que merece especial atención es la inmensa cantidad de sentimiento y pathos que contenía. No era raro que él mismo llorara profusamente en el púlpito. Cornelius Winter dice que raramente hacía un sermón en que no hubiera lágrimas. Parece que la cosa ocurría sin afectación por su parte. De todos los ingredientes de su predicación creo que ninguno era tan poderoso como éste. Despertaba la empatía del oyente, tocaba resortes secretos en los hombres, que no están al alcance del intelecto. Derretía los prejuicios que muchos habían concebido contra él. No podían odiar a un hombre que lloraba así por sus propias almas. Con frecuencia, se sentían tan afectados que ellos mismos

acababan llorando. «Vine a escucharle -le dijo un hombre con la intención de partirle la cabeza, pero su sermón me ha ganado y me ha partido el corazón a mí.» Una vez uno se ha convencido de que un hombre le aprecia, se está dispuesto a escuchar todo lo que esta persona tiene que decir. Y éste era el gran secreto del éxito de Whitefield.

Y ahora añadiré sólo que la acción y gestos de Whitefield eran perfectos -tan perfectos que Garrick, el famoso actor, le alababa con generosidad-, diré que su voz era tan maravillosa como sus gestos, tan poderosa que conseguía hacerse oír de treinta mil personas a la vez, tan musical y afinada que podía arrancar lágrimas de los oyentes con la mera pronunciación de las palabras; que su fluidez y dominio del lenguaje improvisado era de primer orden, y le hacía usar siempre la palabra apropiada en el momento oportuno. Añádanse, digo, estos rasgos a los que hemos mencionado antes y piénsese si todo ello no es más que suficiente para explicar su poder como predicador.

Por mi parte, pienso que no ha habido predicador en Inglaterra que poseyera una combinación de virtudes tan excelentes como Whitefield. Otros le sobrepasan en algunos de sus dones; otros, quizá son sus iguales en otros. Pero la combinación de algunos de los dones más raros que pueden adornar a un predicador del Evangelio, unido a una voz, elocución, gestos y dominio de las palabras sin igual, constituyen un caso único en Whitefield. No ha habido nadie que se le iguale. Y en la proporción en que otros predicadores se han acercado a la combinación especial de puntos excelentes que poseía Whitefield, en esta misma proporción han alcanzado lo que define Clarendon como la verdadera elocuencia, a saber: «Un raro poder de hacer que los otros le crean a uno.»

5. Y ahora sólo me queda un punto relaciona con Whitefield, al cual quiero referirme. Este mensaje se alarga, pero el punto es de importancia, y no quiero pasarlo por alto. Me refiero al resultado conseguido por todo lo que hizo Whitefield.

Hay poco material sobre el que fundar una decisión sobre este punto. No fundó ninguna denominación que lleve su nombre embalsamado, como John Wesley. No dirigió ningún movimiento poderoso contra una iglesia que profesaba falsas doctrinas, como Lutero. No escribió libros clásicos, como Bunyan. Era un hombre sencillo y sincero, que vivió sólo para una cosa: predicar el Evangelio. Con tal que pudiera hacer esto con eficacia, lo demás no le importaba. No hizo nada para preservar su recuerdo. Dejó su obra en las manos del Señor.

Naturalmente, hay muchos que no ven en Whitefield sino un fanático y un entusiasta. Hay gente que odia el celo religioso. Siempre hay gente cautelosa, fría,

objetiva, como Erasmo, que pasan por el mundo sin hacer bien, porque temen sobremanera que podrían hacer daño. No espero que estas personas admiren a Whitefield, o admitan que hizo bien alguno. Me temo que si hubieran vivido hace mil ochocientos años no habrían sentido ninguna simpatía por San Pablo.

Otros, en cambio, consideran que los cismas son el mayor crimen, más que la herejía y la falsa doctrina. Son gente que bajo ninguna circunstancia asistirán al culto fuera de su propia iglesia o parroquia: en cuanto a separarse en la Iglesia, no hay nada en absoluto que pueda justificarlo. Éstos, naturalmente, no pueden admirar a Whitefield ni su obra. El principio de Whitefield evidentemente era que, con mucho, había que preferir el que los hombres fueran salvados no canónicamente, a que se perdieran canónicamente.

No puedo contestar la pregunta de si siguiendo otro curso de acción Whitefield podría haber permanecido en la Iglesia y retener su utilidad en ella. A esta distancia esto no puede contestarse. No se discute que cometió errores en cuanto a juicio y temperamento en sus relaciones con los obispos y el clero en muchas ocasiones. Que dio lugar a que otros se separaran de la Iglesia de Inglaterra, y abrió brechas que probablemente nunca serán reparadas. Pero, con todo, no hay que olvidar el estado de la Iglesia, que era bastante malo para provocar a santa indignación. El viejo principio de que «el cismático es el que causa la separación, no el que se separa», es ciertamente verdadero. Si Whitefield causó daño, el daño habría que ponerlo a cuenta de la Iglesia que le obligó a actuar de la forma que actuó, y no sólo sobre él. Y cuando se pasa balance, creo que el daño que él hizo es inferior, uno a mil, comparado con el bien que hizo.

La verdad es que el bien directo que hizo Whitefield a las almas inmortales fue enorme. Diré más: creo que es incalculable. En Escocia, en Inglaterra, en América hay testigos de crédito que dicen que por medio de él se convirtieron millares de almas.

Franklin, el filósofo, frío y observador, no propenso a hablar bien de los ministros del Evangelio, confesó que «era maravilloso ver el cambio que su predicación operó en la forma de portarse los habitantes de Filadelfia. De irreligiosos o indiferentes, parecía que se habían vuelto todos religiosos».

Maclaurin y Willison eran ministros escoceses, conocidos como teólogos de mérito. Los dos testifican que Whitefield hizo una obra asombrosa en Escocia. Willison, en particular, dice que «Dios le honró con un éxito sorprendente entre pecadores de todas clases y convicciones».

El viejo Venn, de nuestra propia iglesia, era un hombre de sentido común, así como dotado de la gracia. Su opinión fue que «si la importancia, éxito y extensión de la

labor de un hombre le distingue entre los hijos de Cristo, podemos afirmar que apenas hay uno que iguale al señor Whitefield». E insiste: «Es un hecho conocido que ha habido conversiones de almas como fruto de un solo sermón suyo, tan eminente era como pescador de hombres.» En otro punto escribe: «Aunque nos apena el que no vayamos a verle u oírle otra vez, podemos gozarnos en el hecho que millones le hayan oído, con frecuencia, con buenos resultados; y que de esta masa de gente hay un gran número que ya se le han anticipado para darle la bienvenida en su entrada a la gloria.»

John Newton era un hombre sagaz y un eminente ministro del Evangelio. Su testimonio es: «Me apresuro a decir que no he oído ni he leído de ninguna persona, desde los días de los apóstoles, de la cual se puede decir de modo tan enfático que era una lámpara que ardía y resplandecía como del señor Whitefield, tanto si consideramos la magnitud de su celo como la grandeza de sus talentos ministeriales o la utilidad extensa con que el Señor le honró.»

Éstos no son testimonios solitarios. Podríamos añadir más si el tiempo lo permitiera. Romaine no estaba de acuerdo con él en muchas cosas, pero dice de él: «No tenemos a nadie que ocupe su lugar, ni tenga sus dones, ni sea tan útil.» Toplady era un gran calvinista, estricto en sus evaluaciones, pero dice del ministerio de Whitefield que «de él resultó beneficio espiritual para decenas de millares»; y le considera «el apóstol del Imperio británico y el príncipe de los predicadores». Hervey era un literato que, por su escasa salud, raramente salía de su retiro en Weston Favel. Pero dice de Whitefield: «Nunca pude ver una copia tan buena de nuestro Salvador, una imagen tan viva del Señor Jesús. No puedo por menos que pensar en el elogio que el rey sabio hizo de una ilustre mujer para aplicarlo a este eminente ministerio del Evangelio eterno: "Muchos hijos han obrado virtuosamente, tú los excedes a todos "»

Pero si la cantidad de bien directo que Whitefield hizo en el mundo fue grande, ¿qué diremos del bien que hizo indirectamente? Creo que es imposible calcularla, Supongo que nunca lo sabremos hasta el último día.

Whitefield está entre los que estimularon el celo por el puro Evangelio entre el clero y los legos de nuestra Iglesia. Su constante afirmación de los puros principios de la Reforma, sus constantes referencias a los artículos, Libro de Oraciones y homilías, sus desafíos, nunca replicados, a sus adversarios a que le confutaran con los formularios de de su propia comunión, todo esto tiene que haber producido su efecto y hacer pensar a muchos. No me cabe duda que más de un fiel ministro, que luego fue una luz en aquellos días para la Iglesia de Inglaterra, dio lumbre a su candela de un hombre que estaba fuera de su iglesia.

Whitefield está entre los primeros que mostraron la forma apropiada para hacer frente a los incrédulos y escépticos. Dijo claramente que el arma más poderosa contra ellos no es el razonamiento metafísico o la disquisición crítica, sino la predicación del puro y completo Evangelio, el vivir el Evangelio, el esparcir el Evangelio. No fueron los escritos de Sherlock o de Leslie que detuvieron la ola de incredulidad tanto como la predicación de un Whitefield, un Wesley, Fletcher, Romaine, Berridge y Venn. Si no hubiera sido por ellos creo firmemente que habríamos tenido un equivalente de la Revolución francesa en nuestro propio país. Ellos fueron los verdaderos campeones del cristianismo. Los incrédulos raramente son afectados por el mero razonamiento abstracto. Los argumentos seguros contra ellos son la verdad del Evangelio y la vida del Evangelio.

Como corona de lo dicho, Whitefield fue el primero que entendió del todo lo que Chalmers ha llamado el «sistema agresivo». No esperaba que las almas fueran a él, sino que iba tras las almas. No se sentaba mustio junto al hogar, lamentando la impiedad del país. Salía a tirar de la barba al diablo donde lo hallaba. Atacaba al pecado y la maldad frente a frente y no le daba cuartel. Entraba en cubiles y guaridas siguiendo a los pecadores. Perseguía el vicio y la ignorancia en sus reductos. Mostró que entendía completamente la naturaleza del cargo ministerial. Como el pescador, iba tras los peces. Como el pescador, usaba de los medios que tenía al alcance. Ahora hay más experiencia en cuanto a métodos, pero todo esto era nuevo en tiempo de Whitefield, y por tanto hemos de concederle el mérito que le corresponde como pionero.

En resumen, llegó a la conclusión que ninguno ha hecho más bien en su día y su generación que este hombre. Era un héroe en el verdadero sentido de la palabra. Su obra resistirá el fuego, cuando la de muchos otros será olvidada. Y por esta obra, Inglaterra tiene una deuda con el que nunca ha sido pagada.

Después de presentar una visión de los tiempos en que vivió Whitefield, de hablar de su vida, religión, predicación y obra de otros tipos, sin disimular sus faltas ni exagerar sus cualidades, sólo me falta subrayar un par de lecciones prácticas.

Podemos darnos cuenta ' por nuestra historia, del inmenso poder que tiene una sola persona, cuando está decidido a hacer la obra de Dios y tiene la verdad a su lado.

Vemos a un hombre que empieza la vida con muchas desventajas. Su familia es pobre, su lugar de nacimiento oscuro, carece de influencias en favor suyo. Sus puntos de vista son opuestos a los de su tiempo. Se opone al gusto público y a la religión que le rodea. Está aislado, como Martín Lutero ante el papa, y, con todo, resiste. Llama la atención pública. Las muchedumbres le rodean y aceptan su enseñanza. Es una bendición para decenas de millares. Revoluciona las cosas a su alrededor. ¡Cuán sorprendente es esto!

Esto es para animaros, jóvenes, a manteneros firmes, aunque estéis solos. No hay razón para sentirse abatido. Aunque pocos, Dios está a vuestro lado. Todo es posible con Cristo. No es el número lo que cuenta. Ni las mayorías. Lo que mueve al mundo son las minorías. Pensad en cuán pequeño era el rebaño que nuestro Señor dejó. Pensad en George Whitefield asediado, rodeado y ganando victoria tras victoria. Fuera el temor. Confiad en Dios.

Tenemos también aquí su ejemplo si tenéis el deseo de ganar almas. Tanto si llegáis a ser ministros, misioneros o maestros, no olvidéis de luchar con las armas de Whitefield si queréis tener parte en el éxito de Whitefield. No olvidéis lo que dijo John Wesley de la teología de Whitefield: «Dar a Dios toda la gloria de todo lo que hay bueno en el hombre; poner a Cristo tan alto y, al hombre tan bajo en el asunto de la salvación como sea posible. Todo el mérito está en la sangre de Cristo, y todo el poder viene del Espíritu de Cristo.»

Y, en segundo lugar, qué razones tan abundantes tenemos para estar agradecidos por la condición presente de la Iglesia de Inglaterra.

Tenemos tendencia a mirar las cosas por su lado oscuro, pesimista. Nos inclinamos a insistir en lo defectuoso de nuestra condición y a olvidar el bendecir a Dios por sus misericordias. No todo es perfecto en nuestra Iglesia y quisiéramos ver remedio a las faltas. Pero al compararla con la Iglesia de los tiempos de Whitefield no podemos por menos que estar agradecidos. Hay celo en las jerarquías superiores, poder y osadía en los ministros en la predicación de las doctrinas básicas del Evangelio, y hay millares de legos que asumen responsabilidad en la Iglesia. No podemos por menos que dar gracias por todo esto. Añádanse las sociedades y agencias que hacen obra difícil en los alrededores de la viña del Señor.

Jóvenes de la Iglesia de Inglaterra, éstos son hechos que no se pueden contradecir. Atesoradlos, mirad hacia atrás y comparad.

Pero os ruego que vigiléis a los que de buen grado verían que abandonarais la Iglesia de Inglaterra y os separarais de su comunión. Somos una generación que se queja y murmura, que busca la mota en el ojo ajeno, que cuela los mosquitos, sin ver, como es natural, la viga en el propio y que está tragando camellos. Vigilad, repito, estad alerta. Evitad estas voces.

No abandonemos el viejo barco, la IGLESIA DE INGLATERRA, a menos que tengáis razones más buenas que las presentes. El casco ha sido batido por las olas y los vientos Necesita reparaciones. No toda la tripulación es de confianza. Pero era

todo peor hace cien años. Enmendemos las faltas, reparemos la quilla, renovemos el aparejo, ¡pero sigamos en el barco!

En tanto que los treinta y nueve artículos de la Iglesia de Inglaterra no sean repelidos, en tanto que el Libro de Oraciones y las homilías no sean alterados para dejar de responder al espíritu de los reformadores, en tanto que las doctrinas de la regeneración y la justificación por la fe no sean excluidos de la predicación en los púlpitos, en resumen, en tanto que el Evangelio no sea quitado de su doctrina y enseñanza, sigamos con la Iglesia y sigamos con Cristo.
